

BERTOLT BRECHT

HISTORIAS DE ALMANAQUE

323—1975—42

Sol: 7,5 a 16,55.—Luna: 17,28 a 7,27
Cuarto menguante el 26

19

—He observado —dijo el señor K.— que mucha gente se aleja, intimidada, de nuestra doctrina por la sencilla razón de que tenemos respuesta para todo. ¿No sería conveniente que, en interés de la propaganda, elaborásemos una lista de los problemas para los que aún no hemos encontrado solución?

MIERCOLES

Ss. Crispín, ob.; Máximo, pb.; Fausto, dc.; Feliciano, Exuperio, Azás, Severino, Barlaán, mrs.; Ebdías, profeta.

Alianza Editorial

Bertolt Brecht

Historias de Almanaque

Título original: Kalendergeschichten
Traductor: Joaquín Rábago

Esta obra ha sido publicada por acuerdo
con Suhrkamp Verlag K. G., Frankfurt a/Main

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1975
Séptima reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1987

© Gebrueder Weiss, Berlín, 1949
© Ed. cast., Alianza Editorial, S. A.
Madrid, 1975, 1976, 1979, 1980, 1981, 1985, 1986, 1987
Calle Milán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
I.S.B.N.: 84-206-1560-9
Depósito legal: M. 30.471-1987
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Impreso en Gráficas Rogar, S. A. Pol. Cobo-Calleja
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain

El círculo de tiza de Augsburgo

En tiempos de la guerra de los Treinta Años vivía en la ciudad libre imperial de Augsburgo del Lech un protestante suizo llamado Zingli, dueño de una gran curtiduría y almacén de cueros. Estaba casado con una muchacha de Augsburgo, que le había dado un hijo. Cuando los católicos marcharon sobre la ciudad, sus amigos le instaron a que huyera, mas, bien fuera porque su pequeña familia le retenía, bien porque no quería dejarlo todo plantado en su curtiduría, lo cierto es que no supo decidirse a tiempo.

Seguía, pues, en la ciudad en el momento en que la invadieron las tropas imperiales, y cuando por la noche comenzó el saqueo, corrió a ocultarse en un foso del patio donde se guardaban los colorantes. Su mujer debía refugiarse junto con su hijo en la casa que unos parientes suyos tenían en las afueras de la ciudad, mas se entretuvo demasiado en recoger sus cosas: vestidos, joyas y ropa de cama, y cuando quiso darse cuenta y se asomó a una de las ventanas del primer piso que daban al patio vio con sorpresa cómo irrumpía en él un pelotón de soldados imperiales. Muerta de miedo, lo dejó todo como estaba y huyó por la puerta trasera.

El niño quedó abandonado en la casa. Tendido en su cuna, en medio del vestíbulo, se entretenía jugando con una bolita de madera suspendida del techo por un hilo.

Fuera del niño no quedaba en la casa más que una joven criada, que, mientras se hallaba en la cocina fregando el cobre, oyó ruidos procedentes de la calleja. Se abalanzó hacia la ventana y vio cómo la soldadesca arrojaba desde el primer piso de la casa de enfrente el producto de su pillaje. Corrió entonces la criada al zaguán, y cuando se disponía a sacar al niño de la cuna, oyó cómo golpeaban la puerta de roble de la calle. Presa de pánico, corrió escaleras arriba.

El zaguán se llenó inmediatamente de soldados borrachos y dispuestos a no dejar títere con cabeza. Sabían que aquélla era la casa de un protestante. Milagrosamente, no descubrieron a Anna, que así se llamaba la criada, durante el registró y saqueo de la casa. Tan pronto como se hubo alejado la soldadesca, salió Anna del armario que había utilizado como escondrijo a ver al niño, al cual encontró sano y salvo en el vestíbulo. Rápidamente lo tomó en sus brazos y salió con él al patio procurando no hacer ruido. Había ya anochecido mientras tanto, pero el rojizo resplandor de una casa que ardía no lejos de allí iluminaba el patio. Con horror descubrió en ese momento la criada el cadáver mutilado de su amo. Los soldados habían sacado al curtidor del foso y le habían asesinado.

Sólo entonces comprendió la muchacha el peligro que corría llevando en brazos por la calle al hijo de un protestante. Con gran pesar de su corazón, lo devolvió, pues, a su cuna, le dio leche y, tras acunarlo para que se durmiese, se dirigió hacia el lugar de la ciudad donde vivía su hermana casada. A eso de las diez de la noche, y acompañada por el marido de su hermana, Anna se abrió de nuevo paso entre la soldadesca, que celebraba su victoria, para tratar de

localizar a la madre de la criatura, la señora Zingli. Llamaron a la puerta de un caserón. La puerta se entreabrió, pasado un rato, y por la abertura asomó la cabeza de un pequeño anciano, el tío de la señora Zingli. Anna le comunicó, casi sin aliento, que el señor Zingli había muerto, pero que el niño estaba sano y salvo en casa de su madre. El anciano la miró fríamente con ojos de pescado y le explicó que su sobrina no estaba ya allí, y que él, por su parte, no quería saber nada del bastardo protestante. Tras lo cual volvió a cerrar la puerta. Mientras se alejaba, el cuñado de Anna vio correrse una cortina en una de las ventanas, de lo cual dedujo que la señora Zingli seguía allí. Al parecer no se avergonzaba de negar a su propio hijo.

Anna y su cuñado caminaron un rato en silencio. De pronto, la muchacha confesó su propósito de volver a la curtiduría para recoger al niño. El cuñado, hombre ordenado y tranquilo, la escuchó asustado y trató de disuadirla de tan peligrosa idea. ¿Qué tenía ella que ver con aquella gente? Ni siquiera la habían tratado decentemente.

Anna le escuchó en silencio y le prometió no cometer ningún disparate. Sin embargo, se mantuvo firme en su propósito de acudir sin pérdida de tiempo a la curtiduría para asegurarse de que nada le faltaba al niño. Además insistió en ir sola.

La muchacha se salió con la suya. En medio del destruido vestíbulo yacía el niño en su cuna, profundamente dormido. Fatigada, Anna se sentó a su lado y se puso a mirarlo. No se había atrevido a encender una luz, pero la casa vecina ardía aún en llamas, y el resplandor le permitía ver perfectamente a la criatura. Tenía ésta un lunarcito en el cuello.

Tras permanecer largo rato, una hora tal vez, contemplando cómo la criatura respiraba y se chupaba plácidamente el puñito, Anna comprendió que había pasado demasiado tiempo junto a la cuna, que había visto demasiado como para irse ahora sin el niño. Se levantó, pues, y con lentos movimientos envolvió al niño en una colcha, le tomó en sus brazos y abandonó con él la casa, mirando, asustadiza, en torno suyo como alguien que no tiene la conciencia tranquila, como una ladrona.

Dos semanas más tarde, y tras largas deliberaciones con la hermana y el cuñado, Anna se llevó al niño al pueblo de Grossaitingen, donde vivía su hermano mayor, que era granjero. La granja pertenecía en realidad a la mujer, y él no tenía otros derechos que los que le correspondían por su matrimonio. Se había convenido en que Anna revelaría sólo al hermano la identidad de la criatura, pues no conocían a la joven campesina con la que aquél estaba casado ni sabían cómo acogería tan pequeño y peligroso huésped.

Anna llegó a la aldea a eso del mediodía. Su hermano, la mujer y los criados estaban sentados a la mesa. No es que fuese mal recibida, pero le bastó echar un vistazo a su cuñada para convencerse de que debía presentar al niño como propio. Sólo después de que la muchacha explicase que su marido había encontrado trabajo en el molino de una aldea distante y que ella y su hijito debían reunirse allí con él al cabo de un par de semanas, abandonó la cuñada su gélida actitud y se hicieron al niño los debidos elogios y cumplidos.

Después de comer, Anna acompañó a su hermano en busca de leña. Una

vez allí, se sentaron en sendos tocones, y Anna le confesó todo. La muchacha vio inmediatamente que su hermano no las tenía todas consigo, que su posición en la granja no estaba aún consolidada. Él la elogió por no haberle dicho nada a su mujer. Estaba claro que no confiaba en que su joven esposa tuviese la generosidad suficiente como para aceptar al pequeño protestante. Consideró, pues, conveniente continuar el engaño. Lo cual no debía resultar a la larga nada fácil.

Anna ayudaba en las faenas del campo a la vez que cuidaba de «su» hijo, por lo que se pasaba el tiempo corriendo de aquí para allá mientras los demás descansaban. El pequeño fue así creciendo y engordando poco a poco. Cada vez que veía aparecer a Anna, se echaba a reír y trataba con todas sus fuerzas de levantar la cabecita. Pero llegó el invierno, y la cuñada comenzó a preguntar por el marido de Anna.

No había inconveniente alguno en que la muchacha se quedara en la granja, pues estaba siempre dispuesta a ayudar. Lo malo era que los vecinos no disimulaban su asombro ante el hecho de que el padre de la criatura no hubiese acudido una sola vez a visitar a su hijo. De no presentar pronto a un padre, comenzarían las maledicciones dentro de la granja.

Un domingo por la mañana enganchó el granjero un caballo y llamó a Anna para que lo acompañara a recoger un ternero en un pueblo próximo. Por el camino, el hermano mayor le explicó a Anna que le había encontrado un marido. Se trataba de un bracero gravemente enfermo, que apenas pudo levantar la cabeza de la mugrienta almohada cuando los hermanos entraron en la pequeña choza donde vivía.

El moribundo se declaró dispuesto a casarse con Anna. Junto a la cabecera del lecho permanecía de pie una vieja de piel amarillenta: era su madre. Esta recibiría una recompensa a cambio del servicio prestado a Anna.

El trato quedó cerrado en diez minutos, y Anna y su hermano pudieron proseguir su camino en busca del ternero. La boda tuvo lugar al final de esa misma semana. Ni una sola vez volvió el enfermo sus ojos vidriosos hacia Anna mientras el sacerdote murmuraba su bendición nupcial. El hermano de la muchacha no dudaba de que de allí a unos pocos días tendrían el certificado de defunción. Entonces dirían que el marido de Anna y padre del niño había muerto en algún lugar próximo a Augsburgo, cuando se dirigía a buscarla, y nadie se extrañaría ya de que la viuda se quedase en casa de su hermano.

Anna regresó alegre de su extraña boda, en la que no había habido ni campanas, ni música, ni damas de honor, ni invitados. Su festín de bodas consistió en un trozo de pan y una loncha de tocino que la muchacha devoró en la misma despensa, tras lo cual se acercó con su hermano al cajón donde dormía el niño, que por fin llevaba un apellido. Anna le arropó bien y sonrió a su hermano.

Pero el certificado de defunción se hacía esperar. Pasó una semana y después otra sin que llegaran noticias de la vieja. Anna había contado a todo el mundo que su marido estaba en camino. Ahora, cada vez que alguien la preguntaba por él, se limitaba a responder que seguramente la nieve le estaba dificultando el viaje. Mas como quiera que transcurriesen otras tres semanas sin

que se recibiera noticia alguna, el hermano se dirigió, seriamente preocupado, al pueblo próximo a Augsburg.

Regresó a altas horas de la noche. Anna estaba aún levantada y corrió a abrir la puerta tan pronto como oyó chirriar el carro en el patio. Cuando vio la poca prisa que se daba su hermano para desenganchar el caballo, se le encogió el corazón. Traía aquél malas noticias. Al entrar en la choza se había encontrado al que creían condenado a muerte sentado a la mesa, en mangas de camisa, y comiendo a dos carrillos. Estaba totalmente restablecido.

El hermano continuó su relato sin atreverse a mirarla a los ojos. El mismo bracero, que por cierto se llamaba Otterer, y su madre parecían sorprendidos por el giro favorable de los acontecimientos y no habían llegado todavía a ninguna conclusión sobre lo que convenía hacer. Otterer no le había causado mala impresión. Apenas había abierto la boca: únicamente había hecho callar a la vieja cuando ésta comenzó a lamentarse de que su hijo hubiera cargado con una esposa que no deseaba y con una criatura que no era suya. Durante el resto de la conversación guardó silencio, y no alzó la vista un momento de su plato de queso. Cuando el granjero por fin se despidió, el hombre seguía comiendo.

Naturalmente, Anna estuvo muy preocupada los días sucesivos. El tiempo que le dejaban libre sus faenas domésticas lo dedicaba a enseñar a andar al niño. Cuando por fin el pequeño logró soltarse de la rueda y avanzó tambaleándose hacia ella, con los brazos extendidos, la muchacha no tuvo más remedio que reprimir un seco sollozo. Cuando la criaturita llegó a donde ella la estaba esperando, Anna la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho.

En cierta ocasión preguntó Anna a su hermano: ¿qué clase de hombre es ese Otterer? Tan sólo le había visto una vez; en su lecho de moribundo y además de noche, a la tenue luz de una candela. Ahora se enteraba de que su marido era un quincuagenario gastado por el trabajo, cosa normal en un jornalero.

Poco después volvería a verle. Un buhonero le había comunicado con gran alarde de misterio que «cierto conocido suyo» deseaba reunirse con ella tal día, a tal hora y en tal aldea, próxima al lugar de donde arranca el sendero que va a Landsberg.

Así fue como se encontraron al fin los esposos a mitad de camino entre sus aldeas, en medio del campo nevado, como los generales de la antigüedad acudían a parlamentar a un lugar equidistante de sus respectivas líneas de batalla.

El hombre no le gustó a Anna.

Tenía dientes pequeños y grises y la miró de arriba abajo a pesar de que el grueso cuero de oveja en que ella iba envuelta apenas dejaba nada que ver. Además utilizó la expresión: «sacramento del matrimonio». Anna le dijo sucintamente que tenía que meditarlo y le rogó que encargara a algún comerciante o carnicero que pasase por Grossaitingen le transmitiera el recado, en presencia de su cuñada, de que no tardaría en llegar, con la indicación de que si no lo había hecho ya era porque había enfermado en el camino.

Otterer asintió, pensativo como siempre. Le llevaba a Anna una cabeza en estatura, y siempre que le dirigía la palabra fijaba su mirada en el lado

izquierdo del cuello de la muchacha, cosa que la sacaba de quicio.

El mensaje no llegaba, sin embargo, y Anna comenzó a darle vueltas en su cabeza a la idea de abandonar sin más la granja para dirigirse hacia el Sur, a Kempten o Sonnthofen, por ejemplo, en busca de trabajo. Sólo la retenía la inseguridad de los caminos, de la que tanto se hablaba, y el hecho de que fuera pleno invierno.

La estancia en la granja, sin embargo, resultaba cada día más difícil. La cuñada aprovechaba la hora de la comida y la presencia de toda la servidumbre para hacerle preguntas llenas de recelo sobre el marido ausente. Un día llegó al extremo de llamar al niño en voz alta y en un tono de hipócrita compasión «pobre criatura», hecho que decidió a Anna a abandonar la granja inmediatamente. Por desgracia, sin embargo, el niño cayó enfermo. No se estaba un momento quieto en su caja: tenía la cara congestionada, y turbios los ojos. Anna velaba junto a él noches enteras, llena de temor y a la vez de esperanza. Una mañana, cuando el niño se encontraba ya en curso de franca mejoría y había recuperado la sonrisa, llamaron a la puerta, y he ahí que entró Otterer.

No había nadie en la habitación excepto ella y el niño, de modo que no tuvo necesidad de fingir, lo que, por otra parte, le habría resultado imposible dado el susto que se llevó. Pasó un buen rato sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, hasta que por fin habló Otterer para explicar que, tras haberlo reflexionado seriamente, venía por ella. Volvió a mentar el sacramento del matrimonio.

Anna se enfadó muchísimo. Con voz firme, aunque sofocada, respondió que no estaba dispuesta de ningún modo a vivir con él, que se había casado sólo por el niño y que lo único que quería de él era que les diese su nombre, a ella y a la criatura.

Cuando la oyó mentar al niño, Otterer echó una rápida ojeada hacia el cajón donde yacía el pequeño; murmuró algo, pero no se acercó. Esto soliviantó aún más a Anna.

Otterer dejó caer un par de tópicos, le propuso reconsiderarlo todo, y le explicó que su madre y él vivían en la estrechez, pero que aquella podía dormir en la cocina. En ese momento llegó la granjera, quien le saludó llena de curiosidad y le invitó a comer. Ya en la mesa, el hombre saludó al granjero con una leve inclinación de cabeza con la que ni fingía desconocerle, ni daba a suponer que le conociese. A las preguntas que le hacía la anfitriona, él contestaba con monosílabos, sin levantar la vista del plato. Le explicó que había encontrado un trabajo en Mering y que Anna podía irse con él. No habló, sin embargo, de que eso tuviera que ser en seguida.

Por la tarde rehuyó la compañía de los granjeros y se dedicó a partir leña detrás de la casa, sin que nadie le hubiera pedido que lo hiciera. Después de la cena, durante la cual el hombre tampoco abrió la boca, la propia granjera le llevó un catre al cuarto de Anna para que pudiera pasar allí la noche. Con gran sorpresa para todos, Otterer se levantó torpemente y murmuró que debía regresar esa misma noche. Antes de salir lanzó una mirada ausente hacia la caja del niño, pero no dijo nada, ni lo tocó.

Esa misma noche, Anna fue atacada por una fiebre que le duró varias semanas. La mayor parte del tiempo lo pasaba tumbada en total inactividad; sólo un par de veces, al mediodía, aprovechando un ligero descenso de la fiebre, consiguió arrastrarse hasta la caja para arropar bien al niño.

En la cuarta semana de la enfermedad se presentó Otterer con una carreta y se llevó a la mujer y a la criatura. Anna no rechistó.

La recuperación fue muy lenta, lo que no resulta extraño teniendo en cuenta que las sopas que tomaba en la choza del bracero eran puro aguachirle. Una mañana, sin embargo, al ver lo sucio que tenían al niño, resolvió levantarse.

El pequeño la recibió con su simpática sonrisa, que, según afirmaba siempre el hermano de Anna, había heredado de ella. Había crecido y gateaba de un lado para otro de la habitación con increíble rapidez, dando manotazos y lanzando grititos cada vez que se caía de bruces. Anna le bañó en una tina de madera y recuperó al tiempo su confianza en sí misma.

Pocos días después, no pudiendo resistir más la vida en aquella choza, envolvió al pequeño en un par de mantas, tomó una hogaza y un poco de queso y se marchó.

Se había propuesto alcanzar Sonnthofen, mas no llegó muy lejos. Seguía sintiendo una gran debilidad en las piernas, el camino resultaba difícilmente transitable por culpa de la nieve, que comenzaba ya a fundirse, y la gente de las aldeas se había vuelto desconfiada y mezquina debido a la guerra. Al tercer día de camino, se dislocó un tobillo al caer en la cuneta. Pasaron varias horas, durante las cuales sintió auténtica angustia por la criatura, antes de que los recogieran y los trasladasen a un establo. El pequeño se dedicaba a gatear por entre las patas de las vacas y se echaba a reír cada vez que oía los gritos aterrorizados de Anna. Finalmente no tuvo más remedio que darles a los granjeros el nombre del marido, quien fue a buscarlos y se los llevó nuevamente a Mering.

Nunca más volvió Anna a intentar una fuga, sino que aceptó resignada su destino. Trabajaba con tesón. Resultaba difícil extraer algún fruto de tan pequeña parcela; costaba muchísimo llevar la casa en aquellas condiciones. Pero el hombre no se comportaba descortésmente con ella, y el niño tenía qué comer. Además, su hermano los visitaba de vez en cuando y siempre traía algún regalo para el niño; un día Anna mandó teñir de rojo una chaquetita para el pequeño. Ese color debía sentarle bien, pensaba, al hijo de un tintorero.

Con el tiempo llegó a considerarse satisfecha con su vida y sobre todo con la educación del niño, que le deparaba grandes alegrías. Así transcurrieron algunos años.

Un día, al regresar del pueblo, adonde había ido a comprar jarabe, no encontró al niño en la choza. Su marido le informó que había pasado por allí en su coche una señora bien vestida y que se había llevado a la criatura. Anna tuvo que apoyarse contra la pared para no caer al suelo presa del pánico, y aquella misma noche se puso en camino hacia Augsburgo sin más equipaje que un atadajo con víveres.

Su primera visita, una vez en la ciudad imperial, fue a la curtiduría. No la

dejaron entrar, y no pudo ver al niño.

La hermana y el cuñado trataron en vano de consolarla. Anna acudió a las autoridades gritando, fuera de sí, que le habían robado a su hijo. Llegó al extremo de denunciar a los ladrones como protestantes. Pronto se enteró, sin embargo, de que corrían otros tiempos y que se había sellado la paz entre católicos y protestantes. Y apenas hubiera conseguido nada de no haber mediado una circunstancia particularmente feliz: el pleito pasó a manos de un juez que era un hombre muy especial.

Se trataba del juez Ignaz Dollinger, famoso en toda Suavia por su erudición y bruscos modales. El príncipe elector de Baviera, contra el cual había intervenido en un pleito suscitado por la ciudad libre, le había colgado el apodo de «estercolero latino»; la gente humilde, sin embargo, cantaba sus alabanzas en una larga copla.

Anna se presentó ante él acompañada de su hermana y cuñado. El anciano, de baja estatura y desmedidamente gordo, los recibió sentado en su minúsculo y destartalado cuarto, entre montones de pergaminos. Tras escuchar brevemente a Anna, anotó algo en una hoja y gruñó: — ¡Colócate allí! ¡Rápido! — , mientras con su pequeña y abultada mano señalaba un punto de la habitación adonde llegaba un haz de luz a través del estrecho ventanuco. El juez examinó detenidamente, durante unos minutos, el rostro de la muchacha; luego, a la vez que lanzaba un profundo suspiro, le hizo señas de que se fuera.

Al día siguiente la mandó llamar por medio de un alguacil. Aún no había traspasado Anna el umbral de la puerta, cuando el juez le espetó:

— ¿Por qué no dijiste en primer lugar que había de por medio una curtiduría y una propiedad de gran valor?

Anna replicó, incorregible, que lo único que le importaba era su niño.

— No te hagas la ilusión de que vas a poder quedarte con la curtiduría — le chilló el juez—. Si el bastardo es realmente tuyo, la propiedad pasará a los parientes de Zingli.

Anna asintió con la cabeza, sin mirarle. Luego dijo:

— El niño no necesita la curtiduría.

— ¿Es tuyo? — ladró el juez.

— Sí — musitó la muchacha—. Quisiera poder conservarlo tan sólo hasta que aprenda todas las palabras. Todavía no sabe más que siete.

El juez tosió y ordenó los pergaminos que había encima de su mesa. Después dijo en tono más reposado, aunque no totalmente exento de irritación:

— Tú quieres quedarte con el renacuajo; pero también lo quiere la cabra esa de las cinco enaguas de seda. Ahora bien, el chico necesita una verdadera madre.

— Sí — asintió Anna, y miró al juez.

— Lárgate — gruñó el viejo—. Él sábado se celebrará el juicio.

Aquel sábado la calle mayor y la plaza del ayuntamiento, junto a la torre de Perlach, parecían un hervidero. Por nada del mundo quería perderse toda aquella gente el juicio del niño protestante. Debido a su carácter singular, el caso había despertado gran sensación desde el primer momento, y en los hogares y tabernas se especulaba sobre quién sería la verdadera madre y quién

la impostora. Por otro lado, el viejo Dollinger era sobradamente conocido en toda la comarca, y aún más allá, por sus vistas, en las que siempre hacía alarde de dichos mordaces y sabias moralejas. Los procesos que él dirigía se veían siempre más concurridos que las ferias y las verbenas. Por eso se habían congregado aquel día frente al ayuntamiento no sólo numerosos burgueses, sino también muchos campesinos de la comarca. El viernes era día de mercado, y gran número de labriegos habían pernoctado en la ciudad para poder asistir al proceso.

El juicio se celebró en el llamado «Salón Dorado», famoso por ser el único de sus proporciones en toda Alemania que no tenía columnas: el techo estaba suspendido del caballete del tejado por medio de cadenas.

El juez Dollinger, pequeña y redonda mole de carne, estaba sentado frente al portón de bronce que había en una de las paredes laterales de la sala, portón que permanecía cerrado. Una sencilla cuerda servía para delimitar el espacio reservado al auditorio. El propio juez no tenía mesa ni estrado, sino que se sentaba en el suelo. Él mismo había ideado años atrás aquel montaje: daba gran importancia a los efectos escénicos.

En el interior del recinto figuraban la señora Zingli junto con sus padres, unos parientes suizos del difunto señor Zingli —dos caballeros muy dignos y bien vestidos, con aspecto de ricos comerciantes, que acababan de llegar a la ciudad para asistir al juicio—, y, por último, Anna Otterer, a la que acompañaba su hermana. Junto a la señora Zingli aparecía una nodriza, que tenía al pequeño en sus brazos.

Todos, partes y testigos, estaban de pie. El juez Dollinger solía decir que las vistas eran más breves cuando se obligaba a los litigantes a permanecer en esa postura. Aunque tal vez el motivo real fuera que así él mismo quedaba oculto a la vista del público, de forma que sólo se le alcanzaba a ver si uno se ponía de puntillas y estiraba bien el cuello.

Nada más comenzar la vista, se produjo un incidente. Al ver al niño, Anna profirió un grito y se adelantó hacia él: la criatura, que quería, a su vez, ir con ella, empezó a patallar con fuerza y a berrear en brazos del ama. El juez ordenó que lo sacaran de la sala.

Luego llamó a la señora Zingli, que se acercó precedida por el fru-fru de sus enaguas. Llevándose un pañuelito a los ojos de cuando en cuando, la señora Zingli refirió cómo los soldados imperiales le habían arrebatado al niño durante el saqueo. Aquella misma noche la criada se había presentado en casa de su padre para informarles de que el niño seguía en la casa saqueada. Seguramente lo había hecho con la esperanza de recibir una recompensa. Sin embargo, una cocinera de su padre a quien se envió expresamente a la curtiduría no encontró a la criatura, por lo que suponía que esa persona (y señaló a Anna) se había apoderado del niño para conseguir dinero mediante el chantaje. Cosa que hubiera hecho más tarde o más temprano si, felizmente, no le hubieran arrebatado el niño. El juez Dollinger llamó a los dos parientes del señor Zingli y les preguntó si se habían interesado entonces por la suerte del señor Zingli y, en caso afirmativo, qué les había contado la señora Zingli. Ellos contestaron que la señora Zingli les había comunicado que su marido había sido asesinado y que

había confiado el niño al cuidado de una criada suya y que estaba en buenas manos. Se refirieron a la viuda en términos poco cordiales, lo que no era de extrañar, pues la heredad pasaría a sus manos en el caso de que la señora Zingli perdiera el proceso.

Oída su declaración, el juez se dirigió nuevamente a la señora Zingli para preguntarle si no había perdido realmente la cabeza en el momento del asalto y había dejado al niño en la estacada.

La señora Zingli le miró con sus ojos color azul pálido, fingiendo asombro, y replicó con aire ofendido que no había abandonado a su hijo. El juez Dollinger carraspeó y le preguntó si creía que una madre no podía abandonar a su hijo.

Efectivamente, lo creía, replicó la señora Zingli con firmeza. El juez le preguntó entonces si consideraba que una madre que obrase de ese modo merecía una paliza en el trasero independientemente del número de enaguas que llevara encima. La señora Zingli no contestó, y el juez llamó entonces a declarar a Anna, la antigua criada. La muchacha acudió con presteza y se limitó a repetir en voz baja lo que ya había declarado en el examen previo. Hablaba como si al mismo tiempo estuviera escuchando algo, y de vez en cuando dirigía la vista hacia la puerta por la que se habían llevado a la criatura, como si temiera volver a oír su llanto.

Anna declaró que, efectivamente, había acudido aquella noche a casa del tío de la señora Zingli, pero que no había regresado a la curtiduría por temor a las tropas imperiales y también porque estaba preocupada por su propio vástago, un hijo natural cuya custodia había confiado a unos conocidos de la vecina localidad de Lechhausen.

El viejo Dollinger la interrumpió bruscamente para comentar con su habitual causticidad que una persona en la ciudad, al menos, había sentido algo parecido al miedo la noche de marras, y que le complacía constatarlo, pues ello indicaba que una persona cuando menos había mostrado un mínimo de sentido común en aquella ocasión. No estaba bien que la testigo tan sólo se hubiese preocupado de su propio hijo, pero, como decía el refrán, la sangre llama y una mujer que es realmente una madre es capaz hasta de robar por su hijo. Sin embargo, las leyes prohíben el hurto, pues la propiedad es la propiedad y quien roba también miente y la mentira está penada igualmente por la ley. Dicho esto, pasó el juez a dictar una de sus sabias y crudas lecciones sobre la granjería de los hombres que mienten todo lo que quieren ante los tribunales, y tras una breve digresión sobre los campesinos que bautizaban la leche de las inocentes vacas, y sobre el magistrado de la ciudad, que cobraba impuestos abusivos a los granjeros, asuntos éstos que nada tenían que ver con el proceso en cuestión, anunció que ya no se tomarían más declaraciones a los testigos, aunque las ya prestadas no habían aclarado nada.

Hizo luego el juez una larga pausa, durante la cual pareció dar muestras de un gran desconcierto, pues no hacía más que mirar en torno suyo como si esperase alguna sugerencia ajena sobre cómo poner fin a aquello.

Los asistentes se miraban perplejos, y algunos estiraban el cuello para tratar de ver al desvalido juez. En la sala reinaba, sin embargo, un gran silencio;

tan sólo se oía el murmullo de la multitud reunida en la calle.

Por fin, con un suspiro, volvió el juez a tomar la palabra.

—No se ha podido establecer quién es la verdadera madre —dijo—. El niño es digno de lástima. Todos sabemos de padres que han tratado de escurrir el bulto, negando, ¡los muy granujas!, su paternidad, pero he aquí que acuden a nuestro tribunal dos madres a la vez. Sus argumentos respectivos han sido escuchados por el tribunal en la medida en que merecían serlo: a cada mujer se le han concedido cinco minutos para exponer su caso. Pues bien, este tribunal ha llegado a la conclusión de que ambas mienten como condenadas. Sin embargo, como se dijo al principio, hay que tener siempre presente al niño, que no puede pasarse sin una madre. Habrá, pues, que establecer, evitando toda palabrería inútil, cuál de las dos es la verdadera madre.

Y con voz irritada llamó a un alguacil y le ordenó que trajera una tiza. El hombre desapareció y volvió al momento con una tiza en la mano.

—Traza con ella un círculo en el suelo de modo que en su interior quepan tres personas de pie —dijo entonces el juez.

El alguacil se arrodilló y trazó con la tiza el círculo deseado.

—Trae ahora al niño —ordenó el juez.

Trajeron al niño, que comenzó a berrear, pues quería ir con Anna. El viejo Dollinger no se inmutó por el lloriqueo, pero elevó el tono de voz.

—Para la prueba que vamos a realizar —continuó— me he inspirado en un libro muy antiguo. Parece dar buenos resultados. La idea que sirve de base a la prueba del círculo de tiza es la de que a la verdadera madre se la reconoce siempre por el amor que profesa a su hijo. Se trata, pues, de medir la fuerza de ese amor. Alguacil, coloca al niño dentro del círculo.

El alguacil separó al niño, que no dejaba de llorar, de su nodriza, y lo condujo hasta el centro del círculo. El juez prosiguió, dirigiéndose a la señora Zingli y a Anna:

—Colocaos también vosotras dentro del círculo de tiza y agarrad cada una al niño por una mano. Cuando diga: «¡Ya!», tratad de sacar al pequeño del círculo. Aquella de vosotras cuyo amor sea más fuerte tirará de él también con mayor fuerza y lo arrastrará hacia su lado.

En el salón reinaba ahora cierta agitación. Los presentes se ponían de puntillas para ver mejor, y cada cual regañaba con los que tenía delante. Cuando las dos mujeres entraron por fin en el círculo y cada una tomó al niño por una mano, se hizo otra vez un silencio de muerte. Incluso el niño había enmudecido, como si sospechara lo que allí se tramaba. Con su carita bañada en lágrimas miraba la criatura a Anna. En ese momento el juez exclamó: «¡Ya!»

Con un tirón violento, la señora Zingli arrancó al niño del círculo de tiza. Anna lo siguió con la vista, azorada e incrédula. Había soltado al niño en seguida por temor a que sufriera algún daño si las dos tiraban de los bracitos de la criatura al mismo tiempo y en direcciones opuestas.

El viejo Dollinger se puso en pie.

—Ahora ya sabemos —dijo en voz alta— quién es la verdadera madre. Quitadle el niño a esa mujerzuela. Sería capaz de hacerle pedazos con la mayor sangre fría. Y, tras saludar a Anna con una inclinación de cabeza, el juez

abandonó rápidamente la sala y se fue a desayunar.

Durante las semanas que siguieron a aquélla, los campesinos de la comarca, que no tenían un pelo de tontos, no se cansarían de comentar que el juez le había guiñado el ojo a la mujer de Mering en el momento de adjudicarle la criatura.

Balada de la puta para judíos

María Sanders

1

En Nuremberg dictaron una ley
que hizo llorar a más de una mujer
por compartir lecho con quien no debía.
En los arrabales, la carne se enardece,
y los tambores baten con fuerza.
Si algo tramaran, Dios santo,
esta noche sucediere.

2

María Sanders, tu amante tiene
demasiado negro el cabello.
Mejor no vayas esta noche.
Mejor su lecho hoy evita.
En los arrabales, la carne se enardece,
y los tambores baten con fuerza.
Si algo tramaran, Dios santo,
esta noche sucediere.

3

Dame la llave, madre.
Como otras noches, salió la luna.
No puede ser todo tan grave.
En los arrabales, la carne se enardece,
y los tambores baten con fuerza.
Si algo tramaran, Dios santo,
esta noche sucediere.

4

Una mañana, a las nueve,

la pasearon en camisa,
la cabeza rapada
y al pecho un cartel.
La calle aullaba.
Ella
miraba sin ver.
En los arrabales, la carne se enardece.
Esta noche el pintor* hablará.
Si oídos tuvieran, Dios santo,
sabrían lo que les va a pasar.

* Pintor: en el original alemán, *Streicher*, es decir, pintor de brocha gorda, uno de los primeros oficios de Hitler. (N. del T.)

Los dos hijos

En enero de 1945, cuando la guerra de Hitler tocaba ya a su fin, una campesina de Turingia soñó que su hijo la llamaba desde el campo de batalla. Ebria de sueño, salió al patio y creyó ver al hijo bebiendo junto a la bomba de agua. Mas, al ir a dirigirle la palabra, se percató de que se trataba en realidad de uno de los prisioneros de guerra rusos que realizaban trabajos forzados en la granja. Días más tarde le sucedió a la campesina algo muy extraño. Acababa de llevarles la comida a los prisioneros, que se encontraban en un bosquecillo próximo ocupados en desenterrar tocones. Al iniciar el camino de regreso se le ocurrió mirar hacia atrás, y allí estaba otra vez el muchacho – un ser de aspecto enfermizo – con el rostro vuelto hacia la escudilla de sopa que alguien le tendía en aquel momento. Y aquel rostro, que no parecía demostrar demasiado entusiasmo, se transformó de pronto en el de su propio hijo. Durante los días siguientes se repitieron con mayor frecuencia aquellas visiones, en las que el rostro del muchacho se transfiguraba repentina y fugazmente en el del hijo de la campesina.

Un día el prisionero cayó enfermo y se quedó tendido en el granero sin que nadie en la granja se ocupara de él. La mujer sentía un creciente deseo de llevarle algo vivificante, pero se lo impedía su hermano, un inválido de guerra que estaba al frente de la granja y trataba con rudeza a los prisioneros, sobre todo en aquel momento en que las cosas empezaban a ir mal y el pueblo comenzaba a tener miedo de aquellos hombres. La misma granjera no podía desoír los argumentos de su hermano; sabía que no estaba bien ayudar a aquellos infrahombres de quienes se contaban las cosas más espeluznantes. Vivía temblando por lo que el enemigo pudiera hacerle a su hijo, que se hallaba combatiendo en el frente oriental. De modo que no había llevado aún a cabo su débil propósito de ayudar a aquel prisionero totalmente desamparado, cuando una noche sorprendió en la nevada huerta a un grupo de rusos que discutían acaloradamente. Estaba claro que se habían reunido allí, desafiando el frío, para evitar que los descubrieran. El muchacho estaba también presente en la reunión, estremecido por la fiebre, y tal vez fuese su estado de extrema debilidad la causa de que se sobresaltara de aquel modo al verla aparecer. En el momento más intenso de su sobresalto se produjo de nuevo la extraña transfiguración del rostro del muchacho, de suerte que la granjera volvió a ver en él las facciones de su hijo, totalmente desencajadas por el terror.

Aquella nueva visión la preocupó seriamente, y aunque, en cumplimiento de su deber, informó a su hermano de la conversación que había sorprendido en la huerta, la granjera resolvió llevarle al prisionero la corteza de tocino que para él había preparado. La operación – como tantas buenas acciones llevadas a cabo en el Tercer Reich – resultó ser extremadamente difícil y peligrosa. Tenía en aquella empresa a su propio hermano por enemigo, y ni siquiera de los otros rusos podía estar segura. No obstante, todo le salió bien. Al

propio tiempo descubrió que los prisioneros proyectaban realmente darse a la fuga, pues cada día que pasaba y conforme avanzaba el ejército rojo, crecía para ellos el peligro de que los transportaran a un lugar más al oeste todavía, o simplemente de que los asesinaran. No pudiendo desatender ciertos deseos del joven prisionero, que le fueron formulados a base de gestos y de unas migajas de alemán, la granjera se vio poco a poco complicada en los planes de fuga. La mujer les consiguió una chaqueta y una cizalla. Extrañamente, a partir de aquel momento no volvió a repetirse la transfiguración del rostro del joven ruso; la granjera se limitaba a ayudar ahora a un extranjero. Grande fue, por consiguiente, su sorpresa cuando una mañana de finales de febrero llamaron a la ventana, y a través del cristal, en la media luz del amanecer, apareció el rostro de su propio hijo. Esta vez no le cabía duda alguna de que era él. Llevaba el uniforme de las SS hecho jirones, su batallón había sido aniquilado, y con gran excitación el muchacho comunicó a su madre que los rusos se hallaban a pocos kilómetros de la aldea. Nadie debía enterarse de su regreso. En una especie de consejo de guerra que celebraron la granjera, su hermano y el hijo en un rincón del desván se llegó a la conclusión de que convenía deshacerse cuanto antes de los prisioneros, pues era posible que hubiesen visto al hombre de las SS, y sobre todo porque era previsible que hiciesen alguna declaración sobre el trato recibido. Había cerca de allí una cantera. El hombre de las SS insistía en que aquella misma noche debían sacarlos del granero uno a uno mediante el engaño para así eliminarlos. Luego podrían ocultar sus cadáveres en la cantera. Para mejor lograr su propósito se comenzaría ofreciéndoles a los rusos unas cuantas raciones de aguardiente. En opinión del hermano, esto no debía sorprenderlos demasiado, pues últimamente tanto él como los peones de la granja se habían mostrado sobremanera amables con los rusos, a quienes así trataban de predisponer favorablemente. Mientras elaboraban su plan, el joven SS pudo advertir cómo su madre se echaba de pronto a temblar. Los hombres decidieron entonces mantenerla alejada del granero. Llena de pavor, la granjera aguardó la noche. Los rusos aceptaron el aguardiente que se les ofrecía con visible gratitud, y la mujer los oyó cantar, borrachos, sus melancólicas canciones. Mas cuando el hijo se presentó en el granero a eso de las once, los prisioneros ya no estaban. Habían fingido una borrachera: la forzada amabilidad de los ocupantes de la granja había servido para convencerles de que el ejército rojo andaba ya cerca. Cuando, bien entrada la noche, llegaron por fin los rusos, el hijo yacía en el desván, completamente borracho, mientras la pobre granjera, presa del pánico, trataba de quemar su uniforme de las SS. Como también su hermano había cogido una buena borrachera, la mujer no tuvo más remedio que salir personalmente a recibir y dar de comer a los soldados rusos. Su rostro parecía petrificado. A la mañana siguiente, los rusos se pusieron de nuevo en camino; el ejército rojo proseguía su avance. Mientras tanto, el hijo, todo ojeroso, pedía más aguardiente al tiempo que manifestaba su firme intención de abrirse paso hasta los restos del ejército alemán, que ya se batía en retirada, para continuar el combate. La granjera no se molestó en persuadirle con buenas razones de que seguir luchando equivalía al desastre total, sino que, desesperada, se arrojó a sus pies y trató de retenerle físicamente. El muchacho la apartó de en medio,

arrojándola violentamente sobre la paja. Al incorporarse, la mujer sintió en su mano una vara de carro. La asió con fuerza y golpeó con ella a aquel demente. Aquella misma mañana, una campesina llegó conduciendo su carreta a la aldea más próxima. Allí se presentó al comandante ruso para hacerle entrega de su hijo, al que traía atado de pies y manos. La mujer intentó explicar a través de un intérprete que lo entregaba como prisionero de guerra para salvarle la vida.

La casa en llamas* (Parábola del Buda)

Gautama, el Buda, enseñaba
la doctrina de la rueda de los deseos, a la que estamos uncidos, y nos
[recomendaba

renunciar a cualquier apetencia para así, ya sin pasiones,
hundirnos en la Nada, que él llamaba Nirvana.

Un día sus discípulos le preguntaron:

— ¿Cómo es esa Nada, maestro? Todos quisiéramos
liberarnos de nuestras ansias, según recomiendas, mas dinos
si esa Nada en la que entraríamos es comparable
a la unión con todo lo creado cuando al mediodía
yacemos en el agua sin sentir el peso
del cuerpo, indolentes, casi sin pensamientos. O cuando
en el lecho, apenas conscientes, tiramos de la sábana
segundos antes de hundirnos en el sueño; dinos
si esa Nada de que hablas es una Nada radiante y buena o si es
una simple Nada; fría, vacía y sin sentido — .

Guardó silencio el Buda largo rato; después,
con indiferencia, dijo:

— Ninguna respuesta hay para vuestra pregunta — .

Mas aquella misma noche, cuando se hubieron ido, a quienes
hasta aquel momento no habían abierto la boca, refirió el Buda,
sentado todavía bajo el árbol del pan, la siguiente parábola:

— Vi no hace mucho una casa que ardía. Las llamas
devoraban el tejado. Al acercarme advertí
que en su interior quedaba aún gente. Fui
a la puerta y les grité que el fuego llegaba ya al tejado y que debían
por tanto salir inmediatamente. Mas allí nadie
parecía tener prisa. Uno me preguntó,
mientras le chamuscaba el fuego las dos cejas,
qué tal tiempo hacía fuera, si llovía,
si hacía viento, si existía otra casa
y cosas por el estilo. Sin responder,
salí de nuevo. Estos, pensé, se abrasarán mas
seguirán preguntando. En verdad, amigos,
a quienes el suelo que pisan, la planta de los pies no queme tanto

* Este poema, así como «Ulm 1592», «La cruzada de los niños», «Preguntas de un obrero que lee» y «Leyendas en torno al origen del libro *Tao-te-king*», se ha publicado en versión de Jesús López Pacheco sobre la traducción directa del alemán de Vicente Romano en *Poemas y canciones*, LB 103, Alianza Editorial. En dicha versión *Kalendergeschichten* aparece traducido como *Historias del Calendario*. (N. del E.)

que sientan deseos de cambiarlo por otro cualquiera,
nada tengo que decirles — . Así habló Gautama, el Buda.
Pero también nosotros, que no cultivamos ya el arte de la tolerancia,
que cultivamos más bien el arte de la intolerancia, nosotros,
que con consejos de índole terrena incitamos al hombre a liberarse de sus
[verdugos humanos,
a quienes viendo acercarse las escuadrillas de bombarderos del
[capitalismo siguen preguntándonos
cómo concebimos esto, cómo nos imaginamos aquello,
y qué será de su hucha y de su pantalón de los domingos después de una
[revolución,
a éstos, poco creemos tener que decirles.

El experimento

La trayectoria pública del gran Francis Bacon terminó con una parábola perfectamente ilustrativa de ese falaz refrán que dice: «Quien mal anda, mal acaba». Ocupaba el cargo de gran canciller cuando fue acusado de aceptar sobornos y encarcelado. Los años en que fue lord canciller cuentan, con sus ejecuciones, sus concesiones de nocivos monopolios, sus detenciones arbitrarias y sus fallos judiciales impuestos desde arriba, entre los más negros y vergonzosos de la historia de Inglaterra. Su fama mundial de humanista y filósofo motivó el que, una vez desenmascarado y confeso, se diera publicidad a sus delitos más allá de las fronteras del reino.

Era ya un anciano cuando se le permitió salir de prisión y retirarse a su casa de campo. Su cuerpo estaba debilitado por tantos esfuerzos como había gastado en arruinar a sus semejantes, así como por los sufrimientos que le habían hecho pasar quienes, a su vez, provocaron su ruina. Pero tan pronto como pisó otra vez su casa, entregóse de cuerpo y alma al estudio de las ciencias naturales. Puesto que había fracasado en el gobierno de los hombres, ahora dedicaba las pocas fuerzas que le quedaban a investigar cómo podía la humanidad dominar más fácilmente las fuerzas de la naturaleza.

Sus investigaciones, referidas siempre a cosas útiles, le obligaban a trocar de vez en cuando su estudio por los campos, los jardines y los establos de su hacienda. Pasaba horas enteras hablando con los jardineros sobre la posibilidad de mejorar mediante injerto los frutales, o bien daba instrucciones a las criadas sobre cómo medir la producción lechera de cada una de las vacas. En medio de estas actividades, le llamó la atención un mozo de cuadra. Había enfermado un caballo muy valioso, y el mozo informaba al filósofo dos veces al día acerca del estado del animal. El tesón y las grandes dotes de observación del muchacho entusiasmaron al anciano.

Una noche, sin embargo, al entrar en el establo vio junto al muchacho a una vieja, a la que oyó decir:

—Es un hombre malo; ten cuidado con él. Aunque sea un gran señor y tenga montones de dinero, es un hombre malo. Él te da de comer: haz, pues, con esmero lo que te ordene, pero no olvides nunca que es un hombre malo.

El filósofo, sin detenerse siquiera a escuchar la respuesta del mozo, dióse media vuelta y regresó presto a casa. A la mañana siguiente pudo comprobar, sin embargo, que el muchacho no había cambiado de actitud hacia su persona.

Cuando hubo sanado el caballo, el anciano filósofo comenzó a hacerse acompañar del joven en muchos de sus paseos e incluso confió al muchacho pequeñas tareas. Poco a poco fue acostumbrándose a hablar con él de algunos de sus experimentos. Para ello, el filósofo no escogía en absoluto aquellas palabras que los adultos en general consideran adecuadas al nivel de comprensión de un niño, sino que le hablaba como a una persona instruida. Durante toda su vida había alternado con las mentes más brillantes, y muy

pocas veces se le había comprendido, no porque fuera poco claro, sino precisamente por serlo en exceso. El anciano no se preocupaba, pues, por las dificultades del muchacho, aunque, eso sí, le corregía pacientemente cada vez que trataba de utilizar palabras nuevas para él.

El ejercicio fundamental del mozo consistía en describir las cosas que veía y los fenómenos que observaba a su alrededor. El filósofo le enseñaba cuántas palabras había y cuántas de esas palabras se necesitaban para describir el comportamiento de tal o cual objeto de modo que resultara reconocible por la descripción que de él se hacía y, sobre todo, que pudiera ser tratado sobre la base de esa descripción. Existían también ciertas palabras que convenía evitar, pues en el fondo no querían decir nada: palabras como «bueno», «malo», «bonito», etcétera.

El joven pronto comprendió que apenas tenía sentido calificar de «feo» a un escarabajo. Ni siquiera «rápido» bastaba como calificativo, pues hacía falta precisar a qué velocidad se movía en comparación con otros seres de su mismo tamaño, amén de establecer qué le permitía esa rapidez. Había que colocarlo sobre una superficie accidentada y a continuación sobre otra plana, y hacer ruidos que lo movieran a huir, o bien colocarle pequeños cebos para atraerle. Conforme uno se acostumbraba al bicho, iba perdiendo éste su fealdad. En cierta ocasión, el filósofo pidió al muchacho que describiera el trozo de pan que tenía en aquel momento en la mano.

— En este caso puedes emplear sin miedo la palabra «bueno» — le explicó el anciano —, pues el pan se ha hecho para que el hombre lo coma y puede ser bueno o malo para él. Por el contrario, cuando se trata de cosas de mayor tamaño, pertenecientes al reino de la naturaleza, pero que no han sido creadas con una finalidad precisa y mucho menos pensando en el provecho de los hombres, resulta absurdo contentarse con palabras como ésas.

El muchacho recordó en ese momento lo que le había dicho su abuela acerca de milord.

Hacía el mozo rápidos progresos en punto a comprensión, pues todo lo que había que entender — por ejemplo, que el caballo había sanado gracias a los remedios empleados o que un árbol perecía por culpa de otros supuestos remedios — se reducía a cosas tangibles. Igualmente, comprendía el muchacho que siempre debía quedar una duda razonable respecto a si las transformaciones observadas se debían realmente al empleo de tal o cual método. Si bien el mozo apenas alcanzaba a comprender la importancia científica de las teorías del gran Bacon, le entusiasmaba, en cambio, la evidente utilidad de aquellas empresas.

Él entendía así al filósofo: Había comenzado para el mundo una nueva era. La humanidad acumulaba nuevos conocimientos casi diariamente. Y toda esa ciencia contribuía al bienestar y la felicidad terrena. La ciencia marchaba ahora a la cabeza. Estudiaba la ciencia, el universo, todo lo que existe sobre la tierra: plantas, animales, suelo, agua, aire, para sacar de todo ello el máximo provecho. Lo importante no era ya lo que uno creía, sino lo que se sabía. Se creían demasiadas cosas, y eran muy pocas las que se sabían con certeza. Por eso era preciso someterlo todo personalmente a examen, y no hablar más que

de lo que uno podía ver con sus propios ojos y podía además resultar provechoso.

Era ésa la nueva doctrina, y era cada vez mayor el número de personas que la seguían, entusiasmadas y dispuestas a llevar a cabo las nuevas tareas.

Los libros desempeñaban un papel importante en aquella grandiosa empresa, aun cuando no todos ellos fuesen buenos. El muchacho comprendía perfectamente que debía acercarse a los libros si es que quería contarse algún día entre aquellos pioneros del saber.

Naturalmente, jamás se le permitió el acceso a la biblioteca de la casa. Esperaba siempre a milord frente a los establos. A lo más que llegó en cierta ocasión fue a entrar en el parque para hacerse allí el encontradizo con el anciano, y si recurrió a eso fue porque el filósofo llevaba ya varios días sin aparecer por los establos. Mas su curiosidad por aquel pequeño estudio en el que todas las noches ardía una lámpara hasta muy tarde iba en aumento. Desde un seto que había frente al cuarto del filósofo pudo un día el muchacho echar un vistazo a las estanterías de libros.

Por fin decidió aprender a leer. No era aquélla en absoluto una empresa fácil. El párroco, a quien comunicó su deseo, le miró como a un bicho raro.

—¿Pretendes acaso leer a las vacas el Evangelio del Señor? —le preguntó malhumorado, y el muchacho pudo darse por satisfecho con salir de allí sin una bofetada.

No le quedó, pues, más remedio que elegir otro camino. En la sacristía de la iglesia había un misal. Mas allí tan sólo lograría entrar si se ofrecía como campanero. Con tal de averiguar cuáles eran los pasajes que el cura cantaba durante la misa, debía ser posible hallar una relación entre las palabras y las letras. En cualquier caso, el mozo comenzó a aprenderse de memoria las palabras latinas que oía cantar al cura: si no todas, por lo menos algunas. Lo malo era que éste no pronunciaba con demasiada claridad y que, además, muchas veces ni siquiera leía la misa.

Con todo y eso, al cabo de algún tiempo el chico era ya capaz de entonar por su cuenta algún que otro comienzo de plegaria. Un día le sorprendió el caballero mientras ensayaba detrás del pajar, y le dio una buena tunda por parodiar al cura. La bofetada llegó a su destino, después de todo.

Aún no había logrado averiguar a qué partes del misal correspondían las palabras que cantaba el párroco, cuando una gran catástrofe vino a interrumpir sus esfuerzos por aprender a leer. Milord cayó gravemente enfermo.

Había estado achacoso durante todo el otoño y no había tenido aún tiempo de recuperarse cuando, aquel invierno, emprendió un viaje en trineo abierto con el fin de visitar una hacienda situada a varias millas de distancia. El muchacho, que había recibido permiso para acompañarle, iba de pie sobre el patín, junto al pescante.

Cuando, tras acabar la visita, volvía el anciano con paso torpe al trineo acompañado del anfitrión, vio en medio del camino un gorrión helado. Detúvose y con la punta del bastón dio la vuelta al pajarillo.

El muchacho, que trotaba tras ellos cargado con un botellón de agua caliente, oyó cómo milord preguntaba al dueño de la casa:

—¿Cuánto calculáis que lleva ahí tieso?

La respuesta fue:

—Lo mismo puede llevar una hora que una semana o más.

El anciano continuó su marcha pensativo y se despidió luego distraídamente de su anfitrión.

—La carne sigue estando fresca, Dick —dijo, volviéndose al muchacho, cuando el trineo se hubo puesto en marcha.

Hicieron el último trecho a bastante velocidad, pues ya la noche comenzaba a descender sobre los campos nevados y el frío era cada vez más intenso. Así fue cómo al atravesar el portón de la granja atropellaron a una gallina que se había escapado, al parecer, de los corrales. El anciano observó los esfuerzos del cochero por evitar a la gallina, que revoloteaba torpemente, y mandó parar cuando vio que la maniobra había fracasado.

Tras liberarse con dificultad de las mantas y pieles que le cubrían, se apeó del trineo y, apoyándose en el muchacho, caminó hasta el lugar donde yacía el ave, sin hacer caso de las advertencias del cochero sobre el peligro que corría con el frío.

La gallina estaba muerta.

El anciano ordenó al muchacho que la recogiera.

—Sácale las entrañas —le indicó.

—¿Por qué no lo hacemos en la cocina? —preguntó el cochero, que temía que su amo no resistiese, achacoso como estaba, aquel viento tan frío.

—No, es mejor aquí —respondió éste—. Dick debe llevar encima un cuchillo, y necesitamos nieve.

El muchacho hizo lo que se le ordenaba, y el anciano, que aparentemente había olvidado su enfermedad y el frío reinante, se agachó y recogió con esfuerzo un puñado de nieve. Cuidadosamente relleno entonces con nieve el interior de la gallina.

El muchacho por fin comprendió. También él recogió nieve y se la entregó a su maestro para que pudiera rellenar debidamente la gallina,

—Así se mantendrá fresca durante semanas —explicó, entusiasmado, el anciano—. ¡Colócala sobre las baldosas del sótano!

El viejo Bacon recorrió a pie el breve camino que los separaba de la puerta de entrada. Parecía un tanto agotado y, al caminar, se apoyaba fuertemente en el muchacho, que llevaba bajo el brazo la gallina rellena de nieve.

Al entrar en el vestíbulo sintió un fuerte escalofrío. A la mañana siguiente, el anciano guardaba cama, aquejado de fuerte fiebre. El muchacho estuvo rondando, preocupado, la casa de su maestro, tratando de averiguar algo sobre su estado de salud. De muy poco pudo, sin embargo, enterarse; en la hacienda, la vida continuaba como si tal cosa. Sólo al tercer día se produjo una novedad: llamaron al muchacho al estudio.

El anciano estaba acostado en un catre de madera, cubierto por mil mantas, pero las ventanas permanecían abiertas, de modo que hacía frío dentro del cuarto. Sin embargo, el enfermo parecía estar ardiendo. Con voz temblorosa preguntó al muchacho por el estado de la gallina que habían relleno de nieve.

El mozo replicó que seguía tan fresca como al principio.

—Estupendo —exclamó el anciano, satisfecho—. ¡Vuélveme a informar dentro de dos días!

Mientras salía de la habitación, el muchacho lamentó no haber traído consigo la gallina. El anciano no parecía estar tan grave como aseguraba la servidumbre.

Renovaba el mozo la nieve dos veces por día, por lo que la gallina continuaba en perfecto estado cuando se encaminó aquél nuevamente a la habitación del enfermo.

Esta vez tropezó con obstáculos totalmente imprevistos.

Habían llegado varios médicos de la capital. El pasillo vibraba de susurros imperativos y sumisos, y abundaban por todas partes los rostros desconocidos. Un sirviente que entraba en el cuarto del enfermo con una bandeja cubierta por un amplio paño le indicó bruscamente que se largara.

Durante la mañana y parte de la tarde el mozo hizo varios intentos, todos ellos vanos, por entrar en la habitación de su maestro enfermo. Los médicos parecían querer establecer allí su residencia. Al muchacho, aquellos individuos se le antojaban negros pajarracos dispuestos a lanzarse sobre un pobre anciano indefenso. Al anochecer, Dick se escondió en un tabuco junto al pasillo, en el que hacía muchísimo frío. Aunque no dejaba de tiritar, el muchacho se dio por satisfecho, pues aquella temperatura favorecía el experimento, ya que era preciso que la gallina se mantuviera helada.

A la hora de la cena remitió un poco la marea negra, y el muchacho pudo colarse en la habitación.

El enfermo estaba solo; todos se habían ido a comer. Junto al catre había una lámpara de cabecera con pantalla verde. El rostro del anciano aparecía extrañamente contraído y pálido como la cera. Tenía el enfermo los ojos cerrados, pero sus manos se agitaban nerviosas sobre la tesa manta. Hacía en la habitación un calor excesivo; habían cerrado todas las ventanas.

El muchacho se acercó al lecho, mostrando con gesto convulso la gallina y repitiendo en voz queda:

—Milord... milord.

No obtuvo respuesta. El anciano no parecía dormir, sin embargo; movía los labios de cuando en cuando como si hablara. El muchacho decidió llamar su atención, firmemente convencido como estaba de la necesidad de recibir nuevas instrucciones en relación con el experimento. Pero antes de que pudiera tirar de la manta, cuando ya había depositado sobre una silla la caja que contenía la gallina, sintió que le asían por detrás y le apartaban violentamente del lecho. Quien le había agarrado era un tipo gordo de rostro gris, que se le quedó mirando como si tuviera delante a un asesino. Sin perder un instante la serenidad, el muchacho logró zafarse de las garras de aquel hombre y, dando un salto, recuperó la caja con la gallina para salir de naja por la puerta.

Mientras atravesaba el pasillo parecióle que le había visto el mayordomo segundo, que subía en aquel instante la escalera. Aquello era grave. ¿Cómo demostrar que había acudido a la casa cumpliendo sólo una orden de milord, con quien estaba colaborando en un importante experimento? El anciano estaba

totalmente en poder de los médicos; el hecho de que todas las ventanas de su cuarto permanecieran cerradas era prueba más que suficiente.

Como se temía, no tardó en ver a uno de los sirvientes cruzar el patio en dirección al establo. Renunció, pues, a su cena y —tras dejar la gallina otra vez en el sótano— se escondió en la parte del establo donde se guardaba el forraje.

No pudo dormir tranquilo, preocupado como estaba por la posibilidad de verse envuelto en algún lío con la justicia. A la mañana siguiente, no sin grandes titubeos, dejó su escondite.

Sin embargo, nadie se fijó en él. Reinaba en la hacienda un gran ajeteo. Milord había muerto al amanecer.

El muchacho anduvo todo el día de un lado para otro, como aturdido. Tenía la sensación de que no iba a poder soportar aquella pérdida. Cuando aquella tarde descendió al sótano con una fuente llena de nieve, su dolor por la desaparición del anciano se trocó en aflicción por el experimento interrumpido. Y el muchacho lloró amargamente sobre la caja que contenía la gallina. ¿Qué sería del gran descubrimiento?

Al regresar a la casa de su amo —sentía los pies tan pesados que se volvió para mirar sus huellas en la nieve, pensando que serían más profundas que lo habitual— pudo comprobar que los médicos londinenses no se habían marchado aún. Sus coches continuaban allí. Venciendo la repugnancia que le inspiraba la idea, el muchacho resolvió comunicarles el descubrimiento. Eran hombres de ciencia y reconocerían la trascendencia del experimento. Fue a buscar la caja donde tenía la gallina congelada y se escondió detrás del pozo hasta que vio pasar a uno de aquellos señores, un individuo rechoncho y de aspecto no demasiado temible. El muchacho se le acercó y le mostró su caja. Al principio, por más que se esforzaba, no le salía la voz, pero por fin consiguió exponer el caso con frases un tanto incoherentes.

—Milord la encontró muerta hace seis días, excelencia. La rellenamos de nieve. Milord pensó que así lograría conservarse fresca. ¡Compruébelo usted mismo! Se conserva como al principio.

El hombrecillo miró asombrado dentro de la caja.

—¿Y qué más? —preguntó.

—No se ha descompuesto —replicó el muchacho.

—Ajá —exclamó el hombrecillo.

—Examínelo usted mismo —le instó el muchacho.

—Ya lo veo —contestó el hombrecillo meneando la cabeza. Y con ese movimiento de cabeza se alejó.

El muchacho le siguió con la vista, completamente desilusionado. No podía comprender al hombrecillo. ¿Acaso milord no había muerto por apearse del trineo y exponerse al frío para llevar a cabo aquel experimento? Incluso había recogido la nieve con sus propias manos. Aquélla era la realidad.

El mozo regresó con paso lento hacia la puerta del sótano, pero antes de llegar se detuvo, giró rápidamente sobre sus talones y echó a correr en dirección a la cocina.

Encontró al cocinero muy ocupado, pues se esperaba la visita de algunos vecinos de la comarca que deseaban expresar su pésame personalmente.

– ¿Qué quieres hacer con esa ave? – gruñó el cocinero –. Está congelada.

– No importa – replicó el muchacho –, milord dijo que no importaba.

El cocinero le miró distraído un instante; después se dirigió torpemente hacia la puerta con una gran sartén en la mano y la intención evidente de arrojar algunos desperdicios. El muchacho le siguió tenaz con su caja en las manos.

– ¿Por qué no probamos? – suplicó.

Al cocinero se le había agotado la paciencia. Agarró la gallina con sus poderosas manos y la arrojó al centro del patio,

– ¿No tienes otra cosa en qué pensar? – bramó –. ¿Es que no sabes que milord ha muerto?

Indignado, el muchacho recogió la gallina y se alejó de allí.

Los dos días siguientes estuvieron dedicados casi exclusivamente a las ceremonias fúnebres. El mozo estuvo muy atareado unciendo y desunciendo caballos. Cada noche, sin embargo, introducía nieve fresca en la caja de la gallina antes de acostarse. Dormía, además, con un ojo abierto. Todas las esperanzas parecían haberse desvanecido de pronto; la nueva era había tocado prematuramente a su fin.

Pero al tercer día, el del sepelio, bien lavado y con sus mejores galas, el muchacho sintió renacer su optimismo. Era un hermoso y sereno día de invierno, y desde el pueblo llegaba el tañido de las campanas.

Lleno de nuevas esperanzas, se dirigió al sótano y examinó larga y minuciosamente la gallina muerta. No encontró huella alguna de descomposición. Con sumo cuidado la introdujo nuevamente en la caja, que rellenó con blanquísima y pura nieve. Tomó entonces la caja bajo el brazo y se encaminó al pueblo.

Silbando de alegría, entró el muchacho en la pequeña cocina de su abuela. La anciana le había criado, pues había quedado huérfano de muy pequeño, y el chico confiaba en ella. Sin mostrarle el contenido de la caja, le habló del experimento de milord, mientras ella se vestía para el entierro.

Su abuela le escuchó con paciencia.

– Pero eso lo saben todos – respondió cuando su nieto hubo terminado –. Se ponen rígidos con el frío y se conservan algún tiempo. ¿Qué hay de especial en ello?

– Creo que nos la podemos comer todavía – contestó el muchacho, fingiendo indiferencia.

– ¿Comerse una gallina que lleva ya muerta una semana? ¿No comprendes que es veneno?

– ¿Por qué, si no ha cambiado desde que murió? Y si murió fue porque la atropelló el coche de milord, pero estaba sana.

– Pero ¿y por dentro? ¡Por dentro está descompuesta! – contestó la anciana, perdiendo un poco la paciencia.

– No creo – insistió el muchacho mientras clavaba sus ojos claros en la gallina –. La mantuvimos rellena de nieve todo el tiempo. Creo que la voy a cocinar.

La anciana se enfadó muchísimo.

—Tú vienes al entierro —le dijo en tono perentorio—. Creo que milord hizo por ti lo suficiente como para que te dignes acompañar su féretro como corresponde.

El muchacho no respondió. Mientras su abuela se ataba un pañuelo de negra lana a la cabeza, extrajo el muchacho la gallina de la nieve, la sacudió bien y la colocó junto al horno, sobre los leños. Era preciso descongelarla.

La anciana ya no le miraba. Cuando estuvo lista, le tomó de la mano y le sacó de allí con determinación.

El muchacho la siguió sumiso durante un rato. Hombres y mujeres se dirigían como ellos al entierro. De pronto, el nieto soltó un grito de dolor. Había metido un pie en un bache disimulado por la nieve. Con el rostro crispado logró por fin extraer el pie, y fue cojeando hasta una piedra, sobre la cual se sentó.

—Me lo he torcido —dijo mientras se restregaba el tobillo. La anciana le miró desconfiada.

—Puedes andar perfectamente —le dijo.

—No, rezongó el muchacho. Pero si no me crees, siéntate aquí a mi lado hasta que pase el dolor.

La abuela se sentó junto a él sin pronunciar palabra.

Transcurrió un cuarto de hora. Seguían pasando por delante vecinos del pueblo, aunque cada vez en menor número. Abuela y nieto permanecían acurrucados al borde del camino.

Por fin la anciana habló seriamente:

—¿No te enseñó tu amo a no mentir?

Ante el silencio obstinado del muchacho, la anciana se levantó con un suspiro. No aguantaba más el frío.

—Si no me sigues dentro de diez minutos —le amenazó— se lo contaré a tu hermano para que te dé una buena paliza.

Dicho esto, se alejó renqueante, aunque apretando al mismo tiempo el paso, pues no quería perderse la oración fúnebre.

El muchacho esperó hasta que se hubo alejado lo suficiente. Luego se puso lentamente en pie y echó a andar en la dirección contraria. Seguía cojeando y a cada momento se volvía a mirar. Sólo cuando hubo rebasado un seto y se dio cuenta de que la anciana ya no podía verle, volvió a adoptar el paso normal.

Al llegar a la choza se sentó junto a la gallina y se puso a mirarla lleno de esperanza. La pondría a hervir y se comería un ala; así comprobaría si era o no venenosa.

Seguía sentado en el mismo sitio cuando se oyeron tres salvas de artillería. Las disparaban en honor de Francis Bacon, barón de Verulam, vizconde de St. Albans, ex canciller de Inglaterra, que había sembrado el miedo en no pocos de sus coetáneos, pero que, al mismo tiempo, había fomentado en otros muchos el entusiasmo por las ciencias útiles.

Ulm 1592

—Obispo, puedo volar
—le dijo el sastre al obispo—.
Verás qué bien se me da—.
Y se subió con dos trastos
que a alas asemejaban,
decidido, al campanario.
—Todo eso es falsedad
—dijo del sastre el obispo—.
El hombre no nació pájaro.
Jamás logrará volar—.

—El pequeño sastre ha muerto
—dijo la gente al obispo—.
Fue una locura. Las alas,
al caer, se le quebraron.
Y se estrelló contra el duro,
duro suelo de la plaza.

—Que repiquen las campanas,
todo era falsedad
—dijo el obispo a su pueblo—.
El hombre no nació pájaro,
jamás logrará volar.

El manto del hereje

Giordano Bruno, el nolano, a quien, en el año 1600, las autoridades romanas de la Inquisición enviaron a la hoguera por herejía, está considerado generalmente como un gran hombre, no sólo por sus audaces hipótesis – posteriormente verificadas – sobre los movimientos de los astros, sino también gracias a su valiente postura frente al tribunal de la Inquisición, al cual dijo:

– Es mayor tal vez el miedo que sentís al pronunciar vuestra sentencia que el mío al escucharla.

Si se leen sus escritos y se consultan los informes existentes sobre su actuación pública, se convendrá en atribuirle grandeza como hombre. Y sin embargo hay una historia con él relacionada que puede contribuir a aumentar, si cabe, nuestra admiración por el nolano.

Es la historia de su manto.

Es preciso saber cómo cayó Bruno en manos de la Inquisición.

Un patricio veneciano, un tal Mocénigo, invitó al sabio a su casa para que le instruyera en la física y la mnemotecnia. A cambio de darle alojamiento y comida durante un par de meses, recibió aquel patricio las lecciones convenidas. Mas en lugar de enseñarle los secretos de la magia negra, como aquél deseaba, el nolano tan sólo le dio lecciones de física. El patricio se mostró muy disgustado por lo que él consideraba un fraude, ya que la física de nada le servía. Por eso comenzaron a pesarle los gastos derivados de la manutención de su huésped. Varias veces le exhortó seriamente a que se decidiera de una vez a comunicarle los secretos y lucrativos conocimientos que un hombre de su fama debía, sin duda, poseer, y al ver que nada conseguía, decidió denunciarle por carta a la Inquisición. Escribió en su carta que aquel hombre perverso y desagradecido había hablado mal de Jesucristo en su presencia y había dicho que los monjes eran unos asnos que se dedicaban a atontar al pueblo, y que, por si fuera poco, había osado afirmar, en contra de lo que dice la Biblia, que no existía sólo un sol, sino incontables soles, etcétera, etcétera. Por todo lo cual, él, Mocénigo, le había encerrado en el sótano de su casa y rogaba al tribunal que enviara por él a algún funcionario lo antes posible.

Los funcionarios de la Inquisición se presentaron en casa del patricio un lunes por la madrugada y condujeron al sabio a una de las mazmorras de la sacra institución.

El hecho ocurrió en la noche del domingo al lunes 25 de mayo de 1592, a las tres de la madrugada, y desde entonces hasta el día en que subió a la hoguera, el 17 de febrero de 1600, no volvió el nolano a ver la calle.

Durante los ocho años que duró el terrible proceso, Giordano Bruno luchó sin desmayo por su vida, pero quizá el combate más desesperado de todos fue el que libró el primer año en Venecia para evitar que le entregaran a las autoridades de Roma.

A este período corresponde precisamente la historia del manto.

En el invierno de 1592, cuando aún se hospedaba en un hotel, encargó a un sastre llamado Gabriele Zunto que le cortara un grueso manto. Aún no había pagado la prenda cuando fue detenido.

Al enterarse de su detención, corrió el sastre a casa del señor Mocénigo, en las cercanías de San Samuel, para presentar su factura. No llegó a tiempo. Un sirviente de aquella casa le señaló la puerta.

— Ya hemos gastado bastante en ese estafador — le gritó desde el umbral, y al oír aquellas voces algunos transeúntes volvieron la cabeza—. Dirigiós al tribunal del Santo Oficio y explicadles que tenéis trato con ese hereje.

El sastre quedó paralizado por el terror. Habían oído aquello unos golfillos que jugaban en la calle, y uno de ellos, un rapaz todo lleno de granos y de aspecto harapiento, le arrojó una piedra. Una mujer pobremente vestida que salió de un portal propinó a aquel pillo un buen sopapo, pero Zunto, que era ya viejo, comprendió claramente que era peligroso ser considerado como alguien que «tenía trato con el hereje». Dobló rápidamente la esquina no sin mirar varias veces, atemorizado, en torno suyo y, tras dar un largo rodeo, llegó por fin a su casa. Nada dijo a su mujer de su infortunio, por lo que ésta se pasó toda una semana preguntándose cuál sería la causa de la depresión del marido.

Pero el primero de junio, al repasar las cuentas, descubrió que había un manto sin pagar y que el cliente era un individuo cuyo nombre estaba en labios de todos. En efecto, aquellos días no se hablaba en la ciudad más que del nolano. Corrían los más horripilantes rumores acerca de su perversidad. No sólo había echado pestes del matrimonio tanto en libros como en conversaciones, sino que había motejado de charlatán al mismo Jesucristo y había llegado a afirmar los mayores disparates acerca del sol. No era, pues, impropio de un hombre de esa calaña el dejar a deber un manto. Sin embargo, la buena mujer no tenía la menor intención de tolerar aquello. Después de una violenta discusión con su marido, púsose la ya septuagenaria mujer sus mejores galas y se encaminó al tribunal del Santo Oficio, donde exigió, con cara de pocos amigos, el pago de los treinta y dos escudos que le adeudaba el hereje allí encarcelado.

El funcionario que la atendió tomó nota de su petición y le prometió investigar el asunto.

Pocos días después recibió Zunto una citación, y se presentó temblando en el temido edificio. Con gran sorpresa suya, no le tomaron declaración, sino que le comunicaron que se tendría presente su petición a la hora de examinar las cuentas pendientes del detenido. De todas formas el funcionario le advirtió que no se hiciese demasiadas ilusiones.

El anciano quedó tan contento de haber salido tan bien librado de aquello que agradeció con humildad la gestión. Su mujer no era, sin embargo, tan fácil de contentar. No le bastaba que, para compensar la pérdida, su marido renunciara a su copita de todas las noches y se tirara cosiendo casi hasta la madrugada. Había deudas con el pañero que era preciso pagar. La sastra vociferaba en la cocina y en el patio que era una vergüenza encerrar a un delincuente antes de que hubiera pagado sus deudas, y que, si no quedaba más remedio, iría a Roma a ver al Santo Padre para recuperar sus treinta y dos

escudos.

– En la hoguera no necesitará ningún manto – gritaba.

Refirió la mujer a su confesor lo que les pasaba; éste le aconsejó que reclamara por lo menos el manto. La anciana consideró ese consejo como un reconocimiento de su derecho por parte de una instancia eclesiástica e insistió en que no le bastaba con que se le restituyese el abrigo, puesto que sin duda estaría ya usado, y, además, era hecho a medida. Ella quería el dinero. Como levantara un poco la voz en medio de su indignación, el sacerdote la echó de allí. Esto la hizo entrar un poco en razón, y durante unas semanas la mujer se estuvo tranquila. De la sede del tribunal de la Inquisición no llegaban más noticias del hereje. Sin embargo, se rumoreaba por todas partes que en cada interrogatorio salían a relucir las acciones más escandalosas. Con auténtica avidez prestaba oídos la sastra a todos aquellos chismes. Era una tortura para ella enterarse de que el asunto del hereje iba tan mal. Nunca sería puesto en libertad y jamás pagaría sus deudas. Ya no dormía siquiera por las noches, y cuando llegaron los calores de agosto, la anciana perdió totalmente el control de sus nervios y comenzó a dar rienda suelta a su lengua, exponiendo su queja lo mismo en las tiendas donde compraba que a cuantos clientes acudían a probarse a la sastrería. A unos y otros aseguraba que los padres cometían un pecado rechazando con tanta indiferencia la demanda de un modesto artesano. Los impuestos eran agobiantes, y el pan había vuelto a subir últimamente.

Una mañana, un funcionario del Santo Oficio la condujo al edificio de la Inquisición, donde, tras amonestarla seriamente, le advirtieron que renunciase a sus maledicencias. Tras preguntarle si no le daba vergüenza poner en solfa a la sagrada institución por unos miserables escudos, le dieron a entender que disponían de toda clase de medios para ocuparse de gente de su calaña.

Aquella reprimenda le bastó por algún tiempo, aunque cada vez que recordaba la expresión «por unos miserables escudos» en boca de aquel hermano gordinflón, enrojecía de cólera. Mas en septiembre llegó la noticia de que el Gran Inquisidor de Roma había solicitado oficialmente la extradición del nolano. El asunto se estaba ya debatiendo en la «Signoria».

Los ciudadanos discutían acaloradamente la petición del Alto Tribunal de Roma, y en general, el pueblo se oponía a la extradición. Los gremios no querían reconocer la potestad de ningún tribunal romano. La sastra estaba fuera de sí. ¿Es que iban a permitir que ese hereje saliera para Roma sin haber saldado antes sus deudas? Era el colmo. No bien hubo oído la increíble noticia cuando, sin molestarse siquiera en cambiarse de ropa, echó a correr hacia la sede de la Inquisición.

Esta vez la recibió un funcionario más importante, quien, sorprendentemente, la trató con mayor amabilidad que los anteriores. Tenía el hombre casi la misma edad que ella y escuchó sus quejas con paciencia y atención.

Cuando la sastra hubo terminado, el viejo funcionario le preguntó, tras una breve pausa, si deseaba hablar con Bruno.

Ella aceptó en el acto, y así se fijó una entrevista para el próximo día. A la mañana siguiente, en un minúsculo cuartucho con ventanas enrejadas, la mujer

se encontró frente a frente con un hombrecillo de rostro enjuto y oscura y rala barba que le preguntó amablemente qué deseaba de él.

La anciana había visto a aquel hombre en la sastrería durante las pruebas, y había tenido presente su rostro todo el tiempo; sin embargo, esta vez le costó algún trabajo reconocerle. La tensión de los interrogatorios debían de haberle desfigurado el semblante.

La mujer habló apresuradamente:

—El manto. No lo habéis pagado.

Él se la quedó mirando sorprendido unos segundos. Cuando por fin cayó en la cuenta, le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto os debo?

—Treinta y dos escudos, respondió la sastra, ¿acaso no recibisteis la factura?

El prisionero se volvió hacia el funcionario alto y gordo que asistía a la entrevista para preguntarle si sabía cuánto dinero se había depositado junto con sus demás pertenencias en aquel edificio. El hombre lo ignoraba, pero prometió averiguarlo.

—¿Cómo está vuestro marido? —preguntó el nolano, dirigiéndose nuevamente a la sastra, como si el asunto estuviese ya prácticamente solucionado y las relaciones hubiesen vuelto a la normalidad, por lo que aquella visita cobraba un carácter totalmente distinto.

Desconcertada por tanta amabilidad, la mujer murmuró que estaba bien, e incluso añadió algo en relación con el reuma que sufría. La sastra dejó, sin embargo, pasar dos días antes de volver a la sede del Santo Oficio, pues le pareció conveniente concederle un plazo al prisionero para que hiciese sus averiguaciones.

También esta vez se le permitió hablar con el nolano, aun cuando hubo de esperar en la celda más de una hora, pues el prisionero estaba siendo sometido a interrogatorio.

Cuando por fin llegó parecía muy agotado. Como no había silla, se apoyó ligeramente contra la pared. Sin embargo, en seguida fue al grano.

Con voz muy débil le explicó que, desgraciadamente, no podía pagarle el manto. Entre sus cosas no se había encontrado dinero en efectivo; pero la mujer no debía renunciar, sin embargo, a todas sus esperanzas. Había estado meditando sobre el asunto y se había acordado de que un editor de la ciudad de Francfort, que le había publicado hacía tiempo algunos libros, debía de tener todavía dinero suyo. Escribiría a ese hombre si se lo autorizaban. Mañana sin falta solicitaría el permiso. Le había dado la impresión, durante el interrogatorio, de que hoy el ambiente no era demasiado favorable, por lo que, temiendo echarlo todo a perder, no había hecho ninguna gestión.

Mientras hablaba, la anciana le miraba con sus ojos penetrantes. De sobra conocía los pretextos y subterfugios de los deudores morosos. No se preocupaban ni lo más mínimo de sus obligaciones, y luego, cuando se les presionaba, fingían remover cielo y tierra.

—¿Por qué encargasteis un manto si no teníais dinero con qué pagarlo? —preguntó la mujer secamente.

El prisionero asintió con la cabeza como para demostrarle que entendía lo que quería decir. Luego respondió:

—Siempre gané dinero con mis libros y mis lecciones. Y pensé que seguiría ganándolo. En cuanto al manto, creí que iba a necesitarlo, pues no me imaginaba esto.

Lo dijo sin la más mínima amargura, como si sólo pretendiese no dejar a la anciana sin respuesta.

La sastra volvió a mirarle de arriba abajo con ojos de ira, pero al mismo tiempo con la sensación de no llegar a comprenderle. Y sin decir palabra dio media vuelta y salió precipitadamente de aquel cuartucho.

—¿Quién va a enviar dinero a un hombre procesado por la Inquisición? — comentó aquella noche en la cama a su marido, llena de indignación. Aunque el sastrero estaba ya tranquilo con respecto a la actitud de las autoridades eclesiásticas para con él, desaprobaba los incansables esfuerzos de su mujer por obtener el dinero adeudado.

—Tiene cosas más importantes en qué pensar — gruñó.

La sastra no dijo nada más.

Pasaron varios meses sin que se produjera ninguna novedad en el dichoso proceso. A principios de enero se dijo, sin embargo, que la Signoria estaba considerando la posibilidad de acceder a la petición de extradición formulada por el Vaticano en relación con el hereje. Fue entonces cuando llegó una nueva citación del Santo Oficio para el matrimonio Zunto.

En la citación no se especificaba la hora a la que debían presentarse, y la sastra se personó en el edificio de la Inquisición después de comer. Llegó en un mal momento. El prisionero esperaba la visita del procurador de la República de quien la Signoria había solicitado un dictamen sobre el asunto de la extradición. Recibió a la anciana el alto funcionario que le había gestionado la primera entrevista con el nolano, quien le informó que el prisionero había expresado su deseo de hablar con ella. Al mismo tiempo, le rogó considerara si aquél era un momento apropiado, puesto que Bruno estaba pendiente de una conversación de la máxima trascendencia. La mujer contestó que no había más que preguntárselo al interesado.

Se envió, pues, a realizar aquella consulta a un empleado subalterno del tribunal, quien volvió al poco tiempo acompañado del prisionero. La entrevista tuvo lugar en presencia del alto funcionario.

Nada más entrar, el nolano obsequió a su visitante con una sonrisa, pero antes de que pudiera abrir la boca la mujer le espetó:

—¿Por qué os comportáis de ese modo si queréis poder pasearos un día en libertad?

El hombrecillo se quedó perplejo un instante. Se había visto obligado a responder a tantas preguntas durante todo aquel trimestre que apenas recordaba en qué había quedado su última conversación con la sastra.

—No me ha llegado ningún dinero — dijo por fin—. Escribí a mi editor un par de veces, pero no me ha enviado nada. Pensé que tal vez querríais recuperar el manto.

—Ya sabía yo que íbamos a llegar a eso — replicó la anciana en tono

despectivo—; el manto no me sirve, pues está hecho a medida y es demasiado pequeño para la mayoría de las personas.

El nolano la miró con rostro apenado.

—No había pensado en eso —exclamó, volviéndose hacia el anciano sacerdote—. ¿No sería posible vender todas mis cosas y pagar con ello a esta gente?

—Me temo que no va a ser posible —intervino el carcelero alto y gordo que le había acompañado desde la celda—. El señor Mocénigo reclama ese dinero. Dice que vivisteis mucho tiempo a costa suya.

—Pero si yo era su huésped —replicó, fatigado, el prisionero.

El anciano funcionario levantó la mano.

—Esa es harina de otro costal. Considero que corresponde devolver el manto.

—¿Y qué quiere que hagamos con él? —exclamó la sastra, obstinada.

El rostro del anciano se enrojeció ligeramente.

—Estimada señora —dijo con voz pausada—, creo que no os vendría mal un poco de caridad cristiana. El prisionero tiene pendiente una conversación que es para él asunto de vida o muerte. No podéis exigir que se preocupe únicamente de vuestro manto.

La anciana le miró insegura. De pronto recordó dónde estaba y se preguntó si no sería mejor retirarse.

—Creo que tiene derecho a protestar —oyó que susurraba en ese momento el prisionero.

La sastra se volvió hacia él.

—Debéis disculparme —añadió el nolano—. No creáis que su pérdida me es indiferente. Voy a elevar una instancia al respecto.

El subalterno alto y gordo había salido de la celda obedeciendo a una seña del anciano.

—El manto no nos ha sido entregado junto con las demás pertenencias. Mocénigo debe de haberse quedado con él —dijo al regresar, extendiendo los brazos.

El nolano se sobresaltó visiblemente. Luego dijo con voz firme:

—Eso no es justo. Le demandaré.

El anciano meneó la cabeza.

—Más vale que os preocupéis de la conversación que habréis de mantener dentro de un par de minutos. No puedo permitir que se siga discutiendo aquí por un par de escudos.

A la anciana se le subió la sangre a la cabeza. Mientras hablaba el nolano, había permanecido en silencio, mirando con gesto de disgusto hacia un rincón. Pero otra vez había perdido la paciencia.

—¡Un par de escudos! —comenzó a chillar—. ¡Son las ganancias de todo un mes de trabajo! ¡Claro que eso no os va ni os viene! ¿Qué perdéis vos en ello?

En aquel instante asomó por la puerta un monje de gran estatura.

—El procurador ha llegado —anunció a media voz, mientras miraba sorprendido a la mujer, que no dejaba de gritar.

El subalterno alto y gordo tomó al nolano por un brazo y se lo llevó de la

habitación. Mientras salía, el prisionero se volvió un momento a mirar a la mujer. Su rostro enjuto mostraba una gran palidez.

La anciana descendió azorada la escalera de piedra del edificio. No sabía qué pensar. Después de todo, el hombre había hecho lo posible.

Cuando, al cabo de una semana, se presentó el tipo alto y gordo para hacer entrega al sastre del manto, la anciana no quiso entrar en el taller, mas pegó la oreja a la puerta y oyó decir a aquél:

—Realmente, estos últimos días ha estado haciendo toda clase de gestiones relacionadas con el asunto del manto. Aprovechando el tiempo que le dejaban libre los interrogatorios y las entrevistas con las autoridades de la ciudad, consiguió elevar un par de instancias y varias veces solicitó audiencia con el nuncio para tratar del asunto. Por fin consiguió lo que pretendía. Mocénigo no tuvo más remedio que entregar el manto, el cual, dicho sea de paso, le habría venido ahora muy bien, pues la extradición ha sido concedida, y esta semana Bruno será enviado a Roma.

Así sucedió. Corrían los últimos días del mes de enero.

La cruzada de los niños 1939

En el año treinta y nueve hubo en Polonia
una batalla sangrienta
que a escombros redujo
ciudades y aldeas.

La mujer allí perdió al marido.
La hermana perdió al hermano.
Y el hijo, entre cenizas,
a sus padres buscó en vano.

No llegaba de Polonia
una noticia, una carta,
mas por el Este corría
una historia muy extraña.

Alguien refirió la historia
en una ciudad nevada,
de unos niños que emprendieron
en Polonia una cruzada.

Muertos de hambre, en tropeles,
por los caminos avanzaban,
y se les unían otros niños
en las aldeas que atravesaban.

De batallas y amargas pesadillas
huir intentaban
para llegar a algún país donde
la paz reinara.

Marchaba entre ellos un pequeño líder,
que fue quien los organizó
y hacia dónde llevarlos era ahora
su gran preocupación.

Una niña de once cuidaba
de un chiquitín que apenas sabía andar.
Tenía todo lo que hace a una madre,
pero no un país en paz.

Un pequeño judío iba en el grupo
con su cuellito de terciopelo.
Toda su vida había comido pan blanco,

ahora a nada ponía peros.

También se les unieron dos hermanos,
uno y otro grandes estrategas.
Tomaron un buen día una cabaña
y dentro sólo encontraron goteras.

Iba además un niño triste y flaco
que parecía quedarse siempre aparte.
Una espantosa tara había heredado:
el proceder de una embajada nazi.

Y un músico iba también, que en una tienda
destruida encontró un día un tambor.
Tocarlo los hubiera delatado,
y así sus ganas aguantó.

Hasta un perro con ellos viajaba:
en un principio destinado a carne,
una boca más era ahora.
Nadie tuvo corazón para matarle.

También un maestrillo había,
que no dejaba de gritar
al pupilo, que sobre un viejo tanque
escribía de «paz» la «p» y la «a».

Un buen día hubo incluso un concierto
junto a un torrente invernal.
El niño músico tocó su instrumento,
mas el estruendo no les dejó escuchar.

No podía faltar tampoco un romance:
la muchacha, doce; quince, el rapazuelo.
Buscaban las granjas donde no quedó nadie,
y allí la doncella le atusaba el pelo.

Mas aquel amor no podía durar
con la nieve y el cierzo.
¿Cómo dos arbolillos iban a soportar
todo el peso del invierno?

También estalló un día una guerra
cuando con otro grupo se toparon.
Mas viendo cuán absurdo todo era,
muy pronto la acabaron.

Aún duraba, sin embargo, la batalla

en torno a una vieja garita
cuando uno de los dos bandos
se quedó sin comida.

Al enterarse el enemigo,
envió un saco de patatas,
pues nadie puede luchar
si no ha manducado nada.

También hubo un juicio un día
a la luz de dos candelas,
y fue condenado el juez
tras penosa audiencia.

Y hubo un entierro: el del niño
con el cuellito de terciopelo.
Dos alemanes y dos polacos
llevaron a hombros su cuerpo.

Protestantes, católicos y hasta el niño nazi
dijeron su adiós al judío.
Y al final habló un niño socialista
del futuro de los vivos.

Había, pues, mucha fe y esperanza,
pero faltaban la carne y el pan.
Nadie se queje si le robaron,
pues que no los quiso cobijar.

Y nadie acuse al pobre que a su mesa
no los hizo sentar.
Cincuenta bocas necesitan trigo,
no caridad.

Ahora los niños marchaban
siempre hacia el Sur.
El Sur, de donde al mediodía
viene toda la luz.

A un soldado herido un día hallaron
en un pinar,
y seis días le cuidaron
por si los podía orientar.

— ¡A Bilgoray! — decía el soldado,
pero la fiebre
se lo llevó al día siguiente.
Allí mismo le enterraron.

Había postes de señales
que no dejaba leer
la nieve, ¿y quién se fiaba?
Si estaban puestos al revés.

Y no era aquello una broma,
sino un truco militar.
Mas ellos Bilgoray buscaban
y no se cansaban de buscar.

En torno al jefe todos se agrupaban,
pues aún creían en él.
Y éste el horizonte blanco señalaba:
– Por allí debe ser.

Un fuego vieron una noche,
pero no se acercaron.
Otra vez vieron cruzar tres tanques
llenos de soldados.

Divisaron otro día una ciudad.
Tampoco entraron,
dieron un rodeo y por la noche
continuaron.

En el sureste de lo que fue Polonia
bajo fuerte ventisca
alguien vio pasar a los cincuenta.
Era la última vez que los veían.

Cuando cierro los ojos
veo que caminan
de un pueblo destruido
a una aldea en ruinas.

Allá en lo alto, entre las nubes, veo
siempre nuevas caravanas
que sin patria ni rumbo
por la nieve avanzan.

Buscan anhelantes una tierra de paz
sin truenos ni incendios,
no como la que dejaron atrás,
y el cortejo es ya inmenso.

Cuando llega el crepúsculo,
no parecen los mismos.
Veo rostros españoles,

franceses y amarillos.

Aquel enero, en Polonia,
un perro flaco encontraron
que llevaba un cartel
de cartón al cuello atado.

«Socorro – decía el cartel –,
nos hemos extraviado.
Somos cincuenta. Este perro
os traerá hasta nuestro lado».

«No lo matéis. Sólo él
sabe dónde estamos.
Si lo hacéis, nuestra esperanza
morirá con él.»

Era de un niño la letra,
y eran campesinos quienes la leyeron.
Ha pasado año y medio desde que
fue hallado muerto de hambre el perro.

César y su legionario

1. César

Desde comienzos de marzo sabía el dictador que los días de la dictadura estaban contados.

A un forastero que llegara de alguna de las provincias, la capital le hubiera impresionado tal vez más que nunca. La urbe había crecido desmesuradamente; una abigarrada mezcla de pueblos ocupaban sus distintos barrios, que parecían a punto de estallar; poderosos edificios públicos estaban en vías de conclusión; la «city» hervía de proyectos; la vida comercial se desarrollaba con total normalidad; los esclavos eran baratos.

El régimen parecía afianzado. El dictador acababa de ser nombrado dictador vitalicio y preparaba ya *la más grande sus empresas*, la conquista del Oriente, la campaña de Persia, tan largo tiempo esperada, auténtica secuela de la expedición de Alejandro.

César sabía que no iba a pasar de aquel mes. Había llegado a la cumbre de su poder. Ante él se abría el abismo.

La gran sesión del senado del 13 de marzo, en la que el dictador pronunció un discurso contra la «amenazadora actitud del gobierno persa» y en la que comunicó asimismo haber reunido un ejército en Alejandría, capital de Egipto, puso de relieve la indiferencia, por no decir la frialdad, del Senado. Mientras el dictador hablaba, circulaba entre los senadores una ominosa lista de las cantidades que el dictador había depositado, con nombre falso, en bancos de la España romana: *¡El dictador saca del país su fortuna personal (110 millones en total)! ¿Es que no confiaba en su propia guerra? ¿O es que la proyectada guerra no tenía por objetivo Persia, sino Roma?*

El Senado aprobó los créditos para la campaña. Por unanimidad, como de costumbre.

En el palacio de Cleopatra, centro de todas las intrigas relacionadas con el Oriente, se hallan reunidos altos militares. La reina de Egipto es la verdadera inspiradora de la guerra contra Persia. Bruto y Casio, así como otros jóvenes oficiales, la felicitan por el triunfo en el Senado de su política bélica. Su ocurrencia de hacer circular la ominosa lista suscita admiración y carcajadas. El dictador va a llevarse una buena sorpresa cuando trate de cobrar en la City los créditos concedidos...

Efectivamente, César –para quien no ha pasado desapercibida la frialdad del Senado, encubierta por una aparente complacencia– observa también en la City una actitud de lo más irritante. En la Cámara de Comercio, el dictador conduce a los financieros ante un mapa de enormes proporciones, colgado en la pared, y les explica sus planes para las campañas de Persia y de la India. Los financieros asienten con la cabeza, pero sacan a colación el tema de

las Galias, conquistadas hace años, y en las que, sin embargo, han vuelto a producirse sangrientas revueltas. «El Nuevo Orden» no marcha como es debido. Alguien hace una sugerencia: ¿no sería preferible aplazar hasta el otoño la nueva guerra? César no responde, sino que abandona bruscamente la reunión. Los financieros alzan la mano haciendo el saludo romano. Alguien murmura:

– Está perdiendo su viejo temple.

¿Es que de pronto ya nadie desea la guerra?

Se hacen averiguaciones y sale a la luz un hecho desconcertante: las fábricas de armamentos preparan febrilmente material de guerra; sus acciones suben vertiginosamente; también registran un alza los precios de los esclavos...

¿Qué significa todo esto? ¿Desean la guerra del dictador, y, sin embargo, le rehúsan el dinero para llevarla a cabo?

Hacia el anochecer, César ha comprendido lo que aquello significa: *desean la guerra, pero no bajo su mando.*

Da entonces la orden de detener a cinco banqueros, pero se le nota profundamente afectado, a punto de sufrir una fuerte depresión nerviosa. Su comportamiento sorprende a su ayudante, que le ha visto conservar la sangre fría en medio de las más sangrientas batallas. César se tranquiliza un poco cuando ve llegar a Bruto, a quien tiene en gran aprecio. De todas formas, no se siente con ganas de examinar un «dossier» que le acaba de entregar su hombre de confianza en la City. Figuran en él nombres de diversos conjurados, entre ellos Bruto, que preparan un atentado contra su vida. El temor a encontrar nombres de personas de su confianza en el grueso «dossier» («¡es tan grueso, tan espantosamente grueso!») es lo que le disuade de abrirlo. Bruto necesita echar un trago de agua cuando ve cómo César devuelve el legajo sin abrir a su secretario, para examinarlo más tarde.

En el palacio de Cleopatra estalla el desconcierto cuando aparece Bruto, pálido y profundamente turbado, e informa de la existencia de un «dossier» sobre el complot, que César puede leer en cualquier momento. Cleopatra trata de tranquilizar a los presentes apelando a su honor de soldados, y da al punto orden de liar los bártulos. Mientras tanto, el edil policial se ha presentado ante César. Es el tercero que ocupa ese cargo en lo que va de año – sólo tres meses –. Sus antecesores fueron destituidos por participar en intrigas. El edil garantiza la seguridad personal del dictador a pesar de la conmoción que en la City ha producido la detención de los banqueros, en cuyo favor se están moviendo ya en diversos círculos poderosas influencias... En opinión del edil, la guerra con Persia, de cuya inminencia parece convencido, acallará a la oposición. Mientras el edil le expone con todo detalle las amplias medidas de protección que considera necesarias, César ve a través de él, como en una visión, la forma en que ha de morir, pues no le cabe duda de que ha de morir muy pronto. Se dejará llevar al pórtico de Pompeyo, donde descenderá; allí despachará a los peticionarios, acudirá al templo, buscará con la mirada a tal o cual senador y lo saludará, se sentará en su silla. Se celebrarán algunas ceremonias: lo ve todo claramente. Entonces, con cualquier pretexto se le acercarán los conjurados: en la visión de César, éstos no presentan facciones; en el lugar de sus rostros

aparecen manchas blancas. Uno de ellos le dará algo para leer; él lo tomará en sus manos, y entonces todos se precipitarán sobre su persona, y él morirá. No, no habrá guerra de Oriente para César. La más grande de sus empresas nunca llegará a realizarse: *habría consistido en llegar vivo a un barco*, el cual debía llevarle hasta Alejandría, donde estaban sus tropas, y que era además el único lugar donde tal vez estaría seguro.

Cuando los centinelas ven entrar esa noche a unos hombres en las habitaciones del dictador, se imaginan que son generales e inspectores militares que van a discutir con él los planes de la campaña contra Persia. Pero se trata sólo de médicos: el dictador padece insomnio.

El día siguiente, 14 de marzo, transcurre confuso y angustioso a un tiempo. Durante su ejercicio matinal a caballo, en la escuela de equitación, César tiene una idea. El Senado y la City están contra él, ¿y qué? *¡Recurrirá al pueblo!*

¿Acaso no fue él un día el gran tribuno de la plebe, la clara esperanza de la democracia?

Había presentado un gigantesco programa con el que dio un susto de muerte al Senado: repartición de los latifundios, tierras para los pobres.

¿La dictadura? ¡No habría más dictadura! El gran César abdicaría, se retiraría a la vida privada; se iría, por ejemplo, a España...

Un hombre fatigado fue el que montó a caballo y se dejó llevar, sin voluntad, vuelta tras vuelta, por la pista de la escuela de equitación; mas luego ese mismo hombre (al pensar en algo determinado: el pueblo) se irguió en la montura y acortó las riendas, espoleó al caballo y lo hizo correr hasta bañarlo en sudor. Un hombre nuevo, rejuvenecido, abandona la escuela de equitación.

No muchos de los que participan en el complot se sienten esta mañana tan confiados como lo está César... Los conjurados temen ser detenidos de un momento a otro. Bruto aposta centinelas en su jardín. En muchas casas se queman papiros. En su palacio junto al Tíber, Cleopatra se prepara para el día de su muerte. César tiene que haber leído ya hace tiempo el «dossier». La reina prepara con esmero su tocado. Deja en libertad a sus esclavos, distribuye presentes. Pronto llegarán los esbirros. La oposición dio ayer su golpe. Hoy le toca su turno al régimen. En la recepción que, como todos los días, concede el dictador queda claro qué características tendrá el contragolpe.

En presencia de varios senadores, César habla de su nuevo plan. Convocará elecciones y dimitirá. Su consigna será: *¡Contra la guerra!* El ciudadano romano conquistará suelo itálico, no suelo persa. Pues ¿en qué condiciones vive el ciudadano romano, el dominador del mundo? César las describe.

Con rostros pétreos escuchan los senadores la relación que hace César de la miseria del ciudadano medio de Roma. El dictador se ha arrancado la máscara; desea sublevar a la plebe. Media hora más tarde lo sabrá toda la City. Entonces desaparecerán las hostilidades entre la City y el Senado, entre banqueros y oficiales, todos estarán de acuerdo en una cosa: ¡que hay que deshacerse de César!

Antes de acabar su discurso, César comprende que ha cometido un error

al hablar en esos términos. No debió expresarse con tanta sinceridad. Cambia, pues, bruscamente de tema y pone en juego su acrisolado encanto personal. Sus amigos no tendrán nada que temer. Sus haciendas están seguras. Es cierto que se ayudará a los renteros a convertirse en propietarios, pero correrá a cargo del Estado exclusivamente. Los senadores podrán disfrutar de buen verano; en Bayá él será su anfitrión.

Cuando, después de haber agradecido la invitación, los presentes por fin se retiran, César ordena la destitución y arresto del edil policial, quien la noche anterior había dejado en libertad a los banqueros. A continuación envía a su secretario a sondear el ambiente que reina en los círculos democráticos. Ahora todo depende de la actitud del pueblo. Los círculos democráticos los constituyen los políticos de los clubs de trabajadores hace tiempo disueltos y que en la gran época de la República habían desempeñado un papel fundamental. La dictadura de César hizo saltar aquel aparato político, tan poderoso antaño, y con parte de sus elementos organizó una guardia civil, los llamados clubs de calle. También éstos fueron disueltos. Ahora, sin embargo, el secretario Tito Raro busca a los políticos plebeyos para sondear su opinión.

Habla primero con un antiguo dirigente del gremio de los pintores; luego, con un antiguo agente electoral que ahora es tabernero. Tanto el uno como el otro se muestran increíblemente cautos y reacios a hablar de política. A su vez le remiten al viejo Carpo, ex líder de los trabajadores de la construcción, un hombre que debe tener gran influencia, *ya que está en la cárcel*.

Mientras tanto, César recibe una visita importante, la de Cleopatra. La reina no pudo resistir más la tensión. Quiere saber cuál es su posición en este momento. Está ataviada para la muerte: ha recurrido a todas las artes de Egipto para dar relieve a su belleza, famosa en tres continentes. El dictador no parece tener prisa. Se comporta con ella como lo ha hecho otras veces durante los últimos años: con cortesía exquisita, dispuesto siempre a brindarle su consejo, indicándole una y otra vez que estaría dispuesto a convertirse de nuevo en su amante si ella aceptara, pues no hay nadie que sea tan buen catador como él de la belleza femenina. Pero ni una palabra de política. Se sientan ambos en el atrio y echan de comer a los pececitos dorados, o bien hablan del tiempo. César invita a la reina a pasar con él unos días en Bayá ese verano...

La reina sigue intranquila. Probablemente, César no ha rematado aún los preparativos para el contragolpe; no cabe otra explicación. Se despide, tenso el rostro. César la acompaña hasta su litera; luego se dirige a las oficinas, en donde juristas y secretarios preparan febrilmente el borrador de la nueva ley electoral. El proyecto debe permanecer en secreto: a nadie se permite salir del palacio. *Esta constitución será la más liberal de toda la historia de Roma.*

Efectivamente, todo depende ahora del pueblo...

Como Raro tarda en volver más de lo previsto —¿qué negociaciones puede haber? Esos plebeyos habrán de aferrarse como a un clavo ardiendo a esa oportunidad única que les ofrece ahora el dictador—, César decide ir a las carreras de galgos. El canódromo aún no se ha llenado. César no se sienta en el gran palco, sino que se coloca más arriba, entre la muchedumbre. No debe temer que le reconozcan; la gente siempre le ha visto de lejos.

César mira las carreras durante un rato antes de apostar por uno de los galgos participantes. Expone las razones de su elección a un hombre que se ha sentado junto a él. El hombre asiente con la cabeza. En la fila de delante se origina una pequeña discusión. Algunas personas se han sentado donde no les correspondía, y otras, que acaban de llegar, reclaman su asiento. César trata de entablar una conversación con sus vecinos e incluso aborda con ellos el tema político. Sus vecinos le responden con monosílabos. Al cabo comprende el dictador que esos hombres conocen su identidad: está sentado entre agentes de su propia policía secreta. Enojado, se levanta y abandona el lugar. El galgo por el que había apostado llega primero a la meta...

Frente al canódromo se encuentra con su secretario, que le anda buscando. No trae éstas buenas noticias. Nadie está dispuesto a negociar. Por todas partes reina el miedo o el odio. Sobre todo, el odio. El hombre en quien más se confía es Carpo, el albañil. César le escucha sombrío. Sube a su litera y da la orden de que le conduzcan hasta la prisión mamertina. Hablará con Carpo.

Hay que comenzar por buscar a Carpo. Hay tantos plebeyos pudriéndose en esta casamata. Tras algunas idas y venidas se extrae al albañil Carpo, con unas sogas, del pozo en que pasa sus días. Ya puede hablar el dictador con el hombre en quien confía el pueblo de Roma.

Están sentados frente a frente y se observan. Carpo parece un anciano; tal vez no supere en edad a César, pero representa los ochenta. Es un hombre viejo, muy gastado, pero no vencido. César le expone sin ambages su inaudito proyecto de restablecer la democracia, convocar elecciones y retirarse personalmente de la vida pública, etc. El anciano guarda silencio. No dice ni sí ni no, sólo calla. Mira fijamente a César y no emite palabra. Cuando César se va, bajan nuevamente a Carpo, suspendido de una soga, al profundo calabozo. El sueño de la democracia se ha disipado. Está claro: cuando se trata de dar un vuelco a la situación, no quieren contar con él. Demasiado bien le conocen.

Cuando el dictador regresa a su casa, el secretario ha de convencer a la guardia de la identidad de su acompañante para que le dejen pasar. La guardia es nueva. El recién nombrado edil ha sustituido a la guardia romana del palacio por una cohorte de negros. Los negros son más seguros; no entienden latín, y es más difícil que se amotinen, contagiados por el ambiente que reina en la ciudad. César sabe ahora cuál es el ambiente que reina en la ciudad... En el palacio, la noche transcurre agitada. César se levanta varias veces y recorre los amplios aposentos. Los negros cantan y beben. Nadie se preocupa de él, nadie le reconoce. El dictador escucha una de sus tristes canciones y sale. Se dirige a los establos a visitar a su caballo favorito. Por lo menos, el animal le reconoce... Roma la eterna está sumida en un sueño intranquilo. A las puertas de los asilos nocturnos hacen cola artesanos arruinados, ansiosos de encontrar un rincón donde dormir siquiera tres horas, y mientras aguardan su turno, leen los grandes carteles, medio desgarrados, en los que se solicitan soldados para una guerra en Oriente que nunca tendrá lugar. En los jardines de la jeunesse dorée han desaparecido los centinelas de la noche anterior. De los palacios salen voces de borrachos. Una pequeña cabalgata atraviesa la puerta sur de la ciudad: la

reina de Egipto abandona, toda envuelta en velos, la capital... A las dos de la mañana, César recuerda algo, se levanta y se dirige en camisón al ala del palacio donde los juristas continúan preparando la nueva constitución. Los manda a dormir.

Hacia la madrugada, alguien comunica a César que su secretario Raro ha sido asesinado durante la noche. Al parecer, había corrido la voz de que estaba en tratos con políticos plebeyos, y unas manos poderosas, surgidas de la oscuridad, asestaron el golpe fatal. Pero ¿de quién eran esas manos? Las listas con los nombres de los conjurados, que ayer obraban en su poder, han desaparecido.

A Raro lo asesinaron en palacio. Ni siquiera el palacio es ya sitio seguro para los leales al dictador. ¿Lo es acaso para el propio dictador?

César permanece largo rato junto al catre sobre el cadáver de su secretario, la última persona en quien podía confiar, y al que esa confianza ha costado la vida.

Al salir de la cámara se ve atropellado por un soldado borracho, que ni siquiera se disculpa. Nervioso, César vuelve varias veces la cabeza mientras atraviesa la galería.

En el atrio —extraordinariamente desierto— nadie se ha presentado a la recepción matinal. César tropieza con un enviado de Antonio; el cónsul le manda decir que por nada del mundo acuda hoy al Senado. Su seguridad personal está allí amenazada. César ordena al enviado de Antonio transmita a su amo que no irá al Senado. El dictador acude, por el contrario, a casa de Cleopatra. Al salir del palacio pasa junto a la larga fila de peticionarios que allí concurren todas las mañanas. Tal vez Cleopatra está dispuesta a financiar su campaña. En ese caso podría prescindir tanto de la City como del pueblo.

Cleopatra no está en casa. La casa está cerrada. Aparentemente, la reina se ha marchado por mucho tiempo...

Vuelta al palacio. ¡Qué extraño que la puerta de entrada esté abierta! Resulta que la guardia ha abandonado sus puestos. El amo del mundo se asoma desde su litera y contempla su casa, en la que ya ni siquiera se atreve a entrar. ¿Adónde ir?

Da la orden. Al Senado.

Recostado en su litera, sin mirar a un lado ni a otro, César se dirige al pórtico de Pompeyo. Allí desciende. Despacha a los peticionarios. Penetra en el templo. Busca con la vista a tal o cual senador y lo saluda. Se sienta en su silla. Tienen lugar algunas ceremonias. Luego, con un pretexto, se le acercan los conjurados. Esta vez no tienen manchas blancas en lugar de rostros como en su sueño de hace dos noches; esta vez todos tienen rostros: los rostros de sus mejores amigos. Uno de ellos le da algo a leer, César lo toma. Se precipitan sobre él.

2. El legionario de César

Al amanecer, una carreta tirada por bueyes cruza, en dirección a Roma, la

verdeante Campania. Viaja en ella el rentero y veterano de César, de cincuenta y dos años, Terencio Scaper, con su familia y enseres. En sus rostros se adivina la preocupación. Los han expulsado de su pequeño lote de tierra por no pagar el arrendamiento. La única a la que no parece disgustar tanto la idea de establecerse en la gran ciudad es Lucilia: tiene dieciocho años, y su novio vive allí.

Al acercarse a la ciudad, la familia advierte que algo extraño está ocurriendo. El control en las barreras es mucho más riguroso, y de cuando en cuando los manda parar una patrulla. Circulan rumores relativos a una inminente guerra en Asia. El viejo soldado se fija en los numerosos puestos de alistamiento, que tan familiares le resultan, y que están vacíos debido a lo temprano de la hora; se siente revivir. César planea nuevas campañas triunfales. Terencio Scaper llega oportunamente. Es el 13 de marzo del año 44.

A eso de las nueve de la mañana atraviesa la carreta tirada por bueyes el pórtico de Pompeyo. Una muchedumbre aguarda allí la llegada de César y de los senadores, que deben celebrar sesión en el templo. Se dice que el Senado se dispone a escuchar «una importante declaración del dictador». Todo el mundo discute la guerra. Con gran sorpresa para Scaper, las patrullas militares obligan a la gente a circular. Las discusiones cesan en cuanto aparecen los soldados. El veterano trata de abrirse paso con su carreta. Al llegar a la mitad aproximadamente del pórtico se pone en pie y grita volviendo el rostro:

— ¡Ave César!

Sorprendido, comprueba, sin embargo, que nadie responde a su saludo.

Un poco irritado, deja a su familia en una barata posada de las afueras y se lanza en busca de su futuro yerno, el secretario de César, Tito Raro. No deja que Lucilia le acompañe. Antes tiene que «ajustar cuentas» con el mozalbeta.

Scaper comprueba lo difícil que resulta el acceso al palacio de César, en el foro. El control, sobre todo en lo relativo a armas, es muy severo. Es un sector peligroso.

Una vez dentro, se entera de que el dictador tiene más de doscientos secretarios. Nadie ha oído hablar de Raro.

En realidad, Raro lleva tres años sin ver a su jefe en el ala de la biblioteca del palacio. Secretario literario de César, Raro colaboró durante algún tiempo con el director en un trabajo relacionado con la gramática. El trabajo sigue inconcluso, pues el dictador no puede dedicarle ya tiempo. Cuando ve entrar al viejo soldado con fuerte pisada, Raro casi se vuelve loco de alegría. Pero ¿es posible que Lucilia esté aquí en Roma? Sí, aquí está, pero ése no debe constituir motivo de alegría. La familia está en la calle, y la muchacha tiene gran parte de culpa. Podía haberse mostrado más amable con el arrendador, el fabricante de cueros Pompilio... ¡Máxime cuando Raro no se dejaba ver nunca por allí! El muchacho se defiende con apasionamiento. Si no ha ido es porque no le han dado permiso. Hará todo lo posible por ayudar a la familia. Pedirá un adelanto a la administración. Hará valer sus influencias para colocar a Terencio Scaper. ¿Por qué el veterano no había de ser capitán? Después de todo, Roma está a punto de emprender una importante guerra.

Ruido de pasos y de armas en el corredor: César asoma por la puerta. El

pequeño secretario se queda como paralizado bajo la mirada escrutadora del gran hombre. ¡Hacía tres años que César no pisaba por allí! Ni siquiera sospecha que *su destino acaba de cruzar el umbral*.

César no ha venido a trabajar en su gramática, sino que anda buscando a una persona en quien pueda confiar totalmente, algo muy difícil de encontrar en ese palacio. Al pasar por la biblioteca se acordó de su secretario literario, un joven totalmente ajeno a la política. Tal vez por eso no le hayan sobornado...

Dos guardias cachean a Scaper en busca de armas y le echan fuera. El soldado se marcha orgulloso: evidentemente, su futuro yerno no es el último mono del palacio. Hasta César le busca. Buena señal.

También Raro es cacheado a su vez. Luego, el dictador le confía un encargo: debe ir a ver a un banquero de España, no sin dar un oportuno rodeo, con el fin de preguntarle a qué se debe la misteriosa resistencia de la City a la proyectada guerra de César en Oriente.

Mientras tanto, el veterano espera fuera al muchacho. Al ver que no sale —Raro utilizó una puerta trasera—, Scaper vuelve a la posada a dar cuenta a la familia del giro favorable de los acontecimientos. Por el camino encuentra un puesto de reclutamiento. Sólo se presentan mozalbetes. ¡Qué bueno será tener protección y oficiar de capitán! Para simple soldado es ya demasiado viejo.

Scaper entra en varias tabernas que encuentra por el camino, y cuando por fin llega a la pequeña posada donde ha dejado a su familia, está un poco achispado. Se imagina ser el capitán Terencio Scaper, y dirige sus iras contra el novio de Lucilia, que aún no se ha presentado. ¿Así que el encumbrado señor secretario no dispone de tiempo para ir siquiera a saludar a su prometida? ¿Y de qué va a vivir la familia? Se necesitan urgentemente por lo menos trescientos sestercios. Lucilia no va a tener más remedio que ir a ver al fabricante de cueros y pedirle dinero prestado. Lucilia se echa a llorar. No comprende por qué razón Raro no aparece. El señor Pompilio no dudará en prestarle los trescientos sestercios, pero exigirá algo a cambio. El padre monta en cólera. No puede haber ya ninguna duda de que el jovencito se ha «enfriado». Hay que quemarle el trasero. Hay que demostrarle que se pueden pasar perfectamente sin su ayuda. Hacerle ver que hay otros hombres que saben apreciar a Lucilia en lo que vale. La muchacha se aleja entre sollozos y volviendo la cabeza a cada momento con la esperanza de ver aparecer a Raro.

Mientras tanto, Raro está de regreso en el palacio. El banquero español le ha hecho entrega de un «dossier», que él ha transmitido a su vez a César. Ahora se dirige a la administración para solicitar un adelanto. Allí recibe un gran susto; en lugar de concedérsele el dinero que solicita, se le somete a interrogatorio. ¿Dónde ha estado? ¿Qué encargo cumplió para el dictador? Cuando el joven secretario se niega a responder, se le comunica que está despedido.

Lucilia tiene más suerte. En la oficina del fabricante de cueros la informan, en primer lugar, de que el señor Pompilio ha sido detenido. Los esclavos comentan aún, excitados, el increíble suceso, únicamente explicable, según ellos, por la publicidad que su amo había dado en los últimos tiempos a su furibunda oposición al dictador, cuando el señor Pompilio entra sonriente

por la puerta. «Lógicamente», ni a él ni a los demás señores de la City podían retenerlos en prisión. Por fortuna, aún existen influencias entre la policía. El señor César no es ya tan poderoso como antes...

Lucilia no ha regresado aún, cuando Raro llega, por fin, a la posada. El veterano está de mal temple, y la familia no quiere decir adónde ha ido Lucilia. Por otra parte, Raro tampoco trae los trescientos sesteracios. No se atreve a confesar que le han despedido y pretexta, lleno de desaliento, no haber podido acudir a la administración para solicitar su adelanto. En ese momento llega una Lucilia llorosa que se arroja en brazos de su novio. Pero Terencio Scaper no ve razón alguna para mostrar una mínima discreción, y con total desvergüenza pregunta a Lucilia por el resultado de su gestión. Sin atreverse a mirar a su novio a los ojos, Lucilia entrega a su padre los trescientos sesteracios. Raro no necesita que nadie le explique de dónde ha sacado Lucilia ese dinero: ¡ha estado con el fabricante de cueros!

Ciego de furia, arrebató el dinero al viejo. Se lo devolverá al señor Pompilio al día siguiente. A las ocho de la mañana, a lo más tardar, él, Raro, estará de vuelta en la posada y entregará a Lucilia el dinero que necesitan. Después irá con el padre de la muchacha a ver al jefe de la guardia de palacio y solicitará para él el puesto de capitán.

El veterano acepta con un gruñido. A fin de cuentas, no debe resultarle difícil a alguien que goza de la confianza del amo del mundo el ayudar a la familia de un viejo y benemérito legionario...

A la mañana siguiente, la familia Scaper espera en vano al muchacho.

César lo ha hecho llamar a primera hora. Con su ayuda, el dictador ha logrado desempolvar en la biblioteca un viejo discurso, que pronunciara años atrás y en el que César exponía su programa democrático. A continuación, el secretario se ha encaminado a los arrabales con el propósito de sondear la opinión de varios políticos plebeyos acerca de un eventual restablecimiento de la democracia. Por otro lado, el dictador ha ordenado la sustitución de toda la guardia del palacio, así como la detención de su jefe, el mismo que el día anterior había interrogado a Raro.

Terencio Scaper empieza a verlo todo negro. Ya no confía en el prometido de su hija, Lucilia se ha pasado llorando toda la noche y en un arrebato les ha gritado a sus padres lo que el fabricante de cueros le había exigido a cambio del dinero. La madre de la muchacha se ha puesto de su parte. El veterano decide presentarse como soldado en una oficina de reclutamiento. Tras largo titubeo, confiesa, sin embargo, a la familia su temor de que le rechacen por viejo. La familia le ayuda a rejuvenecer su aspecto. Lucilia le presta su lápiz de labios, y el hijo pequeño vigila su forma de andar.

Pero cuando, debidamente caracterizado, se presenta en la oficina de alistamiento, se encuentra con que está cerrada. Los muchachos reunidos en las inmediaciones comentan excitados el rumor según el cual se ha suspendido la proyectada guerra. Completamente abatido, regresa al seno de su familia el veterano de diez guerras cesáreas y allí encuentra una carta de Raro a Lucilia en la que le comunica que están a punto de producirse importantes acontecimientos. En esos momentos se está preparando una ley por la cual los

veteranos de César recibirán tierras en arrendamiento y también subvenciones estatales. La familia no cabe en sí de gozo.

Sin embargo, cuando Terencio Scaper lee la carta, ésta ya ha perdido actualidad. Las pesquisas del secretario han demostrado que los antiguos políticos plebeyos, durante largo tiempo perseguidos por el dictador, ya no confían en las maniobras políticas de César.

Raro, que se ha dado cuenta además de que le persiguen, busca en vano a su señor en el palacio y al fin lo encuentra por la tarde en el circo, presenciando una carrera de galgos. En el camino hacia el palacio, Raro da cuenta a César del desconcertante resultado de sus averiguaciones. Tras un largo silencio —al comprender de pronto el enorme peligro en que se encuentra el dictador—, Raro hace una proposición desesperada: César debe abandonar la ciudad en secreto esa misma noche y tratar de huir a Brindisi, para desde allí dirigirse por barco a Alejandría, donde se reunirá con su ejército. Le promete disponer para su huida una carreta de bueyes. El dictador, hundido en su litera, no le responde.

Pero Raro ha decidido preparar la huida de César. El crepúsculo desciende rápidamente sobre ese gigantesco hervidero de rumores en que se ha convertido Roma, cuando el joven secretario llega a la puerta sur para negociar con la guardia. Poco después de medianoche pasará por allí una carreta de bueyes sin necesidad de exhibir ningún pase. El joven Raro entrega al guardián a cambio todo el dinero que lleva encima: trescientos sestercios exactamente.

A eso de las nueve, Raro se presenta en la posada de los Scaper. Abraza a Lucilia y ruega a la familia le dejen solo con Terencio Scaper. Entonces se dirige al veterano para preguntarle:

—¿Qué harías tú por el César?

—¿Qué hay de las tierras? —pregunta a su vez Scaper.

—Todo quedó en agua de borrajas —responde Raro.

—¿Y de mi puesto de capitán tampoco hay nada?

—De tu puesto de capitán tampoco hay nada.

—Pero ¿tú sigues siendo su secretario?

—Sí.

—¿Y le ves?

—Sí.

—¿Y no puedes conseguir que haga algo por mí?

—Ya no puede hacer nada por nadie. Todo ha fracasado. Mañana lo matarán como a una rata. Bueno, contéstame: ¿qué harías tú por él?

El veterano le mira fijamente con ojos incrédulos. ¿Que el gran César está acabado? ¿Tan acabado que él, Terencio Scaper, tiene que acudir en su ayuda?

—¿En qué podría ayudarle? —pregunta con voz ronca.

—Le he prometido tu carreta de bueyes —contesta tranquilamente el secretario—. Debes esperarle a medianoche junto a la puerta sur.

—No me dejarán pasar con la carreta.

—Sí que te dejarán. Les he pagado para ello trescientos sestercios.

—¿Trescientos sestercios? ¿Los nuestros?

—Sí.

El viejo le mira un instante casi con rabia. Pero inmediatamente después aparece en su mirada la mohína inseguridad de quien ha pasado la mitad de su vida sometido a la disciplina militar, y el veterano vuelve el rostro mientras farfulla:

– Tal vez sea un buen negocio después de todo. Una vez fuera, podrá tomarse el desquite.

Scaper se ha recuperado de su postración: en él anida otra vez la *esperanza*.

Menos fácil le resulta a Raro despedirse de Lucilia. Desde su llegada a Roma, la muchacha no ha estado ni un momento a solas con él. Ni él ni su padre le han explicado la razón del continuo alejamiento de su prometido. Sólo ahora se entera. Su enamorado está junto a César. Es el único hombre en quien confía el amo del mundo.

Pero ¿no puede pasar con ella siquiera un cuarto de hora en una taberna de la calle de los Caldereros? ¿No puede César prescindir de él por un cuarto de hora?

Raro la lleva a la calle de los Caldereros, pero no llegan a entrar en la taberna. Aquél se percata de pronto de que otra vez le siguen. Dos individuos de torvo aspecto llevan siguiéndole los pasos desde la mañana. Los enamorados se separan, pues, delante de la posada. Lucilia regresa junto a su madre y le cuenta llena de alegría lo próximo al gran César que está su amado.

Mientras tanto, el joven secretario trata en vano de burlar a sus perseguidores.

Antes de medianoche sabrá lo que significa gozar de la intimidad de los poderosos.

Hacia las once, Raro regresa al palacio del foro. Un regimiento de negros se ha hecho cargo de la guardia. Los soldados están borrachos en su mayoría.

En su pequeño cuarto, detrás de la biblioteca, el joven secretario busca febrilmente el «dossier» que el día anterior le entregara para César el banquero de España. César no lo ha leído. En el «dossier» figuran los nombres de los conjurados. Por fin lo encuentra. No falta ningún nombre: Bruto, Casio, toda la *jeunesse dorée* de Roma, y entre ellos, muchos a quienes César tiene por amigos. Es imprescindible que el dictador lea el «dossier» esa misma noche. Su lectura le decidirá a recurrir a la carreta de Terencio Scaper.

Raro toma el «dossier» y se lanza en busca de César. Los pasillos están casi a oscuras; del ala opuesta del palacio llegan las canciones de los centinelas borrachos.

En la entrada del atrio montan guardia dos negros gigantescos, que le cierran el paso. Trata de hablar con ellos, pero no entienden lo que dice.

Lo intenta en otra dirección; el palacio es enorme. Nuevamente tropieza con centinelas negros. No hay forma de pasar. Prueba diferentes pasillos y jardines interiores, a los que se llega trepando por ciertas ventanas, pero todo está acorralado.

Cuando, completamente agotado, regresa por fin a su habitación, Raro cree reconocer la silueta de un hombre en el extremo opuesto del pasillo. Es sin duda uno de sus perseguidores.

Presa del pánico, se precipita hacia su habitación y atranca la puerta. Sin atreverse a encender una luz, se asoma a la ventana que da al patio. Allí mismo, delante de la ventana, está sentado el segundo hombre. Un sudor frío empapa el rostro del joven secretario. Éste permanece largo tiempo sentado a oscuras en su habitación, escuchando. Golpean a la puerta, pero Raro no responde. No verá, pues, al hombre que ha llamado y que, tras esperar un momento ante la puerta, por fin se aleja: ese hombre era César.

Desde medianoche, la carreta de Terencio Scaper aguarda en las inmediaciones de la puerta. El veterano tan sólo ha dicho a su mujer y a sus hijos que se ve obligado a hacer un viaje que le mantendrá alejado de Roma algunos días. Lucilia y su madre deben acudir a Raro, quien se ocupará de ellas.

Mas llega el alba sin que en la puerta sur se haya presentado nadie dispuesto a subir a la carreta.

En la madrugada del 15 de enero comunican al dictador que su secretario ha sido asesinado esa noche en el palacio. La lista que contiene los nombres de los conjurados ha desaparecido. César encontrará a los portadores de esos nombres esa misma mañana en el Senado, y se desplomará bajo sus puñales.

Una carreta de bueyes, conducida por un viejo soldado y al mismo tiempo rentero arruinado, iniciará el regreso a una posada de las afueras de Roma, donde aguarda una pequeña familia a la que el gran César adeuda trescientos sestercios...

Los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak honran a Lenin

1

Múltiples veces — y con generosidad — ha sido honrado
el camarada Lenin. Bustos se le han erigido
y también estatuas.
Ciudades y niños llevan su nombre.
En todas las lenguas se pronuncian discursos
celebrándole.
Desde Shanghai a Chicago en su honor se organizan
mítines y manifestaciones,
mas veamos cómo
los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak,
pequeña aldea al sur del Turquestán,
a Lenin honraron.

Cada noche, allí, veinte tejedores tiritando se alzan
del miserable telar. Ronda la fiebre.
En la estación ferroviaria zumban
los mosquitos que en densa nube suben de la ciénaga
que hay detrás del cementerio de camellos.
Pero el ferrocarril, que cada dos semanas
trae agua y humo,
trae también un día la noticia de que próximamente
va a celebrarse la fiesta en honor del camarada Lenin.
Y todo el pueblo de Kujan-Bulak,
tejedores de alfombras, pobres gentes,
decide que el camarada Lenin también tenga
allí un pequeño busto.
Estremecidos por la fiebre acuden todos el día de la colecta
y con mano temblorosa entregan,
los copecs tan duramente ahorrados.
Y Stepa Gamalev, soldado
del Ejército Rojo, escrupuloso contador y hombre despierto,
se congratula de ese deseo unánime de celebrar a Lenin.
Mas sus ojos atentos también han visto
temblar las manos,
y eso le lleva a hacer de pronto una propuesta:
El dinero para el busto se gastará en petróleo
que se derramará sobre la ciénaga

que hay detrás del cementerio de camellos,
de donde vienen los mosquitos que
la fiebre causan.

Así, combatiendo la fiebre en Kujan-Bulak
se honrará al desaparecido
pero siempre presente camarada Lenin.

La propuesta se aceptó, y el día
del homenaje, portando uno tras otro sus abollados baldes
llenos del líquido negro, se encaminaron todos a la ciénaga,
y allí lo derramaron.

Honrando a Lenin a sí mismos se beneficiaron
y le honraron beneficiándose a sí mismos.
Aquellos hombres le habían entendido.

2

Ya hemos visto cómo el pueblo de Kujan-Bulak
honró la memoria de Lenin. Derramado
el petróleo sobre la ciénaga, aquella misma noche,
se celebró una asamblea y en ella
alguien propuso colocar en la estación
una placa donde se relatase
el suceso con referencia expresa al cambio de plan
y al trueque del busto de Lenin por el petróleo salvador:
y todo ello en homenaje a Lenin.

Así se decidió
y así se hizo.

El soldado de La Ciotat

Fue después de la primera guerra mundial. Durante una feria organizada con motivo de la botadura de un barco en un pequeño puerto del sur de Francia llamado La Ciotat, descubrimos, en medio de una plaza, la estatua en bronce de un soldado del ejército francés. Viendo cómo la gente se arremolinaba en torno a ella, decidimos aproximarnos. Cuál no sería entonces nuestra sorpresa cuando nos percatamos de que en realidad se trataba de un hombre de carne y hueso que, cubierto por un capote color tierra y con un casco de acero en la cabeza y una bayoneta bajo el brazo, permanecía completamente inmóvil sobre un zócalo de piedra, desafiando el ardiente sol de junio. Tenía el rostro y las manos pintados de color de bronce. No movía un solo músculo; ni siquiera pestañeaba.

A sus pies, apoyado contra el zócalo, había un trozo de cartón que rezaba:

«EL HOMBRE ESTATUA (*Homme Statue*)

Yo, Charles Louis Franchard, soldado del ... regimiento, a consecuencia de haber quedado sepultado frente a Verdún, poseo la rara habilidad de permanecer completamente inmóvil, *como una estatua*, durante el tiempo que se me antoje. Esta facultad mía ha sido estudiada por muchos profesores, que la han calificado de enfermedad inexplicable. «¡Dad vuestro pequeño óbolo a un padre de familia sin trabajo!»

Arrojamos una moneda al plato que había junto al cártel y nos alejamos meneando la cabeza.

He ahí, pensábamos, armado hasta los dientes, al indestructible soldado de tantos milenios; el que hizo posibles las hazañas de Alejandro, de César y Napoleón, de las que hablan los manuales. Hele ahí sin pestañear siquiera. He ahí al arquero de Ciro, al conductor de los carros falcados de Cambises, al que las arenas del desierto no consiguieron sepultar, al legionario de César, al lancero de Gengis-Khan, al suizo de Luis XIV y al granadero de Napoleón. Posee la facultad –no tan excepcional después de todo– de no chistar jamás cuando se ensayan sobre él todos los instrumentos de destrucción imaginables. Es capaz de mostrarse insensible –según dice– cuando le envían a la muerte. Atravesado por las lanzas de todas las épocas: de piedra, bronce o hierro, aplastado por los carros de combate, tanto los de Artejerjes como los del general Ludendorff, pisoteado por los elefantes de Aníbal y los caballos de Atila; destrozado por los proyectiles de artillería, cada vez más perfeccionados, de las distintas épocas, así como por las piedras de las catapultas; acribillado por las balas de los fusiles, grandes como huevos de paloma o diminutas como abejas; hele ahí, indestructible, siempre dispuesto a cumplir las órdenes que se le imparten en todos los idiomas, sin saber nunca por qué ni para qué. Las tierras que conquistó nunca llegaron a pertenecerle, como el albañil tampoco ocupa

nunca la casa que con sus manos construyó. Ni siquiera era suya la tierra que defendía. Mas él todo lo soporta; por encima, la lluvia mortífera de los aviones y la brea ardiente que derraman sobre su cabeza desde lo alto de las murallas de la ciudad enemiga; por debajo, minas y trampas; a su alrededor, la peste y los gases asfixiantes. Blanco viviente para lanzas y flechas, picadillo de tanque, carne de cañón; tiene enfrente al enemigo, y detrás, al general. ¡Incontables manos tejieron su jubón, trabajaron su arnés, cortaron el cuero para sus botas! ¡Incontables bolsillos se llenaron a expensas tuyas! No ha habido dios que le bendijera. ¡A él, que está atacado por la horrible lepra de la paciencia, a él, que está minado por el mal, incurable, de la insensibilidad! ¿Qué extraño sepultamiento –pensábamos– provocaría en aquel hombre tan monstruosa, horrenda y enormemente contagiosa enfermedad? Pero –nos preguntábamos– ¿no tendrá ésta cura a pesar de todo?

Preguntas de un obrero que lee

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?
En los libros figuran sólo nombres de reyes.
¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra?
Y Babilonia, mil veces destruida,
¿quién la volvió a levantar otras tantas? Quienes edificaron
la dorada Lima, ¿en qué casas vivían?
¿Adónde fueron la noche
en que se terminó la Gran Muralla, sus albañiles?
Llena está de arcos triunfales
Roma la grande. Sus cesares
¿sobre quiénes triunfaron? Bizancio,
tantas veces cantada, para sus habitantes
¿sólo tenía palacios? Hasta en la legendaria
Atlántida, la noche en que el mar se la tragó, los que se ahogaban
pedían, bramando, ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César venció a los galos.
¿No llevaba siquiera a un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida.
¿No lloró más que él?
Federico de Prusia ganó la guerra de los Treinta Años.
¿Quién la ganó también?

Un triunfo en cada página,
¿Quién preparaba los festines?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba los gastos?

A tantas historias,
tantas preguntas.

La herida de Sócrates

Sócrates, el hijo de la partera, que con sus diálogos ayudaba a sus amigos a parir con facilidad y entre bromas pensamientos bien formados, dotándoles así de hijos propios en lugar de adjudicarles bastardos como harían otros maestros, estaba considerado no sólo como el más inteligente de los griegos, sino también como uno de los más valientes. Su fama de hombre valeroso nos parece totalmente justificada cuando leemos, en Platón, con qué presencia de ánimo y decisión apuró el maestro la copa de cicuta que le fue ofrecida en nombre de las autoridades como reconocimiento por los servicios prestados a sus conciudadanos. Mas algunos de sus admiradores han considerado necesario hablar también de su valor en el campo de batalla. Efectivamente, Sócrates participó en la batalla de Delium y lo hizo como soldado de la infantería ligera, ya que ni por su calidad —era zapatero— ni por sus ingresos —era filósofo— podía permitirse el lujo de servir en las armas más nobles. Sin embargo, como es de suponer, su valor era de naturaleza muy especial.

La mañana de la batalla, y antes de que ésta comenzara, Sócrates se había preparado lo mejor posible masticando cebolla, lo que, en opinión de los soldados, infundía valor a un combatiente. Su escepticismo en muchos terrenos le predisponía a la credulidad en otros muchos; estaba en contra de la especulación y a favor de la experiencia práctica, de modo que no creía en los dioses, pero sí en la cebolla. Por desgracia, el tubérculo no le había hecho ningún efecto, al menos inmediato, y Sócrates trotaba ahora, con gesto sombrío, en medio de una sección de hoplitas que se dirigían, en fila de a uno, a tomar posición en algún rastrojo. Detrás y delante de él marchaban con paso vacilante jóvenes de los arrabales de Atenas, que le llamaron la atención sobre el hecho de que los escudos de las armerías atenienses eran demasiado pequeños para proteger a soldados tan gordos como él. A Sócrates ya se le había ocurrido aquello, pues se había fijado en soldados muy *anchos* de hombros a los que aquellos escudos tan ridículamente estrechos sólo cubrían a medias. El intercambio de puntos de vista entre sus compañeros de fila, el que le precedía y el que le seguía, sobre las ganancias que obtenían los grandes fabricantes de armas confeccionando aquellos escudos tan pequeños, fue interrumpido por la orden de «¡Alto, ocupad las posiciones!»

Los infantes se sentaron en el rastrojo, y un capitán sermoneó a Sócrates por pretender hacerlo sobre el escudo. Más que la reprimenda en sí, le intranquilizó el tono de voz, apagado, empleado por el oficial. Debía de suponerse al enemigo cerca.

La visibilidad era prácticamente nula debido a la lechosa niebla matinal. Sin embargo, el rumor de pasos y el ruido metálico de armas indicaban que la llanura estaba ocupada. Sócrates recordó desazonado una conversación que había mantenido la noche anterior con un noble joven, oficial de caballería, al que había conocido, algún tiempo atrás, entre los bastidores de un teatro.

—¡Un plan maestro! —le había explicado el mozalbete—. La infantería no debe moverse de su sitio, sino que habrá de resistir a pie firme el embate del enemigo. Mientras tanto, la caballería avanza por la hondonada y ataca a aquél por la retaguardia.

La hondonada debía de estar bastante lejos, hacia la derecha, perdida entre la niebla. Y allí la caballería se encontraría dispuesta ya para el ataque.

El plan le había parecido bueno, o, por lo menos, no del todo malo. Siempre se trazan planes, sobre todo cuando se es menos fuerte que el enemigo; pero cuando llega la hora de la verdad, uno se olvida de todo y comienza a dar golpes a diestro y siniestro. Una cosa es, en efecto, el plan y otra lo que te deja hacer el enemigo.

Ahora, en la claridad gris de la mañana, a Sócrates le parecía aquel plan sencillamente repugnante. ¿Qué significaba eso de que la infantería debía aguantar el embate del enemigo? Lo normal era alegrarse cuando se evitaba algún choque; ahora, sin embargo, el arte consistía precisamente en encajar el golpe. ¡Era una lástima que el general fuese de caballería! Seguramente no había en todo el mercado tantas cebollas como necesitaba un soldado de a pie en una ocasión como aquélla.

¡Y qué poco natural resultaba estar allí, a horas tan tempranas de la mañana sentado en pleno campo de batalla, con diez o más libras de hierro sobre el cuerpo y un cuchillo de carnicero en la mano, en lugar de reposar tranquilamente en la cama! Era justo que se defendiese a la ciudad en caso de ataque, pues uno se exponía, si no, a todo tipo de contrariedades, mas ¿por qué era atacada la ciudad? Porque los armadores, viñeros y comerciantes de esclavos establecidos en el Asia Menor habían hostigado a los armadores, viñeros y comerciantes de esclavos persas. ¡Vaya un motivo!

De pronto, todos los infantes se quedaron helados. Por la izquierda surgió de la niebla un sordo vocerío, acompañado de sonidos metálicos, que se propagó rápidamente. El ataque del enemigo había comenzado.

La sección se puso en pie. Todos escrutaban la niebla con ojos desorbitados. A diez pasos de Sócrates, un hombre se hincó de rodillas para invocar, balbuciente, a los dioses. «Demasiado tarde», pensó el filósofo.

De repente, como en respuesta, se oyó un terrible bramido más a la derecha. El grito de socorro parecía haberse convertido en grito agónico. Sócrates vio salir de la niebla una pequeña barra metálica. ¡Un dardo!

Por fin aparecieron, desdibujadas por la bruma, las poderosas siluetas de los atacantes.

Abrumado por la sensación de haber esperado tal vez demasiado, Sócrates se volvió torpemente y echó a correr. La coraza y las pesadas espinilleras dificultaban sus movimientos. Eran mucho más peligrosas que un escudo, pues no era fácil desprenderse de ellas.

El filósofo corría, jadeante, por el rastrojo. Todo dependía de que pudiera sacarles suficiente ventaja. Confiaba en que los bravos muchachos que había dejado atrás aguantasen al enemigo el tiempo necesario. De pronto, un dolor infernal le atravesó de parte a parte. La planta del pie izquierdo parecía arderle: tanto, que durante un instante creyó no poder resistirlo. Sócrates se dejó caer al

suelo con un gemido, pero volvió a levantarse lanzando un nuevo grito de dolor. Con ojos extraviados miró a su alrededor y se dio cuenta de lo que ocurría: ¡se había metido en un zarzal! Estaba completamente rodeado de setos erizados de agudas espinas. Una de ellas debía de habersele clavado en la planta del pie. Con los ojos empañados por las lágrimas buscó, cauteloso, un lugar donde poder sentarse. Dio un par de vueltas a la pata coja antes de dejarse caer por segunda vez. Tenía que arrancarse la espina inmediatamente.

Prestó atención al fragor del combate: parecía propagarse por ambos lados, pero debía de estar a unos cien pasos de él. Sin embargo, se acercaba lenta y perceptiblemente.

Sócrates no podía quitarse la sandalia. La espina había atravesado la fina suela de cuero y había penetrado profundamente en la carne. ¡Cómo era posible que un soldado defendiera a su patria con semejante calzado! Cada tirón que daba a la sandalia le producía un dolor agudísimo. Completamente agotado, Sócrates se hundió de hombros. ¿Qué hacer? Su afligida mirada cayó entonces sobre la espada que había junto a él. Una idea iluminó su mente, y nunca una ocurrencia surgida en un diálogo fuera por él tan bien acogida como aquélla. ¿Podría utilizarse la espada a guisa de cuchillo?

En el preciso instante en que Sócrates echaba mano del arma, oyó un ruido sordo de pisadas. De entre la maleza surgió un grupo de soldados. ¡Gracias a los dioses que eran de los suyos! Al verle, aquéllos detuvieron la marcha un instante.

— Es el zapatero — les oyó decir. Después continuaron su camino.

Pero ahora se oían también ruidos por la izquierda, y voces de mando en un idioma extraño. ¡Eran los persas! Sócrates intentó ponerse de pie. Se apoyó en la espada, que le resultaba un poco corta, sólo un poco. Entonces vio surgir por la izquierda, en un pequeño claro, a un grupo de soldados que luchaban entre sí. Oyó gemidos y ruido de metal romo contra metal o contra cuero. Desesperado, retrocedió saltando sobre el pie sano. Al tratar de apoyar el pie herido en tierra volvió a estremecerse de dolor y se desplomó, gimiendo. Los combatientes, que no eran muchos — se podían calcular unos veinte o treinta hombres —, llegaron por fin a pocos pasos del filósofo. Éste seguía sentado en el suelo, entre dos zarzas, contemplando indefenso al enemigo.

No podía moverse. Todo era preferible a volver a sentir en el pie aquel espantoso dolor. No sabía qué hacer, y de pronto empezó a bramar. Para ser más exactos, diremos que se oyó bramar a sí mismo. Oyó cómo de su poderosa caja torácica salía, como por una trompa, un profundo rugido:

— ¡Aquí, mi tercera sección! ¡Muchachos, dadles su merecido!

Y simultáneamente se sorprendió a sí mismo echando mano de la espada y blandiéndola en remolino para defenderse de un soldado persa que, armado con una jabalina, acababa de surgir de entre la maleza. El arma salió proyectada lateralmente y arrastrando al hombre tras de sí.

Sócrates se oyó a sí mismo rugir por segunda vez:

— No retrocedáis ni un ápice, hijos míos. ¡Ya los tenemos donde queríamos a esos hijos de perra! ¡Krapolos, adelante con el sexto! ¡Nulos, hacia la derecha! ¡Haré picadillo al primero que vea dar un paso atrás!

Con sorpresa, Sócrates vio junto a él a dos de los suyos, que le miraban aterrados.

– ¡Rugid! – le dijo en voz baja –, ¡rugid, por amor de Dios!

A uno de los dos hombres, presa del espanto, se le desencajó la mandíbula, pero el otro comenzó efectivamente a soltar bramidos. El persa que tenían delante se levantó con movimientos torpes para perderse al punto entre la maleza.

Del calvero llegó trastabillando un pequeño grupo de soldados griegos que parecían completamente agotados. Los persas habían huido atemorizados por el vocerío, pues temían una celada.

– ¿Qué ocurre aquí? – preguntó a Sócrates, que seguía sentado en el suelo, uno de sus compatriotas.

– Nada – respondió aquél –. No os quedéis ahí mirándome alelados. Corred de un lado para otro y fingid que dais órdenes, no vayan a averiguar qué pocos somos.

– Mejor sería que retrocediéramos – propuso otro hombre, vacilante.

– No cedáis un ápice – protestó Sócrates –. ¿Sois acaso gallinas?

Y como quiera que a un soldado no le basta con tener miedo, sino que también necesita suerte, de pronto se oyó, a bastante distancia, aunque con absoluta nitidez, un galope de caballos acompañado de gran griterío. ¡Esta vez los gritos sí eran proferidos en griego! Todo el mundo sabe que la derrota de aquel día que sufrieron los persas fue para ellos desastrosa. Con ella acabó la guerra.

Cuando Alcibíades llegó al zarzal a la cabeza de la caballería, pudo ver cómo un pelotón de soldados de infantería llevaban a hombros a uno de los suyos, un tipo muy gordo.

Detuvo el general su caballo y reconoció a Sócrates. Los soldados le contaron cómo aquel hombre había conseguido, con su inquebrantable resistencia, infundir ánimo a sus camaradas en el momento en que éstos comenzaban a flaquear.

Los soldados condujeron a Sócrates triunfalmente hasta donde estaba la cohorte. Luego, haciendo caso omiso de sus protestas, le sentaron encima de uno de los carros de forraje. Así regresó el filósofo a la ciudad, rodeado de soldados sudorosos y vociferantes.

Sus compañeros le llevaron a hombros hasta su modesta casa.

Allí, su esposa, Jantipa, le preparó una sopa de judías. Arrodillada frente al fogón, soplando la lumbre a dos carrillos, la mujer le lanzaba de cuando en cuando una ojeada. Sócrates no se había movido de la silla en que le habían sentado sus camaradas.

– ¿Qué te ha ocurrido?

– ¿A mí? – murmuró –. Nada.

– ¿Qué es entonces eso que cuentan de tus hazañas? – inquirió Jantipa.

– Exageraciones – respondió Sócrates –. ¡Qué bien huele esa sopa!

– ¿Cómo va a oler, si todavía no he encendido el fuego? Seguro que has vuelto a hacer de tus payasadas – dijo la mujer, encolerizada –. Mañana seré el hazmerreír de todo el mundo cuando vaya a por pan.

– No he hecho ninguna payasada. Me he peleado.

– ¿Es que estabas borracho?

– No. Conseguí que resistieran cuando ya iban a retroceder.

– ¿Cómo vas a hacer que nadie resista, si ya no eres capaz de resistir tú mismo? – exclamó Jantipa, mientras se levantaba, pues la leña había comenzado a arder –. Alcánzame el salero que está encima de la mesa.

– No sé – dijo Sócrates con voz pausada y como pensativo –, tal vez sea mejor que no tome nada. Tengo el estómago un poco revuelto.

– Ya lo decía yo. Estás borracho. Intenta ponerte de pie, y anda un poco por la habitación, que yo vea si es o no cierto lo que digo.

La injusta incompreensión de Jantipa le exasperaba, mas de ningún modo quería ponerse de pie y mostrarle que no podía andar. Su mujer era tremendamente astuta cuando se trataba de descubrir en él algún punto desfavorable. Y no le favorecía ciertamente el que se descubriera el verdadero motivo de su firmeza durante la batalla.

Mientras se ocupaba del caldero que había puesto al fuego, Jantipa le comunicó sus sospechas:

– Estoy convencida de que tus distinguidos amigos te consiguieron un puesto seguro en la retaguardia, probablemente en la cocina. Debieron de recomendarte bien.

Sócrates miró afligido la calle a través del ventanuco y vio cómo la gente iba de un lado para otro con linternas blancas. Todo el mundo celebraba la victoria. Sus distinguidos amigos no le habían buscado un puesto en la retaguardia, y aunque lo hubieran hecho, él no habría aceptado, al menos en principio.

– ¿O es que les pareció lógico y natural que el zapatero marchara a la guerra como un simple soldado? Ni un dedo han movido por ti. Es zapatero, se dirán unos a otros, y zapatero será toda la vida. Cómo, si no, podíamos ir a verle a su pocilga y pasarnos charlando horas y horas con él para después oír cómo todos dicen: mirad, aunque sea zapatero, va a verle mucha gente distinguida, que se sienta a su lado a hablar de «filersofía». ¡Chusma de mierda!

– Se dice filerfobia – apuntó Sócrates con indiferencia.

Jantipa le lanzó una mirada hostil.

– Siempre me estás corrigiendo. Ya sé que soy una ignorante. Mas ¿quién si no te iba a traer de vez en cuando un cubo de agua para que pudieras lavarte los pies?

Sócrates se estremeció al oír eso y confió en que Jantipa no se hubiera percatado de lo que pasaba. Había que evitar a toda costa el pedilunio. Gracias a los dioses, la mujer prosiguió su retahíla:

– ¿Así que ni estabas borracho ni tus amigos te consiguieron un puesto seguro en la retaguardia? Eso significa que te has portado como un carnicero. Tienes las manos ensangrentadas, ¿eh? Y, sin embargo, cuando se me ocurre pisar una araña, tú te pones como loco. No pienses que me chupo el dedo y me voy a creer lo de tu hazaña. Sin embargo, alguna astucia tienes que haber hecho para que ahora vengan a darte palmaditas en la espalda. Pero ya te sacaré la verdad; de eso puedes estar seguro.

La sopa estaba ya lista. Su olor era realmente seductor. La mujer retiró el caldero del fuego, y utilizando, para no quemarse los dedos, la tela del vestido a guisa de paño, lo colocó sobre la mesa y empezó a servir la sopa. Sócrates pensó si no le convenía recuperar su apetito. La idea de tener que aproximarse a la mesa lo contuvo a tiempo.

Se encontraba a disgusto. Sentía claramente que la cosa no había acabado aún. Estaba seguro de que le aguardaban momentos muy desagradables. Imposible que dejaran en paz a alguien que había decidido una batalla contra los persas. Ahora, en los primeros momentos de júbilo tras la victoria, era natural que no se pensase en aquel a quien debían el triunfo. Todo el mundo estaba más que ocupado en pregonar sus propias hazañas. Pero mañana o pasado mañana, cada cual vería al colega adjudicarse todo el mérito, y sería entonces cuando todos distinguirían a Sócrates. Muchos proclamarían al zapatero como el auténtico héroe de la jornada para fastidiar a otros. A Alcibíades, por ejemplo, más de uno le guardaba rencor. Con malévolos placer se le echaría en cara el hecho de que hubiese sido un simple zapatero el verdadero artífice del triunfo.

Pero la espina le dolía más que nunca. Si no se quitaba pronto la sandalia, tal vez se le produjese un envenenamiento de sangre.

—No hagas tanto ruido al comer —dijo distraído.

La mujer se quedó con la cuchara en la boca, como paralizada.

—¿Qué pasa?

—Nada —se apresuró a asegurar el marido, atemorizado—. Estaba pensando.

Jantipa se levantó, fuera de sí de cólera, volvió a colocar el caldero en el fogón y salió precipitadamente de la habitación.

Sócrates lanzó un profundo suspiro de alivio. Se levantó como pudo de la silla y se dirigió a la pata coja hasta su lecho, no sin volver más de una vez el rostro, por si aparecía su mujer. Jantipa entró otra vez para recoger el chal y miró con recelo al marido, que yacía inmóvil en su hamaca de cuero. Por un instante la mujer pensó que debía de pasarle algo, después de todo. Y estuvo a punto de preguntarle qué tenía, pues en el fondo le era muy adicta. Sin embargo, lo pensó dos veces y salió con gesto hosco de la habitación dispuesta a asistir a las celebraciones en compañía de una amiga.

Sócrates tuvo un sueño intranquilo y se despertó preocupado. Se había quitado por fin la sandalia, pero no lograba sacarse la espina. Tenía el pie muy hinchado.

Al día siguiente, la mujer amaneció menos hostil. Aquella noche había oído hablar a toda la ciudad de su marido. Realmente, tenía que haber pasado algo para que la gente estuviese tan impresionada. No le cabía en la cabeza, sin embargo, que su marido hubiese logrado detener a toda una sección del enemigo. Él era incapaz de algo semejante. Hacer frente con sus preguntas a toda una concurrencia, sí, eso sí. Pero a una sección de soldados, ¡imposible! ¿Qué había ocurrido, pues?

Estaba tan desconcertada, que le llevó la leche de cabra a la cama. Sócrates no hacía ademán de levantarse.

—¿Es que no quieres salir? —preguntó Jantipa.

—No tengo ganas —gruñó su marido.

Aquella no era manera de responder a una esposa solícita, pero Jantipa pensó que tal vez su marido no quisiera exponerse a las miradas de la gente, por lo que dejó pasar la ofensiva respuesta.

Aquella misma mañana llegó la primera visita: un par de jóvenes, de familia acomodada, como los que formaban el círculo habitual del filósofo. Le trataban siempre como a su maestro, y algunos incluso anotaban lo que él decía como si fuera algo muy especial.

Los jóvenes visitantes se apresuraron a informarle de que en Atenas no se hablaba más que de su hazaña. Aquella era, según ellos, una fecha histórica para la filosofía (luego Jantipa tenía razón; se decía en realidad «filersofía»). Sócrates había demostrado, en efecto, que un gran espíritu contemplativo podía ser al mismo tiempo un gran hombre de acción.

Sócrates les prestó oído atento; parecía haber renunciado a su habitual dicacidad. Mientras los jóvenes hablaban, parecíale escuchar a lo lejos, como se escucha el rumor de una tormenta, una especie de enorme carcajada, la carcajada de toda una ciudad, de todo un país. Y aquella carcajada, lejana aún, se iba, sin embargo, aproximando por momentos, sin pausa, y todo el mundo se sentía de pronto contagiado por la risa: los transeúntes que circulaban por la calle, los comerciantes y los políticos en el mercado, los artesanos en sus pequeños talleres.

—No estáis diciendo más que tonterías —exclamó el filósofo con súbita determinación—. Yo no he hecho nada.

Los jóvenes se miraron sonrientes. Luego, uno de ellos exclamó:

—¡Exactamente lo que dijimos! Sabíamos que te lo ibas a tomar así. ¿A qué viene de pronto todo este griterío?, preguntamos a Eusópulo frente al gimnasio. Hace diez años que Sócrates lleva a cabo las mayores hazañas intelectuales y, sin embargo, nadie se había vuelto a mirarle. Ahora gana una batalla, y toda Atenas habla de él. ¿Es que no comprendéis, preguntamos, cuán vergonzoso es todo eso?

Sócrates lanzó un gemido.

—Pero si yo no he ganado esa batalla. Me limité a defenderme cuando me atacaron. Esa batalla no me interesaba. Ni soy armero, ni poseo viñedos en la comarca. No tengo, pues, motivos para luchar. Mis compañeros de armas eran gente sensata de los arrabales de Atenas, gente que no tiene interés alguno en que haya guerra. Yo hice lo mismo que hicieron ellos; si es acaso, me anticipé a mis compañeros. Es todo.

Los dos jóvenes se quedaron como anonadados.

—¡Pero si eso es exactamente lo que dijimos! —exclamaron—. Él no ha hecho más que defenderse. Es su manera particular de ganar batallas. Permítenos que regresemos sin demora al gimnasio. Interrumpimos un debate sobre este tema sólo para venir a saludarte.

Y se alejaron, voluptuosamente enfrascados en una discusión.

Sócrates se quedó silencioso en su hamaca. Apoyado sobre ambos codos, miraba al techo ennegrecido de hollín. No se había equivocado en sus sombrías

predicciones.

Su mujer le observaba desde un ángulo de la habitación, mientras zurcía con movimientos casi mecánicos su vieja falda.

De pronto, Jantipa preguntó en voz queda:

– Bueno, ¿qué hay detrás de todo esto?

Sócrates se sobresaltó. Miró, vacilante, a su esposa.

Era ésta una mujer gastada por el trabajo, con el pecho que parecía una plancha y los ojos muy tristes. Sabía que podía confiar en ella. Jantipa le serviría de báculo cuando hasta sus mismos discípulos dijeran de él: «¿Sócrates? ¿No es ese remendón que niega a los dioses?» Le había tocado en suerte a la mujer un mal marido, mas ella a nadie se quejaba, si no era a él. Por otro lado, no había pasado un solo día sin que, al regresar hambriento por la noche de casa de alguno de sus ricos discípulos, Sócrates se hubiese encontrado sin su pedazo de pan y su trozo de tocino esperándole encima de la mesa.

Se preguntó si no sería mejor contárselo todo. Pero luego pensó que muy pronto iba a verse obligado a fingir y contar todo tipo de mentiras en su presencia cada vez que la gente viniera a verle para hablar con él de sus hazañas, igual que acababan de hacer los dos muchachos, y que todo eso le resultaría imposible, estando ella al tanto de la verdad, pues la estimaba.

Dejó, pues, las cosas como estaban y se limitó a decir:

– Esta habitación apesta a la sopa de judías de anoche.

La mujer le dirigió una mirada llena de recelo.

Naturalmente, su situación no les permitía tirar la comida. Él trataba solamente de distraer su atención. Jantipa estaba cada vez más convencida de que algo le pasaba a su marido. ¿Por qué no se levantaba de una vez? Es verdad que siempre se le pegaban las sábanas por la mañana, pero eso se debía a que también se acostaba tarde. Anoche lo había hecho muy temprano. Y hoy toda la ciudad estaba en pie festejando el triunfo. Las tiendas no habían abierto. Una parte de la caballería había regresado a las cinco de la madrugada después de perseguir al enemigo: todos habían podido oír el ruido de los cascos. Jantipa sabía que a su marido le apasionaban las concentraciones humanas. Cada vez que se producía alguna de esas concentraciones, Sócrates se pasaba todo el día en la calle, entablando conversación con todo el mundo. ¿Por qué hoy no se levantaba?

El vano de la puerta se oscureció de pronto, y cuatro magistrados entraron en la habitación. Se detuvieron en el centro de la misma, y uno de ellos dijo en un tono rutinario, si bien cordial, que tenía la misión de conducir a Sócrates al Areópago. El propio general Alcibíades había dispuesto que se le tributaran honores por su hazaña guerrera.

Un fuerte murmullo procedente de la calle indicaba que los vecinos se estaban concentrando frente a la casa.

Sócrates sintió que le bañaba un sudor frío. Sabía que no le quedaba más remedio que levantarse, y aunque rechazara la invitación que se le hacía, tendría por lo menos que decir algo amable y acompañar a aquella gente hasta la puerta. Entonces se fijarían en su pie e inmediatamente se enterarían de todo.

En lugar de levantarse, Sócrates se dejó caer otra vez sobre la dura

almohada y dijo malhumorado:

—No necesito honores. Decid al Areópago que estoy citado con unos amigos a las once para debatir una cuestión filosófica que nos interesa muchísimo y que, lamentándolo mucho, no puedo acudir. Esos actos públicos me sacan de quicio, y además estoy muy fatigado.

Añadió esto último porque le fastidiaba haber mentado la filosofía, y dijo aquello de los honores al principio porque esperaba poder deshacerse con mayor facilidad de sus visitantes mostrándose grosero.

Los magistrados comprendieron perfectamente y, girando sobre sus talones, salieron de la casa, atropellando al pueblo reunido fuera.

—Ya te enseñarán a ser cortés con las autoridades —comentó enojada Jantipa, y se dirigió hacia la cocina.

Sócrates esperó a que saliera su mujer; luego, dándose la vuelta lo más de prisa que pudo, se sentó al borde de la cama sin apartar ni un momento los ojos de la puerta. Acto seguido trató, con toda precaución, de apoyar el pie enfermo en el suelo. No había nada que hacer. Empapado en sudor, volvió a tenderse en la hamaca. Transcurrió media hora. Sócrates tomó un libro y se puso a leer. Cuando no movía el pie, apenas sentía nada.

Entonces se presentó su amigo Antístenes.

Sin quitarse el manto, Antístenes se quedó al pie de la cama, tosiendo convulsivamente y rascándose la hirsuta barba por la parte del cuello mientras observaba a Sócrates.

—¿Todavía estás entre sábanas? Creí que sólo encontraría a Jantipa. En realidad, si me levanté de la cama fue para interesarme por tu salud. Ayer estaba muy resfriado; por eso no me uní a vosotros.

—Siéntate —dijo Sócrates lacónico.

Antístenes cogió una silla del rincón y se sentó junto a su amigo.

—Esta misma noche reanudaré las lecciones. No veo motivo para prolongar este paréntesis.

—No.

—Claro que me pregunto si vendrán. Hoy se celebran grandes festines. En el camino hacia tu casa me topé con el joven Pheston, y cuando le dije que esta noche daba mi lección de álgebra, se mostró muy entusiasmado. Le expliqué que podía venir con Casio. Protágoras y compañía se pondrán furiosos cuando se enteren de que Antístenes dictó su lección de álgebra al día siguiente de la batalla.

—¿Te encontraste con alguien más?

—Sí, con mucha gente.

Sócrates miró al techo con un gesto de mal humor. ¿Debía confesarle a Antístenes toda la verdad? Tenía bastante confianza en su amigo. Él mismo nunca había aceptado dinero a cambio de sus lecciones, de modo que no representaba competencia alguna para Antístenes. Tal vez fuera conveniente exponerle aquel caso tan enrevesado. Lleno de curiosidad miró Antístenes a su amigo con sus relucientes ojos de grillo y le dijo:

—Gorgias anda contando por ahí que seguramente trataste de huir del enemigo y que en el apuro te equivocaste de dirección y en lugar de retroceder

avanzaste. Un par de muchachos de buena familia han prometido darle su merecido por haber dicho eso.

Sócrates le miró desagradablemente sorprendido.

—¡Qué disparate! — comentó enojado.

De repente comprendió qué arma les daba a sus enemigos si se descubría ante ellos. Aquella noche, ya hacia la madrugada, se le había ocurrido la idea de fingir que todo había sido un experimento destinado a comprobar hasta dónde podía llegar la credulidad de la gente. «Llevo veinte años predicando el pacifismo por toda la ciudad, y un simple rumor ha bastado para que mis propios discípulos me consideren un furibundo guerrero», etc., etc. Pero para eso habría hecho falta que se perdiera la batalla. Evidentemente, no resultaba oportuno ponerse a hablar ahora de pacifismo. Después de una derrota, hasta los jefes se convertían —por algún tiempo— en pacifistas; después de un triunfo, incluso los últimos ciudadanos se declaraban partidarios incondicionales de la guerra, por lo menos hasta que se daban cuenta de que para ellos victoria o derrota eran casi una misma cosa. No, evidentemente no podía esgrimir como arma el pacifismo.

Desde la calle llegó un ruido de cascos. Un grupo de jinetes se detuvo ante la puerta, y el propio Alcibíades entró en la habitación con paso alado.

—Buenos días, Antístenes. ¿Cómo anda el negocio de la filosofía? — preguntó con voz radiante. Y, dirigiéndose al hombre tendido en el lecho—: En el Areópago están furiosos con tu respuesta, Sócrates. Para gastarles una broma, propuse que en lugar de concedérselos los laureles se te propinaran cincuenta azotes. Naturalmente, eso les molestó, pues era exactamente lo que ellos debían de estar pensando. Mas insisto en que debes venir. Iremos juntos los dos, a pie.

Sócrates suspiró. Se llevaba muy bien con el joven Alcibíades. Más de una vez habían bebido juntos. Era muy amable de su parte el haber venido personalmente a buscarlo. Le constaba que no lo había hecho con el solo objeto de provocar al Areópago. Y aunque sólo lo hubiera hecho por eso, su propósito era honorable y merecía ser apoyado.

Por fin habló con aire pensativo, sin dejar de mecerse en su hamaca:

—Prisas tiene el viento que derriba el andamio. Siéntate.

Alcibíades se echó a reír y acercó una silla: antes de sentarse hizo una cortés reverencia a Jantipa, que estaba en la puerta de la cocina, secándose las manos en la falda.

—A vosotros los filósofos no hay quien os entienda — dijo Alcibíades un punto impaciente—. Quizá ya estés arrepentido de haber contribuido a nuestro triunfo. ¿Acaso Antístenes te ha convencido de que no existían razones suficientes que lo abonasen?

—Hablábamos de álgebra — se apresuró a decir Antístenes, tosiendo de nuevo.

Alcibíades sonrió con ironía.

—No me esperaba otra cosa. ¡Nada de dar importancia a un hecho semejante! ¿No es eso? Pues bien, en mi opinión Sócrates tuvo un gesto valiente. Nada extraordinario, si queréis, mas ¿qué tiene de extraordinario, después de todo, un puñado de hojas de laurel? Aprieta los dientes y aguanta. Pasa pronto

y además no duele. En cuanto acabemos, iremos a echar un trago.

El general observaba con curiosidad la ancha y robusta figura que seguía columpiándose en la hamaca, ahora con más brío que antes.

La mente de Sócrates comenzó a trabajar velozmente. Se le acababa de ocurrir un pretexto. Podía decirles que la noche anterior o esa misma mañana se había torcido un pie. En el momento en que le apearon los soldados que le habían llevado a hombros después de la batalla. Incluso se le podía sacar punta a aquella historia argumentando que demostraba bien claramente con qué facilidad los homenajes de los conciudadanos pueden acarrearle a uno la desgracia.

Sin interrumpir su balanceo, Sócrates se incorporó hasta quedar sentado; luego frotó con la mano derecha el brazo izquierdo y dijo con voz pausada:

–Ocurre que tengo el pie...

Al pronunciar el filósofo esta palabra, su mirada, vacilante, por cuanto se trataba ahora de pronunciar la primera mentira –hasta aquel momento se había limitado a guardar silencio–, cayó sobre Jantipa, que permanecía en el umbral de la puerta.

A Sócrates pareció faltarle la voz. De repente había perdido las ganas de contarles la historia que se acababa de inventar. No era cierto que se hubiese dislocado el pie.

La hamaca se detuvo.

–Escucha, Alcibíades –dijo enérgicamente y en un tono muy fresco de voz–, no se puede hablar en este caso de valentía. Tan pronto como empezó la batalla, es decir, en cuanto vi aparecer a los primeros persas puse pies en polvorosa. No es verdad, sin embargo, que me equivocase de dirección; huí hacia la retaguardia, sencillamente. Pero me metí en un zarzal. Allí me clavé una espina en el pie y no pude continuar. Fue entonces cuando empecé a repartir golpes a diestro y siniestro, y si hubiese pasado junto a mí uno de los nuestros, seguro que también le habría atizado. En mi desesperación me puse a gritar a propósito de otras secciones para que los persas creyeran que éramos muchos: idea absurda, pues, naturalmente nuestros enemigos no entendían el griego. Parece ser, sin embargo, que ellos estaban a su vez bastante nerviosos. No podían aguantar aquel griterío después de todo lo que habían tenido que soportar durante el avance. Se quedaron, pues, como paralizados unos instantes, y entonces llegó nuestra caballería. Eso es todo.

Durante unos segundos reinó en la habitación el más completo silencio. Alcibíades se quedó mirando fijamente al filósofo. Antístenes se llevó la mano a la boca para amortiguar un golpe de tos, que esta vez sí era natural. Desde la puerta de la cocina, que ocupaba Jantipa, llegó una sonora carcajada.

Antístenes dijo en tono seco:

–Está claro que no podíais ir al Areópago y subir cojeando la escalinata para recoger tus laureles. Ahora te entiendo.

Alcibíades se recostó contra el respaldo de la silla y, entornando los ojos, observó al filósofo, que yacía en la hamaca. Ni Sócrates ni Antístenes miraban al general.

Éste volvió a incorporarse y ciñó con ambas manos una de sus rodillas.

Su fino rostro de mozalbete se contrajo un segundo, pero no dejó traslucir sus pensamientos o sentimientos.

– ¿Por qué no dijiste que tenías cualquier otra herida? – preguntó.

– Porque tengo una espina en el pie – respondió Sócrates con tono brusco.

– ¡Ah! ¿Por eso? – dijo Alcibíades –. Comprendo.

Y poniéndose en pie, se aproximó al lecho.

– ¡Qué lástima no haber traído mi propia corona! Se la di a mi asistente para que la guardara. De tenerla aquí te la hubiera entregado. Créeme si te digo que te considero un hombre valiente. No conozco a nadie que en circunstancias semejantes hubiese tenido el coraje de sincerarse como tú lo has hecho.

Y sin decir más, abandonó con paso rápido la habitación.

Cuando hubo lavado el pie enfermo y extraído la espina, Jantipa comentó malhumorada:

– Podía habérsete producido un envenenamiento de sangre.

– Como mínimo – respondió el filósofo.

Mi hermano era aviador

Mi hermano era aviador.
Recibió un día un mensaje,
Lió su petate
Y hacia el Sur se dirigió.

Mi hermano es conquistador.
Nos viene estrecho nuestro suelo
Y anexionar espacio ajeno
Es una vieja aspiración.

En el Guadarrama al fin
Mi hermano halló su parcela.
De hondo medía uno y medio,
Y de largo, un metro ochenta.

La anciana indigna

Mi abuela tenía setenta y dos años cuando falleció mi abuelo. Poseía éste un tallercito de litografía en una ciudad de Baden en el cual trabajó, con dos o tres obreros, hasta su muerte. Mi abuela no tenía criada, sino que atendía ella sola el hogar, cuidaba del viejo y destartalado caserón y cocinaba para los hombres y sus hijos.

Era una mujer pequeña y delgada con ojos vivarachos de lagarto, pero con una manera de hablar serena y pausada. Con escasísimos medios había conseguido criar a cinco hijos, de los siete que había tenido en total. Con los años y los sacrificios había ido menguando poco a poco.

Las dos hijas que tuvo emigraron a América, y de sus hijos varones, dos también se marcharon, y sólo uno, el benjamín, que tenía una salud bastante delicada, se quedó en la ciudad. Este último se hizo impresor y se cargó de hijos.

Mi abuela quedó, pues, sola en casa cuando falleció el abuelo. Los hijos comenzaron entonces a escribirse cartas para tratar de encontrar una solución. Uno se ofreció a llevársela consigo, y el impresor, por su parte, manifestó el deseo de mudarse con toda su familia a casa de la anciana. Mas la abuela rechazó las propuestas de sus hijos y sólo se declaró dispuesta a aceptar una pequeña asignación de aquellos que estuvieran en condiciones de ofrecérsela. La venta del viejo taller de litografía apenas había reportado nada, y quedaban, para colmo, deudas por saldar.

Los hijos escribieron a la anciana para explicarle que no podía vivir sola, pero como quiera que mi abuela persistiese en su actitud negativa, aquéllos por fin cedieron y comenzaron a enviarle algún dinero todos los meses, como ella había solicitado.

Después de todo, uno de ellos, el impresor, vivía en la misma ciudad. Y fue el impresor quien asumió la tarea de tener a sus hermanos al tanto del estado de salud y actividades de la anciana. Las cartas que envió a mi padre, y lo que mi progenitor logró también averiguar en una visita que hizo a la abuela y después de la muerte de la anciana, ocurrida dos años más tarde, me permitieron reconstruir lo acaecido durante aquellos dos años.

Parece ser que el impresor sufrió una gran decepción cuando mi abuela se negó a acogerle en el viejo caserón, que tan vacío se había quedado. Vivía mi tío con su mujer y sus cuatro hijos en una vivienda de tres habitaciones. La anciana mantenía lazos muy flojos con la familia del impresor. Invitaba a los niños a merendar los domingos por la tarde, eso era todo.

Visitaba además a su hijo una o dos veces por trimestre, ocasiones en que ayudaba a su nuera a hacer compota de fresas. La joven dedujo de algunas de las exclamaciones de su suegra que ésta no se encontraba demasiado a gusto en la modesta vivienda del impresor, pues le resultaba demasiado estrecha. Mi tío no pudo menos de recalcar este hecho mediante signos de admiración en los

informes que regularmente enviaba a sus hermanos.

En respuesta a una carta de mi padre en la que éste le preguntaba qué hacía la anciana para ocupar su tiempo, el impresor se limitó a informarle de que frecuentaba el cine.

Hay que comprender que aquello no era normal, por lo menos es lo que pensaban sus hijos. Hace treinta años, el cine no era lo que es hoy. Las películas se proyectaban en locales sucios, mal ventilados; con frecuencia se trataba de viejas boleras reconvertidas en salas cinematográficas. A la entrada se exhibían escandalosos carteles en los que se anunciaban delitos de sangre y crímenes pasionales. En realidad, entonces sólo iban al cine los adolescentes o, en busca de la oscuridad, las parejas. Una anciana que acudiese sola debía de llamar la atención.

Pero había algo más que considerar, y era que si bien las entradas no costaban caras, aquel tipo de diversión se veía como algo totalmente superfluo: ir al cine equivalía a «tirar el dinero». Y tirar el dinero no era un acto respetable.

A todo esto se sumaba el hecho de que mi abuela no sólo no mantenía relaciones regulares con el único hijo que le quedaba en la ciudad, sino que tampoco visitaba ni invitaba a casa a ninguno de sus viejos conocidos. Jamás acudía a las tertulias locales. En cambio, iba con bastante asiduidad al taller de un zapatero remendón, en una calleja pobre y hasta de mala fama, que solía frecuentar —especialmente por la tarde— gente poco respetable, como camareras sin trabajo y obreros en paro. El remendón era un hombre de mediana edad que había recorrido todo el mundo sin que ello le hubiera servido de mucho. Se decía también que era dado a la bebida. En cualquier caso, no era la suya una amistad que conviniera a mi abuela.

Así se lo había indicado el impresor —según informó en una de sus cartas—, pero la anciana había acogido fríamente su advertencia.

—Es un hombre que ha visto mundo —había sido su escueta respuesta. No era nada fácil discutir con mi abuela de temas que ella se negaba a abordar.

Habría transcurrido medio año desde la muerte del abuelo cuando el impresor escribió una carta a mi padre en la que le comunicaba que la anciana ahora comía en la fonda un día sí y otro no.

¡Vaya noticia!

Mi abuela, que toda su vida había cocinado para una docena de personas y que se había contentado siempre con las sobras, se dedicaba ahora a ir a la fonda. ¿Qué demonios le ocurría?

Poco tiempo después tuvo mi padre que hacer un viaje de negocios a un lugar próximo a la ciudad de mi abuela, circunstancia que aprovechó para visitarla. Llegó a su casa en el instante en que mi abuela se disponía a salir. La anciana se quitó el sombrero y sirvió a su hijo un vaso de vino tinto y unas galletas. Parecía estar de un humor sereno, equilibrado: no se mostró con él ni demasiado expansiva ni especialmente taciturna. Preguntó por nosotros, aunque sin insistir demasiado: lo que más le interesaba saber era si había cerezas para los niños. En eso no había cambiado. En la casa la limpieza era total, y ella misma parecía gozar de excelente salud.

El único detalle que hablaba de su nueva vida era el hecho de que se

negase a acompañar a mi padre a visitar la tumba del abuelo.

—Puedes ir solo —le dijo como si tal cosa—, es la tercera empezando por la izquierda de la fila once. Yo tengo que hacer.

El impresor comentaría más tarde que seguramente había ido a ver a su zapatero. Mi tío siempre se estaba quejando de la anciana.

—Yo vivo aquí, en este cuchitril, con los míos, y sólo tengo trabajo cinco horas todos los días, un trabajo además mal pagado. Para colmo, me vuelve a dar guerra el asma... y mientras tanto el viejo caserón está vacío.

Mi padre había reservado una habitación en la posada; sin embargo, confiaba en que su madre se dignaría invitarle, aunque fuera por simple cumplimiento, pero nada de eso ocurrió. Y sin embargo, en vida del marido, ella siempre se había empeñado en que su hijo se quedara a dormir en la casa, aunque hubiera estado abarrotada de gente, en lugar de gastar dinero en un hotel. Pero la anciana parecía haber roto definitivamente con la vida familiar para emprender nuevos derroteros ahora que su existencia declinaba.

Mi padre, que tenía un buen sentido del humor, la encontró muy «despabilada» y aconsejó a mi tío que le dejara hacer lo que se le antojara.

Pero ¿qué se le antojaba?

La siguiente noticia que se tuvo de ella fue que había alquilado un break y había salido de excursión un jueves cualquiera. Un break era un coche de caballos de grandes ruedas y con sitio para toda una familia. A veces, cuando los nietos íbamos de visita, mi abuelo alquilaba un break. En semejantes ocasiones, la abuela siempre se había quedado en casa. Rechazaba las invitaciones con un ademán desdeñoso. Y después de lo del break vino el viaje a K., una ciudad más grande y que distaba de la de mi abuela unas dos horas de ferrocarril. En aquella ciudad iba a celebrarse una carrera de caballos, y a los caballos fue mi abuela.

El impresor estaba terriblemente alarmado. Pretendía que la viese un médico. Mi padre meneaba la cabeza mientras leía la carta, mas se opuso a la idea de mi tío.

Mi abuela no había viajado sola a K. Había llevado consigo a una muchacha, semitarada, según la expresión que había utilizado mi tío impresor en su carta, que trabajaba como ayudante de cocina en la fonda donde la anciana comía un día sí y otro no.

Aquella subnormal comenzó a desempeñar desde ese día un papel importante en la vida de mi abuela.

La anciana parecía haberse prendado de ella. La llevaba al cine y a casa del remendón —quien, dicho sea de paso, resultó ser socialdemócrata—, y se murmuraba que las dos mujeres se dedicaban a jugar a las cartas en la cocina, con un vaso de tinto delante.

—Ahora le ha comprado a la subnormal un sombrero con copete de rosas —escribía mi tío desesperado—. ¡Y mientras tanto nuestra Anna no tiene vestidito de comunión!

Las cartas de mi tío eran cada vez más histéricas; ya sólo hablaba del «comportamiento indigno de nuestra querida madre» y no añadían más. El resto de la historia lo conozco a través de mi padre.

El posadero le había susurrado con un guiño:

— Por lo visto, a la señora B. le ha dado por divertirse, ¿eh?

En realidad, mi abuela no llevaba una vida opulenta, ni mucho menos. Cuando no iba a la fonda, su comida consistía en unos huevos, un poco de café y sus adoradas galletitas. No podía faltarle, sin embargo, su vasito de tinto en las comidas. Mantenía la vivienda escrupulosamente limpia, y no sólo la alcoba y la cocina, que eran las piezas que utilizaba normalmente. Por otro lado, y sin que sus hijos se enteraran, hipotecó el caserón. Nunca se supo qué hizo con el dinero. Seguramente se lo dio al remendón, ya que después de la muerte de mi abuela, el buen hombre se trasladó a otra ciudad, donde se dice que abrió un taller más grande para calzado a medida.

Bien mirado, mi abuela vivió dos vidas, una después de otra. La primera, como hija, esposa y madre, y la segunda, sencillamente como la señora B., una persona sola sin obligaciones y con medios modestos, pero suficientes. La primera vida duró aproximadamente seis decenios; la segunda, no más de dos años.

Mi padre se enteró de que en los últimos seis meses de su existencia mi abuela se había tomado ciertas libertades que a la gente normal le están vedadas. Así, por ejemplo, muchos días de verano se levantaba a las tres de la mañana y se paseaba por las calles desiertas de la pequeña ciudad, que a esas horas estaban a su exclusiva disposición. Y dicen que al párroco que la fue a visitar con el caritativo propósito de «hacer compañía a aquella pobre anciana en su soledad», mi abuela lo invitó al cine.

Ella no se sentía sola. A casa del remendón concurría al parecer gente muy alegre, que se divertía contando todo tipo de anécdotas. Siempre había allí, esperándola, una botella del vino tinto que a ella le gustaba y del que bebía un vasito mientras los demás se dedicaban a criticar a las dignas autoridades locales. Aquel vino le estaba reservado, pero la anciana traía de vez en cuando licores más fuertes para los contertulios.

Murió repentinamente una tarde de otoño en su alcoba, pero no en la cama, sino en su silla, junto a la ventana. Había invitado a la subnormal al cine aquella noche, de modo que la muchacha la acompañó en sus últimos momentos. Tenía sesenta y cuatro años.

He visto una fotografía que le hicieron en el lecho mortuorio para sus hijos. Muestra la foto una carita menuda con muchas arrugas y una boca grande de labios finos. Rasgos pequeños, pero de ningún modo mezquinos. Había saboreado plenamente los largos años de servidumbre y los breves años de libertad, y consumido el pan de la vida hasta las últimas migajas.

Leyenda en torno al origen del libro Tao-Te-King, escrito por Lao-Tse en el camino de la emigración

1

A sus setenta años, ya achacoso,
sintió el maestro grandes ansias de paz.
En el país, la bondad enflaquecía,
y cobraba nuevas fuerzas la maldad.
Y decidió marchar.

2

Empaquetó sólo lo imprescindible,
lo que sabía iba a necesitar:
la pipa en que fumaba cada noche,
el libro al que acudía sin cesar,
y suficiente pan.

3

Gozó una última vez mirando al valle,
mas lo olvidó tan pronto comenzó a ascender.
Mientras al anciano llevaba a su lomo,
iba rumiando yerba fresca el buey.
Su marcha era suficiente para aquél.

4

Cuatro días anduvieron entre peñas,
hasta que un aduanero los paró.
— ¿Alguna cosa de valor? — Ninguna —.
Y el muchacho que llevaba al buey habló.
— Es un maestro — dijo, y todo se aclaró.

5

Pero el hombre estaba alegre y dirigiéndose al muchacho preguntó: — ¿Qué enseña? —
— Que el agua blanda en movimiento acaba venciendo a la más dura piedra.
¿Sabes? Hace falta paciencia — .

6

Por no desperdiciar la luz del día,
aguijó el muchacho luego al animal,
y ya detrás de un pino los tres se perdían
cuando el aduanero comenzó a gritar:
— ¡Alto ahí, que os quiero hablar!

7

Dime otra vez eso del agua, anciano — .
Se detuvo el maestro: ¿Te interesa? —
Respondió el hombre: — Soy aduanero,
mas saber quién gana siempre me interesa.
Si lo sabes, ¡cuenta! —

8

— Anótalo. Díctaselo al chico.
No lo reserves sólo para ti.
Comida tengo en casa, y papel y tinta:
todo lo que hace falta para escribir.
¿Quieres venir? —

9

Examinó el anciano al aduanero.
Chaqueta zurcida, descalzos los pies.
Una profunda arruga cruzaba su frente.
No era la estampa de alguien acostumbrado a vencer.
Y murmuró el maestro: — ¿Tú también? —

10

Había vivido el anciano demasiado
para rechazar tan cortés invitación.

– Quien pregunta merece ser contestado –.

– Y hace frío – el muchacho intercaló.

– Está bien, quedémonos –.

11

Desmontóse el sabio entonces de su buey,
y escribió con el chico durante una semana.
El aduanero se encargaba de darles de comer
(y a los contrabandistas maldecía en voz baja).
Pero antes o después, todo se acaba.

12

Una mañana, al fin, ochenta y una
sentencias entregó el muchacho al aduanero.
Y tras agradecerle una pequeña prenda,
otra vez en camino se pusieron.
¿Cabe ser más atento?

13

No celebremos, pues, tan sólo al sabio
cuyo nombre en el libro resplandece.
Al sabio hay que arrancarle su tesoro.
El aduanero que supo retenerle
gracias también merece.

Historias del señor Keuner

El señor K. y la naturaleza

Interrogado sobre sus relaciones con la naturaleza, el señor K. contestó:

–De cuando en cuando me gustaría ver algún que otro árbol al salir de casa, en esos momentos, sobre todo, en que, debido al cambio de aspecto que experimentan según la hora del día y la época del año, tan particular grado de realidad alcanzan. Ocurre además que en las ciudades, el invariable espectáculo de objetos de uso, como casas y calles que no tendrían sentido de estar deshabitadas, acaba por trastornarnos. Nuestra singular organización social nos hace incluir también a los hombres entre los objetos de uso. Pues bien, los árboles tienen –al menos para mí, que no soy carpintero– un no sé qué de autónomo, de independiente de mi persona que me tranquiliza, y confío en que incluso para el carpintero tengan también algo que no sea reducible a pura y simple utilidad.

(El señor K. dijo asimismo:

–Es preciso que hagamos un uso racional de la naturaleza. Quien permanece en su seno sin trabajar, cae fácilmente en un estado enfermizo. Le ataca una especie de fiebre.)

Organización

El señor K. dijo en cierta ocasión:

–El que piensa no emplea una luz de más, un pedazo de pan de más, un pensamiento de más.

Forma y sustancia

El señor K. contemplaba un día una pintura que representaba ciertos objetos bastante caprichosamente.

–A algunos pintores –dijo– les ocurre lo mismo que a muchos filósofos cuando contemplan el mundo. Tanto se preocupan por la forma que se olvidan de la sustancia. En cierta ocasión, un jardinero con el que trabajaba me dio una podadera con el encargo de que recortase un arbusto de laurel. El arbusto estaba plantado en un macetón y se empleaba en las fiestas como elemento decorativo. Había que darle forma esférica. Comencé por podar las ramas más largas, mas por mucho que me esforzaba en darle la forma apetecida, no conseguía ni siquiera aproximarme. Una vez me excedía en los

cortes por un lado; otra vez, por el lado opuesto. Cuando por fin obtuve una esfera, resultó demasiado pequeña. El jardinero me comentó decepcionado: «Muy bien, la esfera ya la veo, pero ¿dónde está el laurel?»

Servicios entre amigos

Para dar un ejemplo lo más elocuente posible de cómo prestar un buen servicio a un amigo, el señor K. relató la siguiente historia: «Tres muchachos fueron a consultar su caso a un viejo árabe:

—Nuestro padre ha muerto —le dijeron—. Nos ha dejado diecisiete camellos y ha dispuesto en su testamento que el mayor se quede con la mitad; el segundo, con un tercio, y el menor, con un noveno del total de camellos. Ahora, sin embargo, no podemos ponernos de acuerdo sobre la división. ¡Decide tú por nosotros!

El árabe meditó y luego dijo:

—Por lo que veo, para poder dividir bien, os falta un camello. Yo no tengo más que un camello, pero está a vuestra disposición. Tomadlo, haced la división y traedme lo que os sobre.

Agradecieron los jóvenes el servicio prestado y se llevaron el camello. Entonces dividieron los dieciocho camellos que había en total de tal modo que al mayor le correspondieron nueve, es decir, la mitad; al segundo, seis, es decir, el equivalente de un tercio, y al tercero, dos: la novena parte según lo dispuesto. Cuando cada uno hubo retirado su parte, se encontraron con que sobraba un camello. Con renovada gratitud devolvieron los tres hermanos el animal a su anciano amigo.»

El señor K. calificó aquel acto de auténtico servicio entre amigos, puesto que no había exigido ningún sacrificio especial.

Responsabilidad

El señor K., que era partidario del orden en las relaciones humanas, estuvo durante toda su vida envuelto en conflictos. En cierta ocasión se vio implicado una vez más en un asunto harto desagradable que hacía necesaria su asistencia a varias citas en diversos puntos de la ciudad bastante distantes entre sí, en el transcurso de una misma noche. Como estaba enfermo, rogó a un amigo suyo que le prestara su abrigo. El amigo accedió, a pesar de que ello le obligaba a cancelar una pequeña cita que él mismo tenía. A últimas horas de la tarde, la posición del señor K. había empeorado hasta tal punto que las entrevistas de nada servían ya, y era preciso adoptar nuevas medidas. A pesar de ello, y no obstante lo escaso que andaba de tiempo, el señor K. se apresuró a recoger puntualmente el abrigo que ya no necesitaba, para cumplir así su compromiso.

El niño indefenso

Hablando en cierta ocasión del vicio que suponía el hecho de sufrir en silencio la injusticia, relató el señor K. la siguiente historia: «Un transeúnte preguntó a un niño que lloraba amargamente por la razón de su congoja.

– Había logrado reunir dos monedas para ir al cine, pero vino un chico y me arrebató una – explicó el niño, señalando a un muchacho que estaba a cierta distancia.

– ¿Y no pediste auxilio?

– Claro que sí – contestó el niño, y sus sollozos se hicieron aún más intensos.

– ¿Nadie te oyó? – preguntó el hombre, acariciando tiernamente al muchacho.

– No – sollozó el niño.

– ¿Es que no sabes gritar más fuerte? – preguntó el hombre—. En ese caso, dame también la otra.

Y tras quitarle la moneda que le quedaba, el hombre siguió tranquilamente su camino.»

Sobre si existe un dios

Alguien preguntó al señor K. si existía un dios. El señor K. respondió:

– Te aconsejo que medites si tu comportamiento variaría según la respuesta que se diese a esa pregunta. Si permaneciese inalterable, la pregunta sería ociosa. Si, por el contrario, tu conducta variase, en tal caso puedo ayudarte diciendo que tú mismo habrías zanjado la cuestión: Efectivamente, necesitarías ese dios.

Conversaciones

– No podemos seguir conversando – dijo el señor K. a cierto individuo.

– ¿Por qué razón? – preguntó éste sorprendido.

– No consigo decir nada razonable cuando usted está delante – se lamentó el señor K.

– Pero si eso a mí no me molesta – dijo el otro, tratando de consolarle.

– Le creo – replicó el señor K. irritado –, pero a mí sí.

Hospitalidad

Cuando el señor K. aceptaba la hospitalidad de alguien siempre dejaba su habitación tal y como la había encontrado, pues no era de esos individuos que

tratan de marcar lo que los rodea con el sello de su personalidad. Antes bien, se esforzaba por modificar su personalidad para acomodarla al ambiente de la casa en que se alojaba, siempre y cuando –eso sí– ello no fuera en detrimento de los objetivos que se había fijado.

Cuando el señor K. ofrecía su hospitalidad a alguien, cambiaba de sitio por lo menos una silla o una mesa para complacer a su huésped.

– ¡Es preferible que sea yo quien decida lo que más le conviene! – solía decir.

El señor K. en casa ajena

Cuando el señor K. se alojaba en casa ajena, lo primero que hacía, antes de retirarse a dormir, era buscar todas las salidas que tenía la casa en cuestión. Cuando le preguntaron el porqué, el señor K. contestó con cierto empacho:

– Es una vieja manía. Soy partidario de la justicia; por eso me gusta que la casa que habito tenga más de una salida.

La sabiduría del sabio reside en su actitud

Una vez visitó al señor K. un profesor de filosofía, que se pasó todo el tiempo hablando de su propia sapiencia. Después de haberle aguantado un buen rato, el señor K. dijo a su visitante:

– No estás sentado a gusto, no hablas a gusto, ni piensas a gusto.

El profesor de filosofía se ofendió y dijo:

– No me interesan los comentarios sobre mi persona, sino sobre el contenido de mi discurso.

– Tu discurso – replicó el señor K. – carece de contenido. Te veo andar torpemente, y por más que te observo, no te veo llegar a ninguna parte. Te expresas con oscuridad, y por más que hablas, tus palabras no arrojan luz. Cuando veo tu actitud, deja de interesarme tu objetivo.

Cada vez que el señor K. amaba a alguien

– ¿Qué hace usted – preguntaron un día al señor K. – cuando ama a alguien?

– Hago un bosquejo de esa persona – respondió el señor K. – y procuro que se le asemeje lo más posible.

– ¿El bosquejo?

– No – contestó el señor K. –. La persona.

El señor K. y la consecuencia

Un día planteó el señor K. a uno de sus amigos el siguiente problema:

– Desde hace algún tiempo mantengo cierta relación con un hombre que vive enfrente de mi casa. Yo no tengo ganas de continuar ese trato, pero lo malo es que si bien no veo motivos para continuar como hasta ahora, tampoco encuentro justificación alguna para interrumpir esa relación. Ahora bien, he podido averiguar que cuando mi vecino compró la casita que antes sólo tenía en alquiler, mandó arrancar un ciruelo que había delante de su ventana y que le quitaba la luz. Mi pregunta es si debo tomar ese hecho como pretexto cara a los demás, o por lo menos frente a mí mismo, para romper con él.

Al cabo de algunos días, el señor K. informó a su amigo:

– Por fin he roto con mi vecino. Figúrese que hacía ya meses que había solicitado del antiguo casero que arrancara aquel árbol porque le quitaba la luz. Mas en cuanto la casa pasó a ser de su propiedad, mi vecino mandó arrancar el árbol, cuajado como estaba de fruta todavía verde. He roto con él por su comportamiento inconsecuente.

La paternidad de las ideas

Alguien reprochó al señor K. el que sus ideas fuesen con demasiada frecuencia hijas del deseo. A lo que replicó el señor K.:

– Jamás existió una idea cuyo padre no fuera el deseo. Únicamente cabe discutir sobre la atribución a tal o cual deseo. No hay que llegar al extremo de sospechar que un niño determinado podría no tener padre, pues basta con recelar que el establecimiento de la paternidad presenta en tal caso grandes dificultades.

Originalidad

– Son hoy incontables – se lamentaba el señor K. – los que se jactan en público de poder escribir sin ayuda de nadie grandes libros, y esto es algo por lo demás generalmente aceptado. El filósofo chino Chuang-Tseu escribió en su madurez un libro de cien mil palabras integrado por citas en sus nueve décimas partes. Hoy ya no es posible escribir libros como ése: falta el espíritu. Por eso se fabrican las ideas en el taller personal y a quien no produce en cantidad suficiente se le tacha de holgazán. Claro que tampoco hay pensamientos que uno pueda hacer suyos, ni fórmulas que uno pueda citar. ¡Qué poco necesitan todos éstos para desarrollar su actividad! ¡Una pluma y unas cuartillas es cuanto pueden mostrar! Y sin ayuda de nadie, con el escaso material que un solo hombre puede llevar en sus brazos, ellos levantan sus chozas. ¡No conocen edificios más grandes que aquellos que es capaz de construir una sola persona!

Éxito

Al ver pasar a una actriz, el señor K. comentó:

– Es hermosa.

Su acompañante dijo:

– Ha tenido éxito últimamente gracias a su belleza.

– Es hermosa gracias a que ha tenido éxito –replicó, irritado, el señor K.

Sobre la alteración de la regla que dice: «Cada cosa a su tiempo»

En cierta ocasión, siendo huésped de una familia a la que no conocía demasiado, el señor K. advirtió que sus anfitriones habían dispuesto ya sobre una mesilla instalada en un rincón del dormitorio, si bien perfectamente visible desde el lecho, el cubierto para el desayuno. Después de alabar mentalmente a sus anfitriones por la prontitud con que se habían liberado de sus obligaciones con él, el señor K. sigue dándole vueltas al asunto y se pregunta si también él habría preparado el cubierto para el desayuno antes de acostarse. Tras meditarlo un rato, el señor K. llega a la conclusión de que aquel modo de obrar sería en él lo correcto en determinadas circunstancias. Asimismo le parece correcto el que también otros se ocupen de vez en cuando de esa cuestión.

El señor K. y los gatos

Al señor K. no le gustaban los gatos. No le parecía que fuesen amigos del hombre; por eso él tampoco quería ser su amigo.

– Si tuviéramos los mismos intereses –decía–, su actitud hostil me traería sin cuidado.

Sin embargo, al señor K. le fastidiaba tener que echar a los gatos de su silla.

– Tumbarse a descansar cuesta trabajo –explicaba–, y ese trabajo merece verse coronado por el éxito.

Cuando los gatos acudían a maullar frente a su puerta, el señor K. se levantaba, aunque hiciera frío, y los dejaba entrar al calor.

– Los gatos hacen sus cálculos –comentaba–; cuando llaman, se les abre. Si se les deja de abrir, no vuelven a llamar. Llamar representa ya un progreso.

El animal favorito del señor K.

Preguntado por su animal preferido, el señor K. respondió que el

elefante, y dio las siguientes razones: En el elefante se combinan la astucia y la fuerza física. La suya no es la escasa astucia necesaria para eludir una persecución o atrapar una presa, sino la astucia que tiene a su disposición la fuerza para realizar grandes empresas. Por donde quiera que pasa, este animal deja una huella bien visible. Tiene además buen carácter y sabe aceptar una broma. Es tan buen amigo como buen enemigo. Es muy grande y pesado y, sin embargo, es también muy rápido. Su trompa proporciona a un cuerpo enorme hasta los alimentos más pequeños: por ejemplo, nueces. Tiene orejas móviles: no oye más que lo que le conviene. Vive muchos años. Es muy sociable, y no sólo en su trato con otros elefantes. En todas partes se le ama y se le teme a un tiempo. Una cierta comicidad es la causa de que a veces incluso se le adore. Tiene una piel muy espesa: contra ella se quiebra cualquier cuchillo, pero su natural es tierno. Puede ponerse triste. Puede también enfadarse. Le gusta bailar. Se interna siempre en la espesura para morir. Le encantan los niños y otros animales de pequeño tamaño. Es gris y sólo llama la atención por su masa. No es comestible. Es buen trabajador. Le gusta beber y se pone alegre. Hace algo en pro del arte: proporciona marfil.

La Antigüedad

Ante un cuadro del pintor Lundström, que representaba unos jarros de agua, comentó el señor K.:

—¡Un cuadro de la antigüedad, de una época bárbara! En aquella época los hombres no sabían distinguir ya nada: el círculo no parecía ya redondo; ni la punta, puntiaguda. Los pintores se veían obligados a recomponerlo todo para mostrarles a los clientes algo definido, unívoco y preciso; veían a su alrededor tantas cosas vagas, fugitivas, dudosas; tenían tanta hambre de integridad que estaban dispuestos a celebrar a un hombre por el solo hecho de que no comerciase con su propia locura. El trabajo se repartía entre muchos; esto se ve perfectamente en este cuadro. Quienes determinaban la forma de los objetos no se preocupaban por su función; con este cántaro no se puede servir agua. En aquella época hubo seguramente muchos hombres a quienes se consideraba sólo como objetos útiles. También de eso tenían que defenderse los artistas. ¡Una época bárbara, la antigüedad!

Alguien hizo observar al señor K. que el cuadro era de la época actual.

—Sí — dijo con tristeza el señor K. —, de la antigüedad.

De la administración de la justicia

El señor K. solía citar como ejemplar en cierto sentido una disposición legal de la vieja China según la cual, para los procesos importantes, se reclamaba la presencia de jueces procedentes de las provincias más apartadas. Resultaba mucho más difícil sobornar a esos jueces (por ello no necesitaban ser

tan incorruptibles), ya que los propios jueces locales, que se las sabían todas y que debían lógicamente de sentir inquina hacia sus colegas, los mantenían constantemente vigilados. Por otra parte, los jueces forasteros no conocían por propia experiencia los usos y costumbres de la región. La injusticia cobra a veces carácter de ley a fuerza de repetirse. A los recién llegados había, pues, que informarles de todo, y así eran capaces de advertir más fácilmente cualquier irregularidad. Finalmente, no se veían obligados a sacrificar, en aras de la objetividad, muchas otras virtudes como la gratitud, el amor filial, la credulidad frente a amigos y conocidos, ni necesitaban tampoco tener el valor suficiente para crearse enemigos entre el vecindario.

Una buena respuesta

Preguntaron a un proletario en el tribunal qué fórmula elegía para su juramento: la religiosa o la laica. «No tengo trabajo», contestó.

—No fue aquello simple distracción —comentó el señor K.—. Con su respuesta aquel hombre quiso dar a entender que se hallaba en una situación en que ese tipo de preguntas, y tal vez incluso el mismo proceso, carecían de sentido.

Sócrates

Tras leer un libro de historia de la filosofía, el señor K. se expresó desfavorablemente sobre los intentos de los filósofos de presentar las cosas como incognoscibles por principio.

—Cuando los sofistas aseguraban saber mucho sin haber empero estudiado nada —comentó— salió el sofista Sócrates con la arrogante afirmación de que él sólo sabía que no sabía nada. Lógicamente debió haber añadido: pues yo tampoco he estudiado nada. (Para saber algo es preciso estudiar.) Pero parece ser que no dijo más. Por otro lado, el enorme aplauso con que fue recibida su primera frase (aplauzo que duró dos mil años) probablemente hubiera ahogado cualquier otra afirmación ulterior.

El embajador

Hace poco hablaba yo con el señor K. sobre el caso del embajador de una potencia extranjera, el señor X., que había cumplido en nuestro país ciertos cargos de su gobierno y que —según pudimos averiguar con consternación— fue objeto de graves medidas disciplinarias al regresar a su patria.

—Le reprocharon el que, para mejor cumplir su misión, se hubiera comprometido demasiado con nosotros, el enemigo —dije—. ¿Cree usted que

de no haberse comportado como lo hizo hubiera tenido el mismo éxito?

—Seguro que no —respondió el señor K.—. Tenía que comer bien para poder negociar con sus enemigos, tenía que adular a criminales y reírse de su propio país para lograr su objetivo.

—Así, pues, ¿actuó como debía? —pregunté.

—Sí, naturalmente —respondió distraído—, actuó como debía.

El señor K. hizo ademán de despedirse, pero le retuve por la manga.

—¿Por qué fue entonces tan vituperado a su regreso? —exclamé con indignación.

—Tal vez se haya acostumbrado a la buena mesa, haya continuado el trato con delincuentes; tal vez sus juicios no sean ya tan certeros —dijo el señor K. con indiferencia—; por eso tuvieron que imponerle un castigo disciplinario.

—¿Y eso, según usted, es justo? —pregunté horrorizado.

—Evidentemente, ¿qué otra cosa podían hacer? —dijo el señor K.—. Tuvo el valor y el mérito de aceptar una misión suicida. Murió en el empeño. ¿Le parece que en lugar de enterrarlo debían haber dejado que se pudriera al aire libre, para luego soportar su hedor?

El instinto natural de propiedad

Tras oír a alguien, en una reunión, calificar de natural el instinto de propiedad, el señor K. contó la siguiente historia de un pueblo que siempre se ha dedicado a la pesca: «En la parte sur de Islandia vive un pueblo de pescadores que han dividido el mar que baña su costa mediante boyas firmemente ancladas y se han repartido las parcelas resultantes. Esos hombres están tremendamente apegados a sus campos marinos, que consideran de su exclusiva propiedad. Se sienten vinculados por lazos profundos a esos campos, a los que no renunciarían aunque en ellos no quedase un solo pez. Desprecian a los habitantes de los puertos próximos, a quienes venden su pesca, pues los consideran una raza superficial y totalmente alejada de la naturaleza. Se auto-califican de "fieles al agua". Cuando capturan peces de gran tamaño, los conservan en tinajas, les dan nombres y los convierten en objetos de su propiedad. Parece ser que desde hace algún tiempo les va mal económicamente, pero rechazan con resolución cualquier intento de reforma, hasta el punto de que han derribado ya varios gobiernos que intentaron violar sus costumbres. Estos pescadores constituyen una prueba irrefutable del poder del instinto de propiedad, al que el hombre está sometido por naturaleza.»

Si los tiburones fueran hombres

—Si los tiburones fueran hombres —preguntó al señor K. la hija pequeña de su patrona—, ¿se portarían mejor con los peccecitos?

—Claro que sí —respondió el señor K.—. Si los tiburones fueran

hombres, harían construir en el mar cajas enormes para los pececitos, con toda clase de alimentos en su interior, tanto plantas como materias animales. Se preocuparían de que las cajas tuvieran siempre agua fresca y adoptarían todo tipo de medidas sanitarias. Si, por ejemplo, un pececito se lastimase una aleta, en seguida se la vendarían de modo que el pececito no se les muriera prematuramente a los tiburones. Para que los pececitos no se pusieran tristes habría, de cuando en cuando, grandes fiestas acuáticas, pues los pececitos alegres tienen mejor sabor que los tristes. También habría escuelas en el interior de las cajas. En esas escuelas se enseñaría a los pececitos a entrar en las fauces de los tiburones. Estos necesitarían tener nociones de geografía para mejor localizar a los grandes tiburones, que andan por ahí holgazaneando. Lo principal sería, naturalmente, la formación moral de los pececitos. Se les enseñaría que no hay nada más grande ni más hermoso para un pececito que sacrificarse con alegría; también se les enseñaría a tener fe en los tiburones, y a creerles cuando les dijese que ellos ya se ocupan de forjarles un hermoso porvenir. Se les daría a entender que ese porvenir que se les auguraba sólo estaría asegurado si aprendían a obedecer. Los pececillos deberían guardarse bien de las bajas pasiones, así como de cualquier inclinación materialista, egoísta o marxista. Si algún pececillo mostrase semejantes tendencias, sus compañeros deberían comunicarlo inmediatamente a los tiburones. Si los tiburones fueran hombres, se harían naturalmente la guerra entre sí para conquistar cajas y pececillos ajenos. Además, cada tiburón obligaría a sus propios pececillos a combatir en esas guerras. Cada tiburón enseñaría a sus pececillos que entre ellos y los pececillos de otros tiburones existe una enorme diferencia. Si bien todos los pececillos son mudos, proclamarían, lo cierto es que callan en idiomas muy distintos y por eso jamás logran entenderse. A cada pececillo que matase en una guerra a un par de pececillos enemigos, de esos que callan en otro idioma, se les concedería una medalla de varec y se le otorgaría además el título de héroe. Si los tiburones fueran hombres, tendrían también su arte. Habría hermosos cuadros en los que se representarían los dientes de los tiburones en colores maravillosos, y sus fauces como puros jardines de recreo en los que da gusto retozar. Los teatros del fondo del mar mostrarían a heroicos pececillos entrando entusiasmados en las fauces de los tiburones, y la música sería tan bella que, a sus sonos, arrullados por los pensamientos más deliciosos, como en un ensueño, los pececillos se precipitarían en tropel, precedidos por la banda, dentro de esas fauces. Habría asimismo una religión, si los tiburones fueran hombres. Esa religión enseñaría que la verdadera vida comienza para los pececillos en el estómago de los tiburones. Además, si los tiburones fueran hombres, los pececillos dejarían de ser todos iguales como lo son ahora. Algunos ocuparían ciertos cargos, lo que los colocaría por encima de los demás. A aquellos pececillos que fueran un poco más grandes se les permitiría incluso tragarse a los más pequeños. Los tiburones verían esta práctica con agrado, pues les proporcionaría mayores bocados. Los pececillos más gordos, que serían los que ocupasen ciertos puestos, se encargarían de mantener el orden entre los demás pececillos, y se harían maestros u oficiales, ingenieros especializados en la construcción de

cajas, etc. En una palabra: habría por fin en el mar una cultura si los tiburones fueran hombres.

El elogio

Al enterarse de que sus antiguos pupilos le elogiaban, comentó el señor K.:

– Cuando los discípulos ya hace tiempo que olvidaron los errores de su maestro, éste aún los recuerda.

Espera

El señor K. estuvo esperando algo todo un día, luego una semana y por fin un mes entero. Al fin se dijo: «Podría haber esperado perfectamente un mes, pero no ese día ni esa semana.»

El esclavo de sus fines

El señor K. formuló en una ocasión las preguntas siguientes:

– Todas las mañanas mi vecino pone música en un gramófono. ¿Por qué pone música? Dicen que para hacer gimnasia. ¿Por qué hace gimnasia? Porque, según dicen, necesita fortalecer sus músculos. ¿Para qué necesita fortalecer sus músculos? Porque, como él mismo asegura, ha de vencer a los enemigos que tiene en la ciudad. ¿Por qué necesita vencer a sus enemigos? Porque, según he oído decir, no quiere quedarse sin comer.

Tras enterarse de que su vecino ponía música para hacer gimnasia, hacía gimnasia para fortalecer sus músculos, fortalecía sus músculos para vencer a sus enemigos y vencía a sus enemigos para comer, el señor K. preguntó:

– ¿Y por qué come?

El arte de no sobornar

El señor K. recomendó a un comerciante a alguien a quien consideraba insobornable. Al cabo de dos semanas, el comerciante fue a ver al señor K. y le preguntó:

– ¿Qué quisiste decir con insobornable?

El señor K. respondió:

– Cuando te digo que el hombre al que das empleo es insobornable, quiero decir que no le puedes sobornar.

– ¡Ajá! – exclamó, afligido, el comerciante –. Lo malo es que tengo mis

motivos para pensar que el hombre que me recomendaste se deja sobornar por mis enemigos.

– Ignoro todo eso – dijo el señor K. con indiferencia.

– Lo peor de todo – explicó en tono amargo el comerciante – es que siempre abunda en lo que yo digo, es decir, que también se deja sobornar por mí.

El señor K. sonrió vanidoso.

– De mí no se deja sobornar – dijo.

Patriotismo: odiar las patrias

El señor K. no consideraba necesario vivir en un país determinado. Decía:

– En cualquier parte puedo morir de hambre.

Pero un día en que pasaba por una ciudad ocupada por el enemigo del país en que vivía, se topó con un oficial del enemigo, que le obligó a bajar de la acera. Tras hacer lo que se le ordenaba, el señor K. se dio cuenta de que estaba furioso con aquel hombre, y no sólo con aquel hombre, sino que lo estaba mucho más con el país al que pertenecía aquel hombre, hasta el punto de que deseaba que un terremoto lo borrara de la superficie de la tierra. «¿Por qué razón – se preguntó el señor K. – me convertí por un instante en un nacionalista? Porque me topé con un nacionalista. Por eso es preciso extirpar la estupidez, pues vuelve estúpidos a quienes se cruzan con ella.»

Hambre

A una pregunta acerca de la patria, el señor K. había dado la siguiente respuesta:

– En cualquier parte puedo morir de hambre.

Alguien que le escuchaba atento le preguntó entonces por qué decía que se moría de hambre cuando en realidad tenía qué comer. El señor K. se justificó diciendo:

– Seguramente quise decir que puedo vivir en cualquier parte si es que acepto vivir donde reina el hambre. Admito que hay una gran diferencia entre pasar uno mismo hambre y vivir donde reina el hambre. Permítaseme, no obstante, aclarar en mi descargo que, para mí, vivir donde reina el hambre, si bien no es tan grave como pasar hambre, no deja por ello de ser grave. El hecho de que yo pasara hambre no tendría demasiada importancia para otros; es, sin embargo, importante el que me oponga a que reine el hambre.

Propuesta para el caso de que la propuesta no sea aceptada

El señor K. recomendaba acompañar, siempre y cuando fuera posible, toda propuesta conciliadora de una segunda propuesta para el caso de que aquélla no fuera aceptada. En cierta ocasión, por ejemplo, tras haber aconsejado a alguien que se encontraba en un aprieto que procediera de determinada manera, pues así perjudicaría al menor número posible, el señor K. le señaló un segundo modo de proceder que, aunque menos inofensivo que el primero, no llegaba, sin embargo, a ser brutal.

—A quien no puede hacerlo todo —dijo— no se le debe dispensar de hacer al menos parte.

El funcionario indispensable

El señor K. oyó unos comentarios elogiosos a propósito de un funcionario que tenía ya bastante antigüedad en su cargo y del que se decía que, por su eficacia, resultaba indispensable.

—¿Qué significa eso de que es indispensable? —preguntó el señor K. irritado.

—El servicio no funcionaría sin él —explicaron quienes le habían ensalzado.

—¿Cómo puede ser un buen funcionario si el servicio no funciona sin él? —preguntó el señor K.—. Ha tenido tiempo más que suficiente para organizar el servicio de tal forma que su persona no sea indispensable. ¿En qué ocupa entonces su tiempo? Yo mismo os lo diré: ¡en hacer chantaje!

Preguntas convincentes

—He observado —dijo el señor K.— que mucha gente se aleja, intimidada, de nuestra doctrina por la sencilla razón de que tenemos respuesta para todo. ¿No sería conveniente que, en interés de la propaganda, elaborásemos una lista de los problemas para los que aún no hemos encontrado solución?

Las fatigas de los mejores

—¿En qué trabaja usted? —preguntaron al señor K. El señor K. respondió:

—Me está costando una fatiga enorme preparar mi próximo error.

Afrenta soportable

Alguien acusó a un colaborador del señor K. de adoptar una actitud hostil hacia éste.

– Sí, pero sólo a mis espaldas – dijo el señor K., defendiéndole.

Dos ciudades

El señor K. prefería la ciudad B. a la ciudad A. «En la ciudad A. – decía – se me quiere; pero en la ciudad B. me trataban con amabilidad. En la ciudad A. todos procuraban serme útiles; pero en la ciudad B. me necesitaban. En la ciudad A. me invitaban a la mesa; en la ciudad B. me invitaban a la cocina.»

El reencuentro

Un hombre que hacía mucho tiempo que no veía al señor K. le saludó con estas palabras:

– No ha cambiado usted nada.

– ¡Oh! – exclamó el señor K., empalideciendo.